



Facultad de Filosofía y Letras  
Máster en Historia Contemporánea

Título

La transformación de la socialdemocracia europea entre 1973 y 1997:  
de la crisis del proyecto de la segunda posguerra mundial a la *Tercera Vía*

The transformation of the European Social Democracy between 1973  
and 1997: from the Second Poswar scheme to the Third Way

Autor/a

Pablo Voinot Meissner

Director/a

Fidel Gómez Ochoa

Curso 2014/ 2015

*Cuando le preguntaron [a Margaret Thatcher] cuál había sido su mayor logro político, ella contestó: “Tony Blair y el Nuevo Laborismo. Hemos obligado a nuestros adversarios a cambiar de opinión”.* Conor Burns, miembro del Partido Conservador británico.

## ÍNDICE

Introducción .....	4
1. La socialdemocracia: formación y trayectoria histórica hasta los años setenta del siglo XX....	7
1.1 Los orígenes de la socialdemocracia .....	7
1.2 La socialdemocracia tras la Segunda Guerra Mundial .....	13
1.3 La doctrina socialista en el periodo de la segunda posguerra .....	17
1.4 El revisionismo de los años cincuenta.....	19
1.5 La vuelta al poder de la izquierda en los años sesenta y principios de los setenta .....	23
2. El fin del proyecto socialdemócrata de posguerra: de la crisis del petróleo a la caída del socialismo real.....	24
2.1 La crisis económica de los años setenta.....	25
2.2 La crisis del modelo de crecimiento de la posguerra .....	28
2.3 Consecuencias de la crisis económica para la socialdemocracia .....	31
2.4 La contrarrevolución conservadora y la vuelta al liberalismo.....	39
2.5 El impacto de la caída de la URSS y de la globalización en la socialdemocracia.....	44
3. La socialdemocracia a partir de 1980: la búsqueda de alternativas al neoliberalismo .....	48
3.1 El auge del socialismo en Francia, España y Grecia .....	49
3.2 La profundización de la vía socialdemócrata: el modelo sueco.....	61
3.3 El Nuevo Laborismo británico: <i>la Tercera Vía</i> .....	67
Conclusión .....	76
Bibliografía .....	80

## Introducción

En los países de la Europa occidental, la socialdemocracia fue la forma predominante que adoptó el socialismo reformista durante el siglo XX. Una de las características más notables de la socialdemocracia ha sido su capacidad de adaptación a las cambiantes circunstancias políticas, económicas y sociales que son inherentes al transcurrir del tiempo. Esto explica que la socialdemocracia haya tenido un largo recorrido histórico que se prolonga hasta nuestros días y que se haya mantenido como uno de los referentes ideológicos y políticos en prácticamente todas las democracias europeas. Esta capacidad de adaptación ha comportado también que los partidos socialdemócratas del tiempo presente se parezcan poco a lo que fueron en el pasado, ya fuese en su etapa marxista, en la primera mitad del siglo XX, o ya fuese en su etapa de mayor esplendor, durante la segunda posguerra mundial. Este trabajo se centra en estudiar la evolución de la socialdemocracia europea entre las décadas de 1970 y 1990, periodo en el que experimentó, precisamente, importantes cambios doctrinales y programáticos. De forma más concreta, hemos acotado cronológicamente el interés central del trabajo entre los años 1973 y 1997 en la medida en que constituyen dos hitos fundamentales en la historia reciente de la socialdemocracia. El primero de ellos corresponde al inicio de la primera crisis del petróleo, cuyos efectos condujeron a su vez a la crisis del modelo de crecimiento de la segunda posguerra mundial y al final de lo que se conoce como el Estado socialdemócrata. La segunda fecha escogida está relacionada con la victoria del líder laborista Tony Blair en las elecciones británicas que tuvieron lugar el 1 de mayo de ese año, que marcaron el advenimiento de la *Tercera Vía*, o, en otras palabras, de la socialdemocracia tal como se conoce hoy en día.

Las vicisitudes de la socialdemocracia europea de las últimas décadas han llamado recientemente la atención de numerosos estudiosos y pensadores de las ciencias sociales, sobre todo de las ramas de la politología y sociología. La crisis financiera y económica iniciada en el 2008 y que ha afectado con especial intensidad al viejo continente, parece haber puesto en cuestión la capacidad de los partidos socialdemócratas para cumplir con sus compromisos tradicionales de igualdad y justicia social, lo que ha repercutido en sus resultados electorales. Este factor explica probablemente el interés creciente en estudiar lo que se conoce comúnmente como “la crisis de la socialdemocracia”. La publicación del libro de Tony Judt, *Algo va mal*, en 2009, en el que se hace una defensa de las ideas de la socialdemocracia en contraposición con el modelo liberal actual, es quizás el punto

de partida del debate actual sobre el tema en cuestión<sup>1</sup>. En el ámbito español, podemos destacar publicaciones recientes de sociólogos como José Sevilla, *El declive de la socialdemocracia* (2011) o Ignacio Urquizu, *La crisis de la socialdemocracia. ¿Qué crisis?* (2012). A decir verdad, a lo que asistimos hoy en día es a una recuperación de un antiguo debate que ya se había producido en los años ochenta, cuando diversos autores, como por ejemplo Ralf Dahrendorf en *After Social Democracy* (1980), o Adam Przeworski en *Capitalismo y socialdemocracia* (1986), constataron el retroceso electoral que, en ese momento, estaban sufriendo diversos partidos socialdemócratas, e incluso llegaron a prever su desaparición. Este pesimismo se atenuó en los años noventa cuando, una vez asimilado el “shock” del fin del socialismo real, se observó cómo los partidos socialdemócratas recuperaban sus antiguos resultados electorales, llegando a gobernar en 13 de los 15 países de la Unión Europea a finales de la década. La mayoría de los escritos sobre la izquierda moderada europea se orientaron entonces a estudiar el proceso de adaptación de la socialdemocracia a la nueva era global del capitalismo. De la década de los noventa destacamos algunos estudios de Wolfgang Merkel como: *Después de la “edad de oro” ¿Está la socialdemocracia condenada al declive?* (1994), o *¿El final de la socialdemocracia?* (1995).

En cuanto a los estudios propiamente históricos, también ha habido un interés importante en la socialdemocracia europea, lo cual es comprensible si se tiene en cuenta, como hemos dicho, el protagonismo político que tuvo ésta a lo largo del siglo XX. De cara a nuestro trabajo hemos contado con varias extensas monografías dedicadas a la historia del socialismo en Europa, como la monumental obra de Donald Sasson, *One hundred years of socialism* (1996) o la de Geoff Eley, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000* (2002). En cambio, hemos notado una ausencia de monografías dedicadas exclusivamente al periodo que nos concierne, lo cual no significa que éste no haya sido tratado en capítulos de libros o en artículos de revistas. En cualquier caso, consideramos interesante que desde nuestra disciplina se atienda al estudio de la trayectoria histórica reciente de la socialdemocracia, sobre todo de cara a aportar al debate al que hemos aludido anteriormente, un enfoque distinto al de otras ciencias sociales. Cabe añadir que, aunque el tema de las transformaciones de la socialdemocracia europea

---

<sup>1</sup> Así se afirma en la introducción de URQUIZU, Ignacio: *La crisis de la socialdemocracia: ¿qué crisis?*, Barcelona, Catarata, 2012. Se puede consultar aquí: [http://www.eldiario.es/politica/crisis-socialdemocracia-libro-urquizu\\_0\\_57044666.html](http://www.eldiario.es/politica/crisis-socialdemocracia-libro-urquizu_0_57044666.html) Último acceso: Septiembre 2015.

entre las décadas de los setenta y los noventa ha sido objeto de estudio por parte de historiadores, hemos apreciado un cierto consenso en las interpretaciones de los diversos autores consultados. Podemos afirmar, por tanto, que no se trata de un tema que haya generado muchas controversias. Efectivamente, todos ellos concuerdan en que a partir de los años setenta comenzó un periodo convulso para la socialdemocracia, en el que se vio sometida a un proceso de revisión ideológica que culminó a finales de los noventa. Nuestra intención de cara a este trabajo es realizar un estado de la cuestión sobre el tema aludido, teniendo en cuenta las distintas aportaciones de dichos autores.

Consideramos que la historia de la socialdemocracia puede dividirse en tres grandes etapas. La primera de ellas transcurrió desde finales del siglo XIX hasta la década de 1930 y correspondió al periodo fundacional de la socialdemocracia. En ese periodo se configuró como una corriente del marxismo, y su fin último fue la superación del capitalismo y la instauración de una sociedad socialista a través de medios reformistas y democráticos. La segunda etapa se inició a finales de la Segunda Guerra Mundial y concluyó en los años setenta. En ese intervalo, muchos partidos socialdemócratas lograron acceder al gobierno de sus respectivos países, lo que conformó la edad de oro de la socialdemocracia. Las políticas del bienestar, el keynesianismo y el diálogo corporativo entre sindicatos y empresarios fueron los rasgos más significativos del llamado consenso de posguerra. La mejora de las condiciones de vida de las sociedades europeas gracias al crecimiento económico y al acceso al consumo llevó a la socialdemocracia a moderar su discurso. Desde entonces su objetivo ya no fue acabar con el capitalismo sino gestionarlo de tal forma que sus beneficios repercutieran en beneficio de las clases trabajadoras y medias, que constituían desde entonces su base electoral.

La última etapa, que comenzó en los años setenta y se prolonga hasta nuestros días, constituye el objeto central de nuestra investigación. Estuvo marcada por la imposibilidad de la socialdemocracia de solucionar la crisis económica de los años setenta con las recetas keynesianas y por sus dificultades para mantener sus señas de identidad ante los cambios estructurales del capitalismo. Unos cambios que acarrearón la ruptura del consenso de posguerra y el regreso del liberalismo en Europa de la mano de Margaret Thatcher. Nuestra hipótesis de partida para este trabajo es que el nuevo panorama económico y político abierto en los años ochenta obligó a los partidos socialdemócratas a realizar un importante ejercicio de pragmatismo político, a dejar de lado sus objetivos programáticos tradicionales, y a asumir gran parte de las propuestas de los partidos conservadores. Una

estrategia que si bien fue acertada a nivel electoral (al menos a corto plazo), en cierto modo supuso el fracaso de la socialdemocracia en la medida en que llevó a una renuncia de sus ideales tradicionales, lo cual se evidencia en el aumento de las tasas de desigualdad que se han producido bajo gobiernos socialdemócratas desde los años ochenta.

El trabajo se ha estructurado en tres amplios capítulos divididos cada uno de ellos a su vez en varios apartados. El primer capítulo se centra en estudiar la formación de la socialdemocracia europea y su trayectoria histórica hasta finales de los años setenta. Hemos considerado imprescindible resaltar los rasgos definitorios de la socialdemocracia “clásica”, sobre todo los del periodo de la segunda posguerra mundial, para poder compararla con los de la socialdemocracia actual. El segundo capítulo está dedicado a explicar el fin del proyecto socialdemócrata de posguerra, motivado principalmente por la crisis económica de los años setenta y la crisis del modelo de crecimiento de posguerra, así como a estudiar la ofensiva neoliberal de los años ochenta, que es determinante para entender los cambios doctrinales experimentados por la socialdemocracia en ese periodo. En el tercer capítulo nos hemos detenido en analizar el recorrido histórico de varios partidos socialdemócratas europeos entre los años ochenta y noventa, para mostrar cómo todos ellos acabaron transitando, de una forma u otra, hacia la Tercera Vía. Finalmente, en las conclusiones del trabajo, tratamos de mostrar en qué medida se puede relacionar la crisis actual de la socialdemocracia con las transformaciones que experimentó entre los años setenta y noventa.

## **1. La socialdemocracia: formación y trayectoria histórica hasta los años setenta del siglo XX**

### 1.1 Los orígenes de la socialdemocracia

La socialdemocracia es en una corriente del socialismo, y como tal, sus referentes históricos se encuentran en el siglo XIX, en aquellos primeros pensadores socialistas que conocemos como utópicos y en los posteriores denominados como marxistas. La trayectoria originaria de la socialdemocracia viene a confundirse así con la del socialismo, en la medida en que fue, hasta la revolución rusa, la tendencia mayoritaria en su seno. La socialdemocracia tiene, por tanto, un largo recorrido histórico. A lo largo del mismo, ha sufrido notables transformaciones en cuanto a pensamiento y acción política presentando muchas diferencias (pero también similitudes) entre lo que fue en el siglo XIX y lo que

fue a finales del siglo XX. De cara a abordar su estudio, creemos necesario, sin embargo, remitirnos a sus orígenes y exponer, someramente, las claves de su evolución hasta el periodo que nos concierne en este trabajo.

Fue en el marco de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) donde surgieron las primeras organizaciones socialdemócratas. Cabe decir que el periodo comprendido entre la creación de la AIT (1864) y el comienzo de la Primera Guerra Mundial supuso un momento de auge generalizado en Europa del movimiento obrero organizado a través de sindicatos y partidos, pero que estas organizaciones siguieron pautas muy distintas en su desarrollo en función de cada realidad nacional. En ese sentido, el socialismo contempló avances desiguales en cada país y se enfrentó a problemas propios y peculiares que dependieron de realidades políticas y socioeconómicas muy diversas. En dicho periodo, fue el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) quien, indudablemente, logró un mayor protagonismo e influencia fuera de sus fronteras, fundamentalmente a partir de la Segunda Internacional (1889), de ahí que centremos nuestro interés en él.

El partido surgió en 1869 en el contexto de la unificación alemana promovida por Otto von Bismark, pero se vio obligado, poco después, a pasar a la clandestinidad con motivo de las leyes antisocialistas impulsadas por el canciller alemán en 1871. A pesar de ello, los socialistas alemanes lograron continuar con su actividad política e incluso incrementar sus apoyos. Así, en las elecciones celebradas en 1890, tras la derogación de las leyes antisocialistas, el partido consiguió cerca del 20% de los votos, al tiempo que se esforzó por renovar el Programa de Gotha que permanecía vigente desde 1875<sup>2</sup>. El nuevo programa adoptado en el Congreso de Erfurt (1891) estuvo claramente inspirado en las ideas de Karl Marx, y tuvo como principales artífices a Karl Kautsky y Eduard Berstein,

---

<sup>2</sup> El programa de Gotha fue resultado del compromiso entre las dos corrientes mayoritarias dentro del partido, la de los socialistas y la de los partidarios de Ferninand Lasalle, y fue duramente criticado por Marx en su *Crítica del Programa de Gotha*. La importancia de este texto del pensador alemán reside en que en él “se puede ver el gen de la gran cuestión teórico-política que terminaría brotando en forma de duradera ambivalencia del movimiento socialista alemán y, bajo su influencia, del europeo en general: la concepción del Estado y del propio socialismo”. Mientras que Lasalle apostó por realizar reformas dentro del Estado nacional, Marx señaló la necesidad de llegar a una sociedad comunista a través de la lucha de clases y la dictadura del proletariado. Fruto de tal crítica, el programa de Erfurt, redactado en 1891, marginó la teoría de Lasalle en favor de la de Marx. RUIZ MIGUEL, Alfonso: “La socialdemocracia”, en VALLES-PÍN, Fernando (ed.): *Historia de la teoría política (4)*, Madrid, Alianza Editorial, 1992, pp. 214-215.

dos personas cuyo pensamiento fue decisivo para la posterior evolución de la socialdemocracia<sup>3</sup>.

En concreto, fue Berstein quien causó mayor revuelo entre las filas socialistas, cuando, a partir de 1895, empezó a publicar sus tesis en las que se presentaba como partidario de revisar la teoría marxista en alguna de sus partes. Su revisionismo se sustentó en la evidencia de la contradicción existente en el SPD, que combinaba un lenguaje revolucionario en la teoría sobre el desarrollo del sistema capitalista con una práctica política basada en la obtención de reformas sociales a través del parlamento. De acuerdo con ello, Berstein insistió en reformar los principios teóricos del partido porque consideraba que ya no resultaban adecuados a la realidad. Se esforzó por ofrecer un pensamiento marxista purgado de su determinismo económico, señalando como errónea la teoría del derrumbamiento inevitable del capitalismo, según la cual este sistema de producción estaba condenado a caer a causa de sus crisis cíclicas, que serían cada vez más frecuentes y devastadoras. A su vez, Berstein replanteó las relaciones entre democracia y socialismo, pasando a reconsiderar la democracia como fin y no como medio, lo que le llevó a rechazar la dictadura del proletariado y la necesidad de llegar al socialismo a través de la revolución. Y señaló también, en relación con lo anterior, que la tarea de la socialdemocracia era “organizar políticamente a la clase obrera y formarla para la democracia y para la lucha en el Estado por todas las reformas que conduzcan a la elevación de la clase obrera y a la transformación del Estado en el sentido de la democracia”<sup>4</sup>. Estos planteamientos generaron una gran controversia en el interior del SPD, que se decantó finalmente por las tesis ortodoxas de Kautsky en el Congreso de Lübeck de 1901. A pesar de ello las ideas de Berstein habían permeado ya en el partido y florecieron dentro de la Segunda Internacional<sup>5</sup>.

La Segunda Internacional sirvió precisamente de medio a través del cual las ideas marxistas ganaron en influencia y cuajaron entre el movimiento obrero de gran parte de

---

<sup>3</sup> Para más detalles sobre la evolución del Partido Socialdemócrata Alemán en el periodo examinado véase: COLE, G.D.H.: *Historia del pensamiento socialista, t. III, La Segunda Internacional 1889-1914*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1975, pp. 240-281, así como: KOLAKOWSKI, Leszek: *Las principales corrientes del marxismo. II. La Edad de oro*, Madrid, Alianza, 1985, pp. 9-36.

<sup>4</sup> Cita extraída de: ABELLÁN, Joaquín: “Estudio preliminar”, en BERSTEIN, Eduard: *Socialismo democrático*, Madrid, Tecnos, 1990, pp. 21-31.

<sup>5</sup> SILVA TRISTE, Fernando: *Breve Historia de la socialdemocracia*, México D.F., Integración para la Democracia Social, Agrupación Política Nacional, 2005, p.27. Sobre esta cuestión véase además: HOBBSBAWN, Eric. J. (et al.) (dir.): *Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIª Internacional (2)*, Barcelona, Bruguera, 1980, pp. 165-204.

Europa. Desembarazados de sus rivales anarquistas, los socialdemócratas, que actuaron estrechamente unidos y que tenían claros sus objetivos, lograron ser la fuerza hegemónica en los primeros congresos de la Internacional, imponiendo así su pensamiento<sup>6</sup>. Pero, a partir de 1900, éstos se enfrascaron en profundos debates doctrinales en los que las fricciones entre las distintas organizaciones acabaron copando la agenda de la Internacional que cayó irremediablemente en un periodo de decadencia hasta desaparecer durante la Primera Guerra Mundial. Estos debates giraron en torno a la polémica sobre el revisionismo protagonizada por Berstein y Kautsky, de la cual hemos esbozado sus rasgos principales anteriormente, y posteriormente en torno a la cuestión de la guerra y el colonialismo. En general, los socialdemócratas se declararon como antibelicistas y se comprometieron, en caso de que estallase la guerra, a movilizar al proletariado para boicotearla a través de la huelga general. Pero cuando ésta finalmente estalló en 1914, el SPD se pronunció mayoritariamente a favor de aprobar los créditos de guerra y esto a pesar de la oposición de figuras tan relevantes Rosa Luxemburgo, Hugo Haase, Kautsky o Berstein, al tiempo que los socialistas franceses se quedaban huérfanos de Jean Jaurès, que había sido su referente intelectual y quien mayores esfuerzos hizo para evitar el conflicto. Tales circunstancias, en las que los partidos socialistas alemán y francés dejaron de lado sus principios internacionalistas a favor de la causa de sus respectivas naciones, hicieron inevitable la disolución de la Internacional<sup>7</sup>. La Gran Guerra marcó así el cierre de una

---

<sup>6</sup> Pero, ¿Cuáles eran las ideas de los socialistas de esta época? En primer lugar, que el proceso histórico conduciría inevitablemente al socialismo. En segundo lugar, que el socialismo suponía la propiedad pública de los medios de producción y por tanto la abolición de la explotación a través del trabajo asalariado. En tercer lugar, que el socialismo era aplicable universalmente a toda la humanidad, pero que quien debía implantarlo era la clase trabajadora. El progreso hacia el socialismo exigía así una lucha económica y política por parte del proletariado, que debía luchar por la mejora de su situación a corto plazo dentro del sistema capitalista, utilizando todas las formas políticas a su alcance, en especial la parlamentaria. En cuarto lugar, que el capitalismo no podía modificarse radicalmente mediante la acumulación de reformas sino que debía abolirse por medio de la revolución, protagonizada por el conjunto de la clase trabajadora a nivel internacional. En quinto lugar, que en la historia humana el progreso técnico es el factor decisivo en la producción de cambios en la estructura de clases. Y por último, que el socialismo no era simplemente un programa político, sino una cosmovisión basada en la premisa de que la realidad es susceptible de un análisis científico. Lógicamente, estas principales líneas de la doctrina marxista estuvieron abiertas a importantes diferencias de interpretación y dieron lugar a la formación, en el seno del marxismo, de movimientos políticos y posiciones teóricas radicalmente hostiles entre sí. KOLAKOWSKI, Leszek: *Las principales corrientes...*, pp. 12-13.

<sup>7</sup> COLE, G.D.H.: *Historia del pensamiento socialista...*, pp. 96-107. Sobre las explicaciones de la postura belicista de la socialdemocracia en 1914 resulta de interés, HERREROS VÁZQUEZ, Francisco: "Confianza y cooperación: la socialdemocracia y la Primera Guerra Mundial", *Historia y Política*, 11 (2004), pp. 181-198.

etapa fundamental en la historia del socialismo al tiempo que abrió una nueva, y no menos importante, a raíz de los acontecimientos desencadenados a partir de 1917.

La revolución bolchevique contribuyó a abrir una falla en el seno del movimiento socialista mundial que quedó dividido, desde entonces, en dos ramas principales como fueron la comunista y la socialdemócrata. Mientras que en Rusia se impusieron los primeros, en Alemania, por el contrario, triunfaron los segundos. Durante la guerra, los socialistas alemanes adoptaron cada vez más una postura belicista y nacionalista que le alejó de sus homólogos europeos, al tiempo que causó la escisión de los izquierdistas que se agruparon en un nuevo partido, el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD). Ante el cariz adverso que empezó a tomar el conflicto bélico en 1918, los socialistas mayoritarios, que formaban parte del gobierno, presionaron para que el káiser Guillermo II abdicara. Fue finalmente el movimiento revolucionario desencadenado en noviembre de ese mismo año el que forzó la abdicación. Los socialistas se vieron enfrentados, entonces, a la tarea de construir un nuevo Estado, al tiempo que tuvieron que hacer frente al movimiento espartaquista, encabezado por Luxemburgo y Karl Liebknecht, que pretendió seguir el camino de los revolucionarios rusos. Pero el levantamiento comunista fue aplastado, y en las elecciones del 19 de enero de 1919, el SPD logró ser la fuerza más votada con cerca de 11 millones y medio de votos de un total de 30 millones. El fracaso de los comunistas alemanes vino a evidenciar el triunfo de aquellos que habían optado por la vía moderada del movimiento socialista, aquella que prefirió la vía parlamentaria y que dejó vigentes las instituciones democráticas liberales, frente a aquella otra, revolucionaria, que condujo a Rusia a la dictadura del proletariado<sup>8</sup>.

Si hasta aquí nos hemos centrado en estudiar la trayectoria de los socialistas alemanes —dada la gran influencia que ejercieron hasta 1914— no queremos concluir este apartado sin atender brevemente al movimiento laborista británico, en la medida en que, a partir de 1918, fue ganando cada vez mayor protagonismo en el seno del movimiento socialista europeo, al tiempo que mantuvo siempre ciertas particularidades en su trayectoria histórica. El Reino Unido, cuna de la Revolución Industrial, albergó tempranamente un movimiento obrero reivindicativo que adoptó diversas manifestaciones —dentro de ellas destacó la cartista— y logró presionar al parlamento para lograr mejorar en sus condiciones de vida. Esto explica, quizás, la tardía aparición de las organizaciones socialistas

---

<sup>8</sup> COLE, G.D.H.: *Historia del pensamiento socialista, t. IV, Comunismo y socialdemocracia, 1914-1931*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1975, pp. 99-159.

en dicho país, hacia la década de 1880. Los primeros años del socialismo británico estuvieron marcados por su debilidad y sus divisiones internas a nivel político, mientras que a nivel doctrinal se inclinó hacia un pronunciado reformismo influenciado por las teorías fabianas, el “nuevo sindicalismo” y la socialdemocracia alemana<sup>9</sup>. El Partido Laborista, fundado en 1906, y caracterizado por unos planteamientos moderados y alejados del marxismo, logró imponerse como la fuerza hegemónica de la izquierda británica, gracias a que se apoyó en un movimiento sindical fuerte, y a que supo aprovecharse de la descomposición del Partido Liberal durante la guerra<sup>10</sup>. Estas circunstancias favorables le condujeron a formar gobierno en dos ocasiones, en los años veinte, y a consolidarse, en definitiva, como una fuerza política clave de la socialdemocracia europea.

En el periodo de entreguerras se consumó la separación entre comunistas y socialdemócratas, tal como refleja la formación de dos internacionales diferenciadas (La Tercera Internacional y la Internacional Socialista). Pero más allá de ese hecho, lo que cabría destacar de dichos años es cómo los socialistas sucumbieron ante el avance del fascismo. En Alemania, las fuerzas de izquierdas no lograron unirse a tiempo en un frente que detuviera el avance electoral de los nazis. Tanto en Alemania como en el resto de países en los que ascendió la derecha radical y el fascismo, el socialismo fue prácticamente aniquilado. Los Frentes Populares organizados en países como Francia y España fracasaron a su vez en su tarea de defender la democracia y contener el avance y la victoria de sus adversarios. En Gran Bretaña, por su parte, la década de 1930 fue un prolongado periodo de dominio conservador. En aquellos años, solo en Suecia, Noruega y Dinamarca logró gobernar la socialdemocracia, superando la crisis económica mundial y llevando a cabo un tipo de políticas que anticiparon el modelo de gestión propio de la socialdemocracia europea de después de la Segunda Guerra Mundial<sup>11</sup>.

---

<sup>9</sup> La Sociedad Fabiana fue fundada en 1884 por un pequeño grupo de intelectuales de clase media. Los fabianos defendieron un socialismo pragmático, alejado de las concepciones marxistas, y que abogaba por lograr reformas graduales a través de la vía electoral. Por su parte, el nuevo sindicalismo surgió al calor de las crisis industriales que se sucedieron a partir de la década de 1870, y se caracterizó por romper con la estrategia sindical tradicional de colaboración con la patronal para dar paso a una acción obrera basada en los intereses de clase. La influencia del socialismo en el nuevo sindicalismo fue, en ese sentido, muy notable, siendo su referente político el Partido Laborista Independiente. COLE, G.D.H.: *Historia del pensamiento socialista...*, pp. 108-140. Véase también: DROZ, Jaques, *Historia del socialismo. El socialismo democrático*, Barcelona, Edima, 1966, pp. 92-105.

<sup>10</sup> LUEBBERT, Gregory M.: *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997, pp. 31-52.

<sup>11</sup> SILVA TRISTE, Fernando: *Breve Historia...*, pp. 60-62.

## 1.2 La socialdemocracia tras la Segunda Guerra Mundial

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial se inició en Europa una nueva etapa histórica. En contraste con la inestabilidad padecida por el continente a partir de 1914, con la segunda posguerra se abrió un periodo prolongado de estabilidad política y crecimiento económico sostenido solo enturbiado por los acontecimientos de la Guerra Fría. En la mayoría de los países de Europa occidental, tras la derrota del fascismo, la forma de gobierno adoptada fue la democracia parlamentaria, modernizada en algunos aspectos como en la incorporación del sufragio femenino. En el terreno de la economía, la región experimentó una extraordinaria aceleración del crecimiento económico que dio lugar a una era de prosperidad sin precedentes, alejándose la sombra de la depresión de los años treinta. Además, se produjeron enormes mejoras en la eficiencia y la productividad y tuvieron lugar grandes avances tecnológicos que cambiaron sustancialmente las condiciones de vida de la población<sup>12</sup>. En tal contexto, la socialdemocracia emergió definitivamente como un actor político de primera magnitud: asumió el gobierno de numerosos países, y dejó una notable impronta en el nuevo orden liberal de posguerra al participar de forma activa en la construcción del Estado del bienestar.

El auge de la socialdemocracia en el periodo de la segunda posguerra mundial se evidencia en sus éxitos electorales. En Gran Bretaña, el Partido Laborista ganó las elecciones de 1945; también en Suecia, Noruega y Dinamarca, los partidos socialdemócratas lograron mayorías amplias que les permitieron gobernar en solitario, mientras que en Finlandia, Islandia, Austria y en los países del Benelux, los socialdemócratas, aun sin contar con mayorías electorales, entraron en coaliciones de gobierno. En Italia y Francia, los socialistas rivalizaron con los comunistas a la hora de atraerse el apoyo del electorado de izquierdas, a pesar de lo cual lograron entrar en los gobiernos de 1945. Solo en Alemania Occidental la socialdemocracia estuvo ausente de los gobiernos que se formaron en las democracias europeas de posguerra<sup>13</sup>. Si bien es cierto que, como hemos visto anteriormente, los partidos socialistas habían experimentado un influjo creciente desde finales del siglo XIX, igualmente lo es que, desde una perspectiva comparada, nunca acumularon

---

<sup>12</sup> Sobre la situación económica de esa época véase, BARCIELA, Carlos: "La edad de oro del capitalismo (1945-1973)" en COMÍN, Francisco, MAURO, Hernández y LLOPIS, Enrique (eds.): *Historia económica mundial. Siglos X-XX*, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 340-389.

<sup>13</sup> Para más detalles sobre los resultados electorales de la socialdemocracia en dicho periodo véase SASSON, Donald: *One hundred years of socialism. The west european left in the twentieth century*, Londres, Fontana Press, 1997, pp. 118-120.

tanto poder como el que lograron tener a partir de 1945. Cabe preguntarse, entonces, por las razones que posibilitaron tal circunstancia. Al respecto, son varios los factores a destacar. En primer lugar, el peso del socialismo antes y durante la guerra, que contribuyó a que los partidos socialdemócratas recuperaran o mantuvieran su influencia. En segundo lugar, el consenso que se produjo tras la guerra en torno al Estado del bienestar, que fue promovido en parte por la socialdemocracia. Y en tercer lugar, el clima de Guerra Fría que se instaló a partir de 1947, y que contribuyó a fortalecer, en Europa occidental, la vía reformista de los socialistas frente a la revolucionaria de sus competidores comunistas.

En cuanto al primer factor, cabe tener en cuenta que el periodo fascista no logró borrar el recuerdo de la lucha de los partidos y sindicatos socialistas en pro de las clases populares. A pesar de la represión, la mayoría de los partidos socialistas conservaron sus estructuras organizativas en la clandestinidad o el exilio. Durante la guerra, sus miembros protagonizaron, junto con los de otras fuerzas como los comunistas, la resistencia contra la ocupación nazi, lo que les confirió un gran prestigio al finalizar el conflicto, y una fuerte legitimidad para formar parte de los gobiernos de unidad antifascista que se formaron en algunos países como, por ejemplo, Francia o Italia. Por otro lado, los socialistas supieron adoptar sus programas a las demandas de una sociedad que, tras largos años de sufrimiento, estaba ansiosa por mejorar sus condiciones de vida. Se reafirmaron así en su identidad como partidos de clase y se atraieron la complicidad de los sindicatos, adoptando sus propuestas. En definitiva, los partidos socialdemócratas se mostraron dispuestos a llevar a los parlamentos nacionales la tradicional pugna entre obreros y patronos, obteniendo, de tal manera, el apoyo electoral de la clase trabajadora<sup>14</sup>.

El segundo factor que explica el auge socialdemócrata tiene que ver con lo que se conoce como el consenso de posguerra. Los desastres acumulados a causa de la Gran Depresión y de las dos guerras mundiales contribuyeron a cambiar las concepciones liberales clásicas de la economía, en particular el papel que en ella debían cumplir los Estados. El sector privado quedó desprestigiado y se consideró necesaria la intervención estatal para evitar escenarios como el que se había producido en los años treinta. La Segunda Guerra Mundial estuvo marcada por una intervención creciente y obligada de los Estados en todas las esferas de la vida, entre ellas la económica. Un proceso que fue irreversible

---

<sup>14</sup> SEVILLA, José, V.: *El declive de la socialdemocracia*, Barcelona, RBA, 2011, p. 70.

teniendo en cuenta que los gobernantes prometieron recompensar el esfuerzo y el sacrificio de la población durante la guerra por medio de la puesta en marcha de unos programas intervencionistas que garantizaran la prosperidad en tiempos de paz<sup>15</sup>. Esto propició un consenso en Europa occidental en torno a la necesidad de forjar el Estado del bienestar. Éste fue, en efecto, uno de los elementos más característicos de las democracias liberales posteriores a 1945. Aunque sus antecedentes se encuentran ya a principios del siglo XX, con la promulgación y generalización en Europa de las primeras leyes de protección social, lo cierto es que solo después de 1945 se impuso una voluntad firme por parte de los dirigentes políticos de asegurar el bienestar de sus ciudadanos. La influencia de las distintas experiencias puestas en marcha en los años treinta para afrontar la crisis económica, en especial las políticas del New Deal de Roosevelt, pero, igualmente, las aplicadas por la socialdemocracia escandinava, fueron decisivas para la posterior implantación del Estado del bienestar en Europa. Unas políticas que se sustentaron principalmente en las teorías económicas desarrolladas por John Maynard Keynes en el periodo de entreguerras<sup>16</sup>. La importancia del Estado del bienestar estuvo en que se impuso, según ha explicado Serge Berstein, como una “filosofía del compromiso o del consenso”. El sistema capitalista no fue puesto en cuestión por la mayor parte de las fuerzas políticas, que buscaron la conciliación de la democracia y el capitalismo a través de las premisas de la justicia social y la redistribución de la riqueza. De ahí que “la voluntad firme de construir el Estado del bienestar después de la guerra estuvo acompañada por una modificación de las relaciones sociales por medio de la introducción de nociones tales como la solidaridad y

---

<sup>15</sup> En concreto, el informe Beverige, publicado en 1942, anunció una profunda reforma del sistema de protección social en Gran Bretaña, previendo una redistribución mucho mayor de la riqueza en forma de prestaciones sociales a la clase trabajadora. El informe anticipó el principio de “Seguridad social” y la concepción que esta implica de la responsabilidad del Estado en la protección del individuo y el derecho de cada ciudadano a tener una vida decente. El informe se convirtió en 1945 en la referencia de los laboristas británicos, pero también en la de la mayoría de los gobiernos de las democracias europeas. BERSTEIN, Serge (dir.): *La démocratie libérale*, París, Presses Universitaires de France, 1998. Sobre los orígenes y efectos del informe Beverige véase los capítulos XV y XVI del libro.

<sup>16</sup> Tal como apunta Juan Velarde Fuentes, el Estado del bienestar no podría haberse materializado sin las aportaciones teóricas de Keynes. En su *Teoría general* demostró que el Estado tenía un papel muy activo para orientar la política de gasto, y más en concreto la inversión. Acabó con el mito del Presupuesto equilibrado y señaló además que la política salarial y de seguros sociales no originaban necesariamente, como defendían los economistas neoclásicos, inflación y paro, sino que, si se coordinaba con el resto de política económica, era capaz de impulsar la producción, de facilitar la igualación de rentas y de promover el pleno empleo. En este sentido, los sistemas fiscales con una fuerte carga de progresividad y personalización podían ser instrumentos complementarios muy adecuados. La nueva política económica que se inauguró en los años treinta y se generalizó a partir de 1945 se basó en tales supuestos, y tuvo como pilares centrales la lucha contra el paro y la provisión de prestaciones sociales. VELARDE FUERTES, Juan: “Estado del bienestar y sociedad opulenta” en, MERCEDES CABRERA et. al. (comps.): *Europa, 1945-1990*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1992, pp. 133-135.

el reparto”<sup>17</sup>. El consenso en torno a estos supuestos benefició especialmente a la socialdemocracia en la medida en que trajo un contexto muy favorable para la aplicación de su programa político.

Debemos tener en cuenta, por otro lado, que este consenso de posguerra se circunscribió solo a algunos países en un contexto internacional marcado por la Guerra Fría. El Plan Marshall puesto en marcha en 1947, aunque fue concebido inicialmente como un programa de ayuda para la recuperación europea, solo fue aplicado en la parte occidental del continente —y no en toda ella— puesto que Stalin decidió mantener a la URSS y a los países de su área de influencia al margen de tales ayudas. Tal circunstancia contribuyó a que el plan funcionase como un freno a la expansión soviética y viniese a definir el nuevo orden mundial de la posguerra, dividiendo políticamente a Europa en dos bloques: el capitalista y el comunista. La ayuda económica de los Estados Unidos a los países de la Europa occidental sirvió para revertir la mala situación económica y el pesimismo moral reinante en 1947, y para alejar, en último término, la amenaza del comunismo<sup>18</sup>.

Todo esto benefició a los partidos socialdemócratas en dos aspectos. En primer lugar, las ayudas estadounidenses, al facilitar la recuperación económica, apuntalaron a algunos partidos como el laborista de Gran Bretaña, al facilitarles los recursos necesarios para desplegar su programa reformador de corte keynesiano. Y en segundo lugar, los esfuerzos de los Estados Unidos por frenar el avance de los partidos comunistas contribuyeron al fortalecimiento de otras fuerzas políticas, entre ellas las socialdemócratas<sup>19</sup>. Por otro lado, la Guerra Fría obligó a los partidos socialistas a aclarar su posicionamiento en el conflicto. La unidad de la izquierda forjada en torno a la lucha antifascista, y que aun perduró al finalizar la guerra, estuvo abocada, a partir de 1947-1948, a quebrarse, cuando los socialistas se pronunciaron cada vez más a favor de la política de los Estados Unidos, rechazando cualquier colaboración con los partidos comunistas. La formación del Comité de la Conferencia Socialista Internacional (Comisco) más tarde rebautizado como la Internacional Socialista (IS), fue, en ese sentido, clave para dotar de unidad doctrinal a la socialdemocracia y definir su estrategia internacional<sup>20</sup>. El destino de la socialdemocracia estuvo desde entonces ligado al bloque capitalista.

---

<sup>17</sup> BERSTEIN, Serge (dir.): *La démocratie...*, p. 746.

<sup>18</sup> JUDT, Tony, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2011, pp. 105-158.

<sup>19</sup> GEOFF, Eley: *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 314.315.

<sup>20</sup> AZCÁRATE, Manuel: *La izquierda europea*, Madrid, Ediciones el País, 1986, pp. 112-125.

### 1.3 La doctrina socialista en el periodo de la segunda posguerra

En el apartado anterior hemos visto cómo la socialdemocracia se convirtió en una de las fuerzas más importantes del panorama político de posguerra en las democracias europeas, gracias a un cúmulo de circunstancias favorables que le permitieron cosechar fuertes apoyos electorales. A continuación, queremos incidir con más detalle en la evolución ideológica que experimentó el socialismo en dicho periodo, y cómo se concretó en las políticas aplicadas estando en el poder. Sobre tal cuestión, cabe tener en consideración que los debates doctrinales en el seno del socialismo, a diferencia de los que tuvieron lugar durante el periodo de la Segunda Internacional y tras la Revolución bolchevique, fueron, a partir de entonces, menores. Una combinación de pragmatismo político y de optimismo hacia el futuro, llevó a los socialistas a que acabaran renunciando, en general, a la posibilidad de acabar con el capitalismo, asumiendo que su responsabilidad era gestionarlo en beneficio de las clases populares. A modo de síntesis, se puede afirmar que fueron tres los pilares de la socialdemocracia de posguerra: el corporativismo, el keynesianismo y el Estado del bienestar.

El corporativismo se basó en la integración de los movimientos obreros en la vida activa del Estado por medio del reconocimiento oficial de los sindicatos y la libre negociación colectiva<sup>21</sup>. Las relaciones laborales en la posguerra se caracterizaron por una triangulación corporativista en la cual “el trabajo obtuvo beneficios económicos tangibles e influencia política; el capital obtuvo el espacio necesario para una nueva estrategia de acumulación basada en el fordismo, lo cual significaba acuerdos en el lugar de trabajo en los que se combinaban los salarios elevados, la productividad y un proceso laboral modernizado, todo ello impulsado por el consumidor; y el Estado obtuvo un nuevo papel consistente en supervisar este acuerdo social a gran escala. La unidad de este corporativismo se mantenía en parte por medio de sistemas nacionales de consulta entre el gobierno, los patronos y los sindicatos y en parte porque el keynesianismo puso fin al desempleo masivo”<sup>22</sup>.

---

<sup>21</sup> Aunque nosotros, siguiendo a Eley Geoff, empleamos el término de corporativismo en referencia a lo que se implantó en las democracias liberales de posguerra, cabe señalar que otros autores emplean el de neocorporativismo para diferenciarlo del corporativismo del periodo fascista. Sobre las distintas acepciones y definiciones de ambos términos, y sus características, véase, SOLÉ, Carlota: “El debate corporativismo-neocorporativismo”, *REIS, Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 26 (1984), pp. 9-23.

<sup>22</sup> GEOFF, Eley: *Un mundo que ganar...*, pp. 315-316.

El keynesianismo y el Estado del bienestar fueron los otros dos grandes ejes que guiaron las políticas socialdemócratas, que se concretaron en la intervención del Estado en la economía y en la redistribución de la riqueza por medio de sistemas fiscales progresivos y políticas sociales. Ya hemos señalado cómo la experiencia de la guerra abrió las puertas al Estado como organizador de la economía y animó, en Europa, las experiencias de la planificación. Los partidos socialdemócratas se inclinaron especialmente hacia la intervención del Estado en el aparato productivo. Así, después de la guerra, varios países europeos decidieron nacionalizar un conjunto de industrias consideradas estratégicas<sup>23</sup>. Según José V. Sevilla, las intervenciones del Estado la economía respondieron a un doble criterio. Primero, las nacionalizaciones se orientaron hacia bienes y servicios con importantes efectos externos, como la industria armamentística, la energética, o empresas de transportes y suministros. Un proceso de socialización del sector productivo que puso a disponibilidad de los gobiernos mayores recursos para realizar políticas keynesianas de regulación de la demanda y políticas de desarrollo. Segundo, el Estado intervino en la producción privada en interés de la competencia, tratando de aproximar las condiciones reales de los mercados a las supuestas en los mercados competitivos, de tal forma que los comportamientos de las empresas redundaran en beneficio de los consumidores, como se supone que ocurre en el modelo competitivo. Una intervención que se valió de instrumentos como la regulación, las normas legales o las sanciones<sup>24</sup>.

El Estado del bienestar se vertebró en torno a la implantación de sistemas de seguridad social que sustituyeron a los viejos sistemas de seguros sociales independientes de la Hacienda pública, y a un amplio sistema de Servicios Sociales, relacionados con la asistencia sanitaria, el paro, la ayuda familiar, la educación, la vivienda, y las ayudas a los excombatientes<sup>25</sup>. Estas prestaciones se financiaron gracias al establecimiento de sistemas de progresividad fiscal. Así, el Estado del bienestar supuso un incremento considerable del gasto público y de la presión fiscal. La imposición sobre la renta se convirtió en el impuesto más importante del sistema, por su gran capacidad recaudatoria y por su progresividad. Estas políticas sociales hicieron que la distribución de la renta fuera más igua-

---

<sup>23</sup> Se puede tomar como ejemplo la experiencia del gobierno laborista en Gran Bretaña de 1945 a 1950, que llevó a cabo la nacionalización del Banco de Inglaterra, la aviación civil, el sector de las telecomunicaciones y el carbón en 1946; de los trenes, los transportes por carretera y la electricidad en 1947; el gas en 1948 y el hierro y el acero en 1949. SASSOON, Donald: *One hundred years...*, p. 152.

<sup>24</sup> SEVILLA, José, V.: *El declive...*, pp. 87-89.

<sup>25</sup> VELARDE FUERTES, Juan: *Estado del bienestar...*, p. 136.

litaria, reduciéndose las desigualdades económicas entre ciudadanos y erradicando prácticamente la pobreza. Además, comportaron la prestación gratuita y universal de servicios públicos, especialmente la educación y la sanidad, lo que también contribuyó a reducir notablemente la desigualdad. Concluiremos este apartado afirmando que, si bien es cierto que el contexto económico favorable del periodo 1945-1973 y el pleno empleo fueron factores fundamentales para asegurar el éxito y la sostenibilidad del Estado del bienestar, también debe valorarse la capacidad negociadora de los trabajadores y, en general, la mayor presencia parlamentaria de la izquierda, como elementos clave de las mejoras en la distribución primaria de la renta y la capacidad redistributiva de las políticas sociales<sup>26</sup>. Aunque, por otro lado, se debe tener en cuenta que, como ya hemos dicho, el Estado del bienestar no fue obra exclusiva de la izquierda, sino que respondió a un consenso entre las grandes fuerzas políticas. Sirva como ejemplo el retorno de los conservadores al poder en Gran Bretaña en 1950, que no puso en cuestión la labor del Gobierno del laborista Clement Attlee.

#### 1.4 El revisionismo de los años cincuenta

Si la adopción de la fórmula keynesiana desradicalizó la imaginación socialdemócrata, el posicionamiento de los socialistas en la Guerra Fría a favor del atlantismo les llevó a oponerse frontalmente al modelo de democracia popular socialista de los países de Europa central y del este. En consecuencia, y como forma de desmarcarse del comunismo, fueron abandonando paulatinamente los vestigios revolucionarios que aun conservaban —algunos partidos más que otros— al menos a nivel retórico o simbólico. En la práctica, hacía tiempo que la socialdemocracia había renunciado a la estrategia revolucionaria, pero hasta los años cincuenta siguió defendiendo la necesidad de abolir el capitalismo por medio de reformas paulatinas. El cambio fundamental que se produjo a partir de entonces en la ideología socialdemócrata fue el abandono del marxismo y del anticapitalismo y, en definitiva, de la vía reformista al socialismo<sup>27</sup>. La clave para comprender este giro doctrinal está en el crecimiento económico sostenido que se produjo en aquel momento. Este auge del capitalismo despertó un gran optimismo entre los socialdemócratas, a los que, desde entonces, les guio la confianza en un futuro próspero para las

---

<sup>26</sup> SEVILLA, José, V.: *El declive...*, pp. 85-87.

<sup>27</sup> VELASCO CRIADO, Demetrio: *Pensamiento político contemporáneo*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1997 pp. 230-231.

clases populares dentro de dicho sistema; un futuro que, de hecho, ya se estaba materializando<sup>28</sup>.

El SPD alemán y el Partido Laborista británico fueron los partidos que más tempranamente iniciaron esta revisión de sus presupuestos ideológicos. Esto es comprensible si se tiene en cuenta que ambos pasaron por periodos largos en la oposición. El SPD lo estuvo desde la creación de la República Federal de Alemania, en 1949, hasta 1965. Por su parte, los laboristas británicos, tras cinco años en el poder, perdieron las elecciones de 1950, permaneciendo en la oposición hasta 1964. El debate que se produjo en estos dos partidos es el que más repercusión ha tenido en la historiografía, por el alcance que tuvo en la socialdemocracia europea. Y es que, a raíz de éste, el revisionismo acabó impregnando, de forma directa o indirecta, al conjunto de los partidos socialdemócratas. A partir de entonces, el socialismo no fue entendido como una alternativa antagónica al capitalismo, sino más bien como una serie de valores de los cuales destacaba la igualdad. El enemigo a “combatir” ya no era el capitalismo en general sino una particular forma de él: el desregulado, el capitalismo *laissez-faire*<sup>29</sup>.

Tras su regreso a la legalidad en 1945, el Partido Socialdemócrata Alemán, dirigido por Kurt Schumacher, proclamó su fidelidad al programa de Heidelberg de 1925, y, por tanto, a sus referencias marxistas. La rigidez doctrinal se convirtió, tal como evidenció la joven generación del partido encarnada por Willy Brandt, en un lastre que arrastró el partido en la posguerra, que quedó asociado al comunismo y que fue incapaz de competir con los demócratacristianos en las elecciones<sup>30</sup>. En consecuencia, fueron cada vez mayores las voces que reclamaron una revisión doctrinal que permitiese al SPD salir del abismo

---

<sup>28</sup> “Los estrategas socialistas tomaron la permanencia de la prosperidad como un atractivo sustituto de la abolición del capitalismo, para la cual, en cualquier caso, no tenían ningún plan. La retórica de la revolución, como desafío al poder del Estado, había desaparecido hacía ya mucho tiempo. Pero ahora también desapareció toda política extraparlamentaria por medio del gobierno local, la democracia en el lugar de trabajo o la acción directa, o algún mínimo vestigio de ella. El lenguaje de clase que hablaba de conflictos irreconciliables en la economía se atrofió. Los nuevos estrategas cambiaron sus prioridades y dejaron el medio principal de la clase obrera por lentas mejoras en la estructura de clases y coaliciones sociales más amplias. En vez de la lucha de clases, los revisionistas optaron totalmente por las elecciones. Los partidos socialistas se convirtieron en “partidos populares” con apoyo variado”. GEOFF, Eley: *Un mundo que ganar...*, p. 316.

<sup>29</sup> El teórico más destacado del revisionismo de los años cincuenta fue Anthony Crosland, a través de su obra, *The Future of Socialism* (1956). SASSOON, Donald: *One hundred years...*, pp. 244-245.

<sup>30</sup> En 1949, el SPD obtuvo el 29,2% de los sufragios frente al 31% de la CDU/CSU; en 1953, 28,8% frente al 45,2%; y en 1957, 31,8% frente al 50,3%. Un declive que también se explica por el éxito de la política de Adenauer a nivel económico e internacional, pero que, a pesar de todo, no deja de ser significativo. BERS-TEIN, Serge (dir.): *La démocratie...*, p. 799.

electoral. La muerte de Schumacher y sustitución en 1953 por Enrich Ollenhauer, más proclive a escuchar tales voces, favorecieron la evolución de las posturas del partido. En 1959, en el Congreso de Bad Godesberg<sup>31</sup>, el partido renunció a sus postulados marxistas, y redefinió el socialismo democrático a partir de bases cristianas, reclamando la herencia de Lutero y los filósofos de la ilustración. El SPD se definió a partir de entonces, no ya como un partido de clase, sino como el partido del conjunto del pueblo alemán, reconociendo así la importancia del papel de las nuevas clases medias. Además, el partido renunció a la planificación y a la política de nacionalizaciones salvo en caso de necesidad, señalando que la defensa de la libre competencia y de la libre iniciativa de los empresarios eran elementos importantes de la política económica socialdemócrata. La nacionalización no fue entendida, desde entonces, como la vía para llegar al socialismo, sino como una herramienta económica más, que podía ser útil en determinadas situaciones<sup>32</sup>. El giro programático de Bad Godesberg posibilitó que el SPD cogobernase con los democristianos de la Unión Demócrata Cristiana (CDU) a partir de 1965. Fue la primera “gran coalición” de las muchas que se repitieron desde entonces entre los socialdemócratas y democristianos alemanes y que ilustran bien el pragmatismo que caracterizó a los revisionistas del SPD. Además, la nueva estrategia electoral de los socialdemócratas alemanes fue acertada si se tiene en cuenta que Brandt, que se había convertido en el líder del partido, logró acceder al puesto de canciller en 1969.

De forma paralela, el Partido Laborista británico se dividió, en los años cincuenta, entre aquellos que siguieron a Aneurin Bevan en sus reclamaciones de la aplicación estricta de los principios de nacionalización anunciados en la cláusula cuarta de la constitución del partido y aquellos que, guiados por Hugh Gaitskell, abogaron por dar un carácter excepcional a las nacionalizaciones. Al igual que ocurrió con los revisionistas del SPD,

---

<sup>31</sup> La historiografía ha insistido mucho en la importancia del programa de Bad Godesberg, en la medida en que se convirtió en un texto de referencia para muchos partidos socialistas. Sin embargo, tal como explica Karin Fertikh, ha habido una tendencia a mitificar en exceso el programa como la evidencia del abandono definitivo del marxismo por parte del SPD, que se convirtió desde entonces en un “partido popular”, *un catch-all people party* y un partido de gobierno. Para este autor, es necesario estudiar el programa en su contexto y no por lo que sabemos que ocurrió posteriormente. No se puede hablar de una ruptura ideológica radical puesto que gran parte de los miembros del partido siguieron reivindicando a Marx. Bad Godesberg marcaría así, más bien una ruptura con el marxismo del socialismo totalitario que con el marxismo del socialismo democrático. Ahora bien, a efectos prácticos, es innegable que Bad Godesberg transformó radicalmente al partido, que modernizó su imagen desvinculándola de la simbología socialista y que adoptó un discurso purgado de las identidades de clase. FERTIKH, Karin: “Trois petits tours et puis s’en va... Marxisme et programme de Bad Godesberg du Parti social-démocrate allemand”, *Sociétés contemporaines*, 81 (2011), pp. 61-79.

<sup>32</sup> BERSTEIN, Serge (dir.): *La démocratie...*, pp. 788-789

los del partido británico se interrogaron sobre las causas de los malos resultados electorales obtenidos por el laborismo frente a los conservadores. Para ellos, la desafección de la opinión pública tenía su origen en lo inadecuado de algunos de los principios socialistas en un contexto de prosperidad marcado por un creciente nivel de vida de la clase trabajadora y por el ascenso de las clases medias. El revisionismo de Gaitskell se convirtió a partir de 1955 en la doctrina oficial del laborismo; y en 1960, el partido decidió, en los *Singpost for the Sixties*, una guía del partido para los años sesenta, renunciar a las nacionalizaciones como política prioritaria<sup>33</sup>. Pero, a diferencia de lo que sucedió con los socialdemócratas alemanes, la postura de los revisionistas no arraigó entre los laboristas británicos, puesto que Gaitskell no logró deshacerse de sus opositores que acabaron provocando su caída y con ella la de sus ideas.

Efectivamente, cuando en 1964 los laboristas lograron volver al poder, lo hicieron presentándose a las elecciones con el manifiesto titulado “Vayamos con el Partido Laborista hacia la Nueva Gran Bretaña” (*Let’s Go with Labour for the New Britain*), el cual representó el nivel máximo de la fe del partido en la planificación económica estatal. El partido se comprometió a poner en marcha un plan económico nacional impulsado desde el sector público y a través de la “planificación socialista”. Tal como señala Andrew Richards, “a lo largo de los veinte años siguientes, el Partido Laborista aumentó de modo notable tanto su identidad histórica como partido de la clase obrera, como su compromiso por poner en práctica estrategias más audaces de intervención en la economía”<sup>34</sup>. Este vaivén en las posturas de los laboristas británicos se explica porque su partido estaba mucho más dividido que otros partidos de izquierdas de Europa, y porque su compleja estructura interna dificultaba que todos los miembros se adhirieran unánimemente a la postura de su líder. La presión de los influyentes líderes de los sindicatos, que eran más proclives a la política de nacionalizaciones y recelosos a abandonar su identidad socialista, fue el factor determinante en el abandono del revisionismo por parte del Partido Laborista<sup>35</sup>.

---

<sup>33</sup> Ib. p. 790.

<sup>34</sup> RICHARDS, Andrew: “El fracaso del nuevo laborismo” en, PRZEWORSKI, A. y SÁNCHEZ-CUENCA, Ignacio: *Democracia y socialdemocracia. Homenaje a José María Maravall*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2012, p. 309.

<sup>35</sup> SASSOON, Donald: *One hundred years...*, pp. 257-260. El fracaso del revisionismo británico de los años cincuenta, que dio paso a un largo periodo en el que el partido laborista se inclinó más bien hacia los posicionamientos del ala izquierdista, es, en nuestra opinión, un factor clave para entender la fuerza que adquirió el posterior revisionismo de los años noventa. Sirva como comparación las dificultades que

### 1.5 La vuelta al poder de la izquierda en los años sesenta y principios de los setenta

Mientras que la década de los cincuenta marcó un retroceso electoral de los partidos de izquierda, la de los sesenta se caracterizó por un regreso al poder de muchos de dichos partidos. En conjunto, la izquierda europea logró recabar el apoyo de una media aproximada del 40% de los electores. La proporción de escaños obtenidos en los parlamentos se incrementó del 33,4% en 1960 al 39,3% en 1971. En Austria (a partir de 1971), Dinamarca (entre 1964 y 1973), Noruega (hasta 1965 y en los años 1971-1972), Suecia (entre 1960 y 1976) y Gran Bretaña (entre 1964 y 1970), la socialdemocracia logró formar gobiernos en mayoría o apoyados por los comunistas u otras fuerzas progresistas. En otros casos, como Alemania (a partir de 1969), Bélgica (en los años 1973-1974), Finlandia (entre 1966 y 1971), Austria (en los años 1970-1971) y Dinamarca (hasta 1964 y a partir de 1971), la socialdemocracia fue el socio mayoritario en gobiernos de coalición con fuerzas de centroderecha. Finalmente, en Francia (hasta 1962), Italia (entre 1963 y 1972), Bélgica (entre 1961 y 1966 y entre 1968 y 1973), Holanda (entre 1965 y 1966) y Alemania (entre 1966 y 1969), la socialdemocracia participó en gobiernos de coalición con la centroderecha como socio minoritario<sup>36</sup>. Haciendo un balance general vemos, por tanto, que, a partir de 1960, la socialdemocracia estuvo prácticamente, de una manera u otra, en todos los gobiernos de las democracias de Europa occidental. La excepción más flagrante fue, quizás, Francia, dónde, como consecuencia de la nefasta gestión de la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO) en la guerra de Argelia, el partido se dividió y prácticamente desapareció de la escena política hasta su refundación en los años setenta.

Es de remarcar que la socialdemocracia de este periodo, a raíz del debate doctrinal que se produjo en los años cincuenta, y ante un crecimiento económico que parecía no tener freno, no se propuso orientar su acción política hacia transformaciones radicales del sistema económico y de las instituciones políticas. Lo cierto es que con la consolidación del sufragio universal completo (incluido el femenino), se cumplieron sus demandas históricas de democratización del sistema. Los vestigios del pasado como la monarquía o las cámaras altas, al ser despojados de su poder, se convirtieron en preocupaciones menores para los socialistas. Por otro lado, la prosperidad económica permitió la reducción de las tasas de desigualdad y la práctica desaparición de la pobreza. El pleno empleo se convirtió

---

tuvo Hugh Gaitskell para modificar la cuarta cláusula de la constitución del partido con la escasa oposición que recibió Tony Blair al suprimirla en 1995.

<sup>36</sup> Ib. pp. 282-285.

en la norma durante estos años, y los trabajadores, arropados por sindicatos fuertes, consiguieron con facilidad que se atendiera a sus reivindicaciones laborales. En suma, el electorado se volvió más conservador puesto que ya no se dejó guiar por aquellos que profetizaban el deterioro de la situación y que apelaban a la necesidad de introducir grandes transformaciones en el sistema, sino que prefirió votar a aquellos que asegurasen un mantenimiento o incremento de los estándares de calidad de vida. De igual modo, los partidos políticos, entre ellos los socialdemócratas, establecieron lo que Donald Sasson denomina un “consenso conservador”, a partir del cual se consideró innecesario introducir reformas en el sistema político y económico. Desde entonces, la socialdemocracia se limitó a centrar su actividad a ganar elecciones, establecer alianzas con otros partidos, convencer al electorado de que eran la mejor solución para la gestión de la vida política de su país, y, por supuesto, gobernar allí donde se les ofreciera la oportunidad<sup>37</sup>. En otras palabras, la socialdemocracia, al enterrar el hacha de guerra de su tradicional cruzada contra el capitalismo, se acomodó en su nuevo papel de gestor de un modelo productivo que, de la mano del keynesianismo, marchaba viento en popa.

## **2. El fin del proyecto socialdemócrata de posguerra: de la crisis del petróleo a la caída del socialismo real**

Los años comprendidos entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la década de 1970 fueron los de la “época dorada” de la socialdemocracia. Como hemos visto en el capítulo anterior, una serie de condicionantes históricos propiciaron que los partidos socialdemócratas acumularan grandes cuotas de poder en la mayoría de las democracias europeas. Un éxito que fue posible en buena medida por el pacto que los socialistas hicieron de facto con el capital. Estos aceptaron las reglas de juego del sistema capitalista con la esperanza de que podría ser lo suficientemente humanizado y democratizado como para dar lugar a una sociedad justa e igualitaria, y esto gracias a la aplicación de medidas redistributivas y al pleno empleo. Un pacto que, en definitiva, pudo funcionar gracias al crecimiento económico sostenido y estable del periodo. Pero, a partir de los años setenta, como consecuencia de la crisis económica originada por el súbito incremento del precio del petróleo, el modelo productivo sobre el que se habían sostenido hasta entonces las economías capitalistas más avanzadas, inició una fase de declive. De forma paralela, el modelo de gestión keynesiano de la economía, que se había convertido en columna

---

<sup>37</sup> Ib. p. 280.

vertebral de la socialdemocracia, comenzó a ser cuestionado por su incapacidad para revertir el ciclo económico recesivo. Ante esta situación, el proyecto socialdemócrata de la segunda posguerra mundial, entró en un proceso de crisis al no encontrar las herramientas adecuadas para analizar y gestionar la nueva realidad del capitalismo de forma acorde con sus objetivos socialistas. A continuación, examinamos con más detalle los factores que ocasionaron tal crisis, así como su alcance e importancia histórica.

### 2.1 La crisis económica de los años setenta

El primer gran acontecimiento económico de la convulsa década de los setenta tuvo lugar en agosto de 1971, cuando el Presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, decidió acabar con la convertibilidad del dólar en oro a un tipo fijo. Una decisión que fue motivada por el déficit creciente del gobierno federal de Estados Unidos, originado por los enormes gastos de la guerra de Vietnam, y por el temor a ver reducidas sus reservas de oro como consecuencia de la sobrevaloración del dólar. El resultado de ello fue que, en un corto plazo, se puso fin al sistema monetario internacional acordado en Bretton Woods a finales de la Segunda Guerra Mundial<sup>38</sup>. Efectivamente, los Estados Unidos actuaron de forma unilateral, sin consultar previamente con el Fondo Monetario Internacional (FMI) ni con sus socios europeos, causando así conmoción y desconcierto en todo el mundo, ya que obligó al resto de economías a abandonar apresuradamente el sistema de cambio fijo. En 1973, en una conferencia en París se oficializó el fin de las disposiciones financieras de Bretton Woods, que se reemplazaron por un nuevo sistema de cambios flotantes. El coste de esta liberalización fue el incremento de la inflación. Los gobiernos europeos, con el fin de solucionar un previsto deterioro de la economía, adoptaron políticas de reflación, facilitando el crédito, permitiendo que subieran los precios internos y que cayeran sus divisas. Unas políticas que fueron ineficaces puesto que se toparon con la incertidumbre internacional marcada por una creciente especulación con las divisas y que los acuerdos sobre regímenes de cambios flotantes no pudieron contener. Así, el valor

---

<sup>38</sup> La conferencia de Bretton Woods se produjo en 1944. En ella, Gran Bretaña y Estados Unidos diseñaron el marco de relaciones económicas internacionales que había de imponerse tras la guerra. Se crearon dos organismos fundamentales como fueron el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). También se acordó crear un marco favorable al comercio internacional, reduciendo las barreras arancelarias, cosa que se llevó a cabo en 1947, cuando nació el GATT (*General Agreement on Tariffs and Trade*). Estos tres organismos estuvieron en la base del crecimiento económico en el periodo 1945-1973. Cabe señalar que, mientras estuvo vigente el sistema de Bretton Woods, el FMI cumplió el papel de regular y supervisar los tipos de cambio. Cuando éste fue remplazado por el nuevo sistema de cambios flotantes, el FMI se vio abocado a reconvertir su actividad; desde entonces su principal función ha sido la de prestar asistencia financiera a los países que han sufrido crisis económicas, las cuales han sido abundantes a partir de 1973. BARCIELA, Carlos: *La edad de oro...*, pp. 347-348.

de las divisas cayó dando lugar a un aumento del precio de las importaciones y del precio de las materias primas, excepto los del petróleo.

Esta inestabilidad de precios producida por la nueva situación monetaria no fue, sin embargo, tan dañina para las economías occidentales como lo fue la crisis del petróleo que se originó en 1973. La guerra del Yom Kippur, en la cual Estados Unidos y varios países europeos mostraron su apoyo a Israel, generó como respuesta por parte de los países árabes productores de petróleo un boicot en forma de reducción de la producción y de elevación de los precios del crudo, que se cuadruplicaron en pocos meses. Una decisión que perjudicó especialmente a Europa dado que era importadora prácticamente de la totalidad del petróleo que consumía. Para entender el impacto económico de este hecho es importante tener en cuenta que el petróleo se había convertido, durante las dos décadas anteriores, en la fuente de energía principal de los países industrializados, relegando el uso de otros combustibles como el carbón. Una circunstancia que se vio favorecida por unos precios del crudo que se mantuvieron extraordinariamente bajos. Las subidas de los precios del petróleo que se dieron en 1973-1974 rompieron, de tal modo, con la tendencia anterior, generando impactos inmediatos y muy negativos en las economías industrializadas. Una situación que vino a agravarse en 1979, cuando se produjo un segundo incremento brusco del precio del petróleo (un 150% entre diciembre de 1979 y mayo de 1980) provocado por el pánico en los mercados que se originó tras el derrocamiento del Sha de Persia<sup>39</sup>.

La inflación y el desempleo fueron los dos principales problemas que acecharon a los países europeos en la década de los setenta. Mientras que la tasa de inflación para la Europa no comunista entre 1961 y 1969 se mantuvo en el 3,1%, entre 1969 y 1973 subió al 6,4%, y entre 1973 y 1979 alcanzó una media anual del 11,9%. Por otra parte, mientras que el pleno empleo había sido la norma para Europa hasta principios de los setenta, situándose la tasa de desempleo en torno al 2% de la población activa, el paro empezó a aumentar de forma continuada a partir de mediados de la década, alcanzando casi el 5% en 1980 y el 7% en 1983<sup>40</sup>. Si bien el fenómeno de la inflación no era desconocido, lo

---

<sup>39</sup> Sobre la influencia de las cuestiones geopolíticas ligadas al petróleo y la crisis de los años setenta véase, GALLARDO OLMEDO, Fernando: *Crisis financieras y energéticas de ámbito internacional. Un análisis de las crisis del petróleo*, Madrid, Thomson, 2005, pp. 63-81.

<sup>40</sup> Los datos están tomados de SEVILLA, José, V.: *El declive...*, p. 104.

cierto es que hasta entonces se solía asociar al crecimiento económico<sup>41</sup>. Las grandes depresiones económicas de finales del siglo XIX y de la década de 1930 habían estado acompañadas, de hecho, por procesos de deflación caracterizados por una rápida caída de los precios y de los salarios. Pero lo que ocurrió en Europa en los años setenta no se ajustó a las explicaciones económicas convencionales, de ahí que se acuñara el término de estanflación para describir la nueva situación de inflación salarial y de precios combinada con ralentización económica. En cuanto a las causas del desempleo, estuvieron estrechamente ligadas, precisamente, a la inflación. El ascenso de los precios hizo que las economías europeas fuesen menos competitivas y que aumentaran sus importaciones de los países en vías de desarrollo, que se habían vuelto más competitivos. Esto llevó a descensos en la producción y al cierre de fábricas con sus consecuentes despidos, al tiempo que, a nivel macroeconómico, se produjeron desequilibrios en la balanza de pagos. La conjunción de todos los factores citados generó déficits en los países de la Europa occidental, e incluso algunos, como Gran Bretaña e Italia, se vieron abocados a pedir ayuda al Fondo Monetario Internacional (FMI) para evitar la quiebra<sup>42</sup>.

En apenas seis años la situación económica de Europa se había deteriorado notablemente. Aunque, si atendemos a las cifras del PIB de los países europeos en esos años, desde un punto de vista comparado con otras épocas históricas, no fueron especialmente bajas. Para el conjunto de países de Europa de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos) la tasa anual de crecimiento en el periodo 1973-1979 fue del 2,6%. La República Federal Alemana (RFA) creció al 2,3%, Francia al 2,8% y Gran Bretaña al 1,5%<sup>43</sup>. Unas cifras netamente mejores que la media del 1,3% alcanzada por estos tres países entre 1913 y 1950. Sin embargo, la depresión de la década de 1970 pareció peor de lo que fue por contraste con el periodo previo de gran prosperidad. Se cortó de forma brusca el ciclo económico expansivo de los “treinta gloriosos”<sup>44</sup>, reapareció la preocupación por el paro, aumentaron los precios y se redujeron los salarios reales,

---

<sup>41</sup> No así para los alemanes, quienes aún recordaban con temor los años de hiperinflación y sus consecuentes nefastos efectos económicos.

<sup>42</sup> JUDT, Tony, *Postguerra...*, pp. 657-668. Para una explicación de la crisis económica de los años setenta véase también, TORTELLA, Gabriel: *Los orígenes del siglo XXI. Un ensayo de historia social y económica contemporánea*, Madrid, Gadir, 2005, pp. 477-485.

<sup>43</sup> NAVARRO LÓPEZ, Vicenç: *Neoliberalismo y Estado del bienestar*, Barcelona, Ariel, 1997, p. 38.

<sup>44</sup> El término de los “treinta gloriosos” fue acuñado por el economista Jean Fourastié en su obra *Les Trente Glorieuses, ou la révolution invisible de 1946 a 1975*, para referirse a los treinta años de crecimiento económico ininterrumpido que conoció Francia entre 1945 y 1975. El término se ha popularizado y sirve hoy en día para designar la etapa de capitalismo regulado que conoció Europa occidental durante la segunda posguerra mundial.

y los países del Norte fueron despidiendo a los inmigrantes del Sur de vuelta a sus países de origen. Una situación que creó malestar y reavivó la conflictividad en el mundo laboral. No fueron pocos los que apuntaron a los partidos de izquierdas —que, como hemos visto, se encontraban mayoritariamente en el poder en ese momento— como responsables de la crisis económica y los que empezaron a cuestionar el modelo económico de la socialdemocracia.

## 2.2 La crisis del modelo de crecimiento de la posguerra

Más allá de los problemas inmediatos provocados por la crisis, como fueron el aumento del paro y de la inflación, los años setenta y ochenta conocieron el agotamiento del modelo de crecimiento, basado en la producción de tipo fordista y las políticas keynesianas, que imperaba en Europa occidental desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. La crisis económica provocó o aceleró una serie de cambios socioeconómicos de carácter estructural que afectaron a las economías capitalistas más avanzadas. El sector secundario dominado por las grandes industrias y la producción manufacturera entró en declive, mientras que, por el contrario, el sector terciario creció notablemente. Se reorganizaron los mercados de trabajo, la clase obrera industrial entró en declive y, a nivel global, se produjo una reestructuración general del capitalismo. Tales transformaciones dieron lugar a las denominadas economías postindustriales o posfordistas, que ocasionaron a su vez profundos cambios políticos, sociales y culturales en Europa. Las organizaciones políticas y sindicales de la izquierda clásica perdieron, en este proceso, su referencia básica como era la centralidad de la clase obrera en la vida política, y se enfrentaron a dificultades para adaptarse a la nueva realidad socioeconómica.

Tal como explica el economista Fernando Julio Piñero, el fordismo consistió en un sistema de organización del trabajo basado en la cadena de producción que tuvo sus orígenes en las fábricas de Henry Ford a principios del siglo XX y que, dado su éxito, fue, a partir de entonces, la referencia para otras industrias. El fordismo se convirtió, de tal modo, en el modelo productivo predominante a partir de la Segunda Guerra Mundial; y, asociado a las políticas keynesianas, consiguió mantenerse intacto hasta los años setenta. Bajo el sistema fordista, el comercio internacional adoptó un papel secundario en la economía, puesto que el motor que impulsaba tal modelo productivo era la transformación interna de los procesos productivos industriales. El objetivo de las empresas y gobiernos era, por tanto, impulsar el crecimiento del mercado interno mediante el aumento del poder

adquisitivo de los consumidores. Hay que tener en cuenta, por otro lado, que las relaciones económicas internacionales, hasta finales de los años sesenta, se concentraron esencialmente en los países del norte<sup>45</sup>. Sin embargo, a partir de la década de 1970 se asistió a una saturación de los mercados por exceso de oferta a nivel global, lo que llevó a una crisis de producción de las empresas de Europa y Estados Unidos. Esto se debió a que los países en vías de desarrollo de Latinoamérica y Asia orientaron sus economías hacia la exportación de productos manufactureros, entrando así en competencia con los países más avanzados. En consecuencia, las empresas de los países occidentales vieron como caía su nivel de beneficios, lo que les obligó, a corto plazo, a reducir su nivel de inversiones, y, a medio plazo, a deslocalizar su actividad allí donde la mano de obra era más barata. La reestructuración de los mercados internacionales surgida al calor de la globalización, añadida a los efectos de la crisis económica, hizo que, en definitiva, las empresas fueran menos competitivas, lo que explica el proceso de desindustrialización que afectó a Europa y Estados Unidos<sup>46</sup>.

El declive de la industria en Europa occidental empezó a producirse a finales los años cincuenta. En aquella década, el proletariado industrial suponía casi el 50% de la población ocupada en países como Gran Bretaña o Bélgica, cifras que comenzaron a descender paulatinamente en la década siguiente. Los sectores que primero fueron afectados por la reestructuración capitalista fueron los del carbón, el hierro, el acero y la ingeniería. A partir de 1973-1974 el descenso del empleo industrial fue pronunciado. En Gran Bretaña cayó del 49,2 al 30,2% entre 1985 y 1987 y en Bélgica del 48,3 al 28,7%. En cuanto a las manufacturas, entre 1970 y 1993 el empleo pasó del 32,4 al 18,9% en Gran Bretaña y del 32,1 al 17,7% en el caso belga<sup>47</sup>. En esta segunda etapa, la crisis se extendió a las industrias químicas, textiles, papeleras y fabricantes de bienes de consumo; y se agravó para las anteriores, con el cierre masivo de minas y fábricas. Esta crisis industrial acabó con la producción de tipo fordista, y con los grandes conglomerados urbanos en los que se con-

---

<sup>45</sup> PIÑERO, Fernando Julio: "El modo de desarrollo industrial Fordista-Keynesiano: características, crisis y reestructuración del capitalismo", *Contribuciones a la Economía*, Junio 2004. <http://www.eu-med.net/ce/2004-a.htm> Última consulta en internet: agosto 2015.

<sup>46</sup> Sobre la crisis del modelo fordista véase también, NEFFA, Julio Cesar: "Crisis y emergencia de Nuevos Modelos Productivos", en DE LA GARZA TOLEDO, Enrique: *Los retos teóricos de los estudios del trabajo hacia el siglo XXI*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 1999, pp. 40-70, así como, CAPARRÓS, Rafael: "La crisis del modelo de crecimiento de la postguerra y su repercusión en la viabilidad del modelo social europeo", *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, 105 (1999), pp. 97-146.

<sup>47</sup> GEOFF, Eley: *Un mundo que ganar...*, p. 383.

centraban grandes fábricas y legiones de trabajadores. De forma paralela, también se produjeron transformaciones en los otros sectores económicos. Los empleos agrarios sufrieron a su vez un severo retroceso, hasta el punto de que en 1980, en algunos países, apenas llegaban a representar el 5% del empleo total. El sector servicios, en cambio, conoció una notable expansión. Crecieron el número de trabajadores en el comercio minorista y las oficinas; crecieron los puestos de supervisión o administración; proliferaron las funciones tecnoprofesionales en la investigación, la enseñanza y las comunicaciones, y se produjo una masificación de las burocracias públicas. El sector servicios se convirtió en unas pocas décadas en el sector predominante de las economías europeas. En Suecia, por ejemplo, los servicios pasaron a representar el 61% del empleo entre 1960 y 1980, mientras que la industria se hundió hasta el 34%. En Austria las proporciones pasaron del 30% para el sector servicios y del 46% para el sector industrial en 1950, al 54 y 37% respectivamente en 1980. En todos los países de la Europa occidental se produjo, en mayor o menor medida, ese cambio estructural<sup>48</sup>.

El proceso de desindustrialización, además de producir un desplazamiento del empleo hacia el sector servicios, transformó el mercado de trabajo y la estructura social que se derivaba de él. Aunque los avances tecnológicos permitieron la creación de empleo muy especializado en sectores como la informática, la farmacéutica, la electrónica y a industria aeroespacial, la gran mayoría de los puestos de trabajo del sector terciario fueron copados por las áreas de la alimentación y restauración, sanidad y servicios empresariales y de información. Los nuevos empleos se caracterizaron por su precariedad e inseguridad, por estar mal pagados y no sindicados, y, en definitiva, por quedar al margen de aquello que convencionalmente se conoce como movimiento obrero, sus culturas y sus instituciones. Cabe decir, además, que este nuevo mercado de trabajo se orientó de forma preferente hacia las mujeres y a la dedicación parcial. Mayor suerte, en lo que a condiciones de trabajo se refiere, tuvieron aquellos vinculados a los servicios comunitarios, sociales y personales, debido a que se trató de empleo público que estaba estrechamente vinculado al Estado del bienestar<sup>49</sup>.

Este nuevo contexto laboral modificó la estructura social al provocar el declive de la clase obrera como grupo homogéneo. Con ello no queremos decir que el trabajo asala-

---

<sup>48</sup> Ib. p. 384.

<sup>49</sup> Ib. p. 385.

riado desapareciera, sino que, al contrario, aumentó ante la disminución de los campesinos, comerciantes y otros trabajadores autónomos, y también por la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo. La percepción de ese declive radicó en la drástica disminución de un tipo concreto de agregado obrero: el de aquellos proletarios varones especializados o semiespecializados de las industrias conocidos como trabajadores de “cuello azul”. Este tipo de obrero se había convertido, a lo largo del siglo XX, en el referente social de las organizaciones de izquierda. Sobre esta cuestión Geoff Eley ha señalado que “la clase como categoría analítica y como condición organizadora de la vida social probablemente se habían mantenido, pero su estructura y sus formas manifiestas habían cambiado de manera profunda. Con las nuevas pautas de empleo, la geografía y el género de la condición obrera cambiaron, como sucedió también con las arquitecturas de la vida cotidiana en la vivienda, la familia, la sexualidad, la amistad, la escolarización, el esparcimiento y el ocio, el gusto y el estilo. También cambiaron las culturas de identificación. Una cosa era que los sindicalistas representativos fuesen mineros del carbón, trabajadores portuarios, obreros siderúrgicos, constructores de máquinas y otros hombres que aplicaban sus músculos y su inteligencia a arduas tareas físicas, y otra cosa era que fuesen hombres y mujeres sentados ante un ordenador, trabajadores en las cantinas o lavanderías de instituciones públicas, o ayudantes de enfermería en grandes hospitales urbanas”. A partir de los años setenta, la fragmentación social originada por los cambios en el mercado de trabajo contribuyó a acentuar la falta de unidad de intereses de los trabajadores y a debilitar el sentimiento de filiación de clase, lo que llevó, en último término, a una pérdida de identidad de los sindicatos y partidos de izquierdas<sup>50</sup>.

### 2.3 Consecuencias de la crisis económica para la socialdemocracia

Hemos visto cómo los hechos estudiados en los dos apartados anteriores, la crisis económica de los años setenta y la transición del capitalismo de tipo fordista al capitalismo postindustrial, estuvieron estrechamente relacionados el uno con el otro. Pero, ¿en qué medida estos hechos se pueden relacionar con la trayectoria de la socialdemocracia? Los observadores contemporáneos a aquellos años notaron como los partidos socialdemócratas empezaron a perder apoyo electoral. Algunos de ellos, como por ejemplo Ralf

---

<sup>50</sup> Ib. p. 386.

Dahrendorf o Adam Przeworski, llegaron incluso a hablar de la crisis de la socialdemocracia, previendo su desaparición<sup>51</sup>. Desde la perspectiva actual, sin embargo, no parece acertado hablar de crisis si se tiene en cuenta los resultados electorales de los partidos socialdemócratas en ese periodo. Si bien es cierto que, en general, se aprecia un retroceso electoral de los partidos socialdemócratas del norte de Europa, no se puede afirmar lo mismo de sus homólogos del sur<sup>52</sup>. Este declive electoral fue, por tanto, relativo, y en ningún caso irreversible, puesto que muchos de esos partidos recuperaron sus techos electorales a partir de los años noventa. El calificativo de crisis puede, en cambio, ser empleado si con él nos referimos al fin del proyecto político socialdemócrata tal como se configuró tras la Segunda Guerra Mundial. Efectivamente, la crisis económica y los cambios estructurales del capitalismo desacreditaron el keynesianismo, pusieron en cuestión la viabilidad futura del Estado del bienestar, y despojaron a la socialdemocracia de su base electoral tradicional como eran los trabajadores del sector industrial. Una crisis que no significó, sin embargo, la desaparición de la socialdemocracia como fuerza política, pero que la transformó sustancialmente<sup>53</sup>.

---

<sup>51</sup> El politólogo Wolfgang Merkel recoge en un artículo las distintas teorías que los científicos sociales de aquellos años plantearon acerca del “final de la socialdemocracia”. Aunque el autor constata que, efectivamente, los años ochenta marcaron una ruptura para los partidos socialdemócratas, niega que se puede deducir de ello una tendencia a la decadencia general e inevitable, rechazando las generalizaciones apodícticas de “el final de...”, como las de Dahrendorf y Przeworski. Los partidos socialdemócratas compensaron sus retrocesos electorales, de hecho, moderando sus programas para poder formar coaliciones con otros partidos, sobre todo con los de centro derecha. De igual modo, aunque constata el final del paradigma keynesiano, señala que no se puede identificar con el final de la política socialdemócrata ni con el “final del siglo socialdemócrata”; y esto debido a que la socialdemocracia no abandonó su antiguo objetivo de lograr una sociedad más justa. Concluye así que mientras en la sociedad siga habiendo desigualdad, aunque esta no se exprese necesariamente en términos de lucha de clases, seguirá siendo necesaria la regulación del capitalismo, garantizando la supervivencia de la socialdemocracia. MERKEL, Wolfgang: “¿Final de la socialdemocracia?”, *Debats*, 52-53 (1995), pp. 84-99.

<sup>52</sup> Los casos de Gran Bretaña y Alemania son quizás los más significativos al respecto. El Partido Laborista perdió el poder en las elecciones de 1979, permaneciendo en la oposición hasta 1992. Su porcentaje de voto bajó del 36,9% en 1979 al 27,6% en 1984, obteniendo ese año sus peores resultados de la segunda mitad del siglo XX. El SPD alemán, por su parte, pasó de obtener el 45,8% de los votos en 1972 a obtener el 37% en 1987, perdiendo el poder en 1980. El Partido Socialdemócrata Sueco (SAP), por su parte, que llevaba gobernando ininterrumpidamente desde 1932, perdió el poder en 1976, tras sufrir una caída moderada de sus apoyos electorales (del 45,3% en 1970 al 42,7% en 1976), aunque logró recuperarlo en 1982. También destaca el caso de los socialistas austriacos, puesto que el Partido Socialdemócrata de Austria (SPÖ) perdió considerables apoyos, bajando del 51% de votos conseguidos en 1979 al 41,3% en 1986, viéndose obligado a compartir el poder con los liberales de 1983 a 1986, y con los conservadores a partir de 1986. Finalmente, en dos países menores, Noruega y Dinamarca, también perdieron los socialistas el poder a principios de los años ochenta. En contraste, los partidos socialistas de Francia, España, Grecia y en menor medida Portugal e Italia consiguieron fuertes apoyos que les permitieron gobernar desde finales de los años setenta. Los datos están tomados de, NOHLEN, Dieter, y STÖVER, Philip (eds.): *Elections in Europe. A data Handbook*, Baden-Baden, Nomos, 2010.

<sup>53</sup> Cabe precisar que no solo los factores socioeconómicos hicieron que la socialdemocracia se pusiera a la defensiva. Desempeñaron un papel fundamental también los factores políticos e ideológicos, marcados

Al iniciarse la crisis en 1973, muchos gobiernos europeos recurrieron a utilizar políticas de demanda, como si se tratase de una crisis keynesiana. Las alzas en los precios fueron así contestadas con subidas salariales o subvenciones para evitar que se redujese el poder adquisitivo de los consumidores. Tales medidas agravaron la situación inflacionaria originada por el aumento de los precios de las importaciones. Además, los sindicatos fueron muy reticentes, como es lógico, a aceptar congelaciones salariales, lo que conllevó la reducción de los beneficios empresariales y, en definitiva, a empeorar la situación de las empresas y con ella la de los trabajadores. Pero, más allá de que la socialdemocracia obrase erróneamente en su gestión de la crisis, hay que tener en cuenta que, desde sus presupuestos ideológicos, nunca hubiese podido solucionarla a corto plazo<sup>54</sup>. En efecto, desde un punto de vista keynesiano, el déficit en la balanza de pagos y la inflación no eran intrínsecamente malos, ya que en la década de los años treinta demostraron ser herramientas eficaces para salir de la recesión a base de gasto, por lo que parecía acertado recurrir de nuevo a ellas. Los hechos demostraron, sin embargo, que no solo no fueron adecuadas para solucionar la crisis, sino que incluso la empeoraron.

No obstante, sería erróneo pensar que los socialdemócratas se aferraron ciegamente a sus dogmas; al contrario, muchos de ellos demostraron ser capaces de actuar pragmáticamente buscando otro tipo de soluciones, sobre todo tras ver que la situación económica no hacía sino empeorar. Por ejemplo, el gobierno laborista británico de 1974-1979, encabezado por James Callaghan, aplicó medidas deflacionarias recortando el gasto público. Ante la presión del FMI, el primer ministro se vio obligado a renunciar al keynesianismo, y, en un famoso discurso pronunciado el 28 de septiembre de 1976, afirmó que “antes pensábamos que la vía para salir de la recesión e incrementar el empleo era bajar los impuestos e incrementar el gasto público. Os digo, sinceramente, que esa opción ya no existe”<sup>55</sup>. Si bien es cierto que Callaghan era representante del ala conservadora del partido laborista, sus palabras y sus políticas no dejaban de ser significativas y anticipadoras de los vientos de cambio que empezaban a soplar dentro del laborismo y, en general, en el conjunto de la socialdemocracia europea.

---

por la llegada al poder de Margaret Thatcher y la legitimación y popularización de la visión neoconservadora de la sociedad y la política. Estos factores son analizados más adelante en este trabajo.

<sup>54</sup> Así se constata en, BERZOSA, Carlos: “Treinta años de desempleo y treinta años sin Keynes”, *Sistema*, 155-156 (2000), pp. 63-70.

<sup>55</sup> Citado en, SASSOON, Donald: *One hundred years...*, p.500, la traducción es nuestra.

Aunque fue principalmente la realidad económica la que trajo el descrédito de la ortodoxia keynesiana, esta también se gestó en el ámbito de las ideas. Los economistas monetaristas fueron los que plantearon la crítica más dura al keynesianismo. Se trató inicialmente de un grupo de académicos ubicados en la Universidad de Chicago y cuya figura más conocida fue Milton Friedman. Elaboraron el grueso de sus planteamientos teóricos en la década de los años sesenta, en un momento en el que keynesianismo aun gozaba de buena salud, pero fue en los setenta cuando empezaron a tomar protagonismo. También lo hicieron las ideas del filósofo, jurista y economista austriaco Friedrich Hayek, que, aunque habían sido formuladas tiempo atrás, a finales de la Segunda Guerra Mundial, recobraron gran interés en los setenta<sup>56</sup>. Pero no nos interesa aquí tanto detenernos en el debate académico que se produjo entre estos economistas y los keynesianos, como ver las consecuencias prácticas de los planteamientos de los monetaristas. Al respecto, cabe decir que éstos abogaron por eliminar la intervención del Estado en la economía, señalando que los mercados solo podían ser eficientes siendo desregulados, tal como había indicado Hayek en *Camino de servidumbre* (1944). Además, se opusieron a la idea de que para reducir el paro había que incrementar la actividad económica mediante el gasto público (políticas de expansión de la demanda) y recuperaron la postura de los economistas neoclásicos, que atribuían el paro involuntario a deficiencias en el funcionamiento del mercado de trabajo. Los críticos del keynesianismo asumían la existencia de lo que Friedman denominó “tasa natural de paro”, que en ningún caso podía paliarse mediante políticas expansivas que solo acarrearían inflación<sup>57</sup>.

Tales planteamientos llevaron a un cambio crucial, desde entonces, de los objetivos de los gobiernos. Mientras que, desde la lógica keynesiana, el objetivo central era conseguir niveles de pleno empleo, aun a costa de tolerar un cierto nivel de inflación; desde la nueva perspectiva, por el contrario, era mejor priorizar la estabilidad de los precios, aceptando para ello niveles moderados de desempleo. En cuanto a la cuestión del gasto público se abogó, desde entonces, por recuperar el principio del equilibrio presupuestario que el

---

<sup>56</sup> “El cambio en las ideas económicas tuvo la rapidez y la espectacularidad que Thomas Khun había atribuido en 1962 a los “cambios de paradigma” en la ciencia. Tomó la forma de una conversión masiva y en pocos años las ideas keynesianas perdieron respetabilidad [...]. El proceso se ajustó a las mismas pautas: las ideas keynesianas habían acumulado “anomalías” a lo largo de los setenta, pues los resultados que se obtenían con su aplicación no eran los esperados, o bien tenían consecuencias inesperadas (como el déficit comercial francés de 1981-1982). Por ello, los economistas —y quienes decidían sobre las políticas económicas—volvieron sus ojos hacia otras ideas que siempre habían estado allí: la ortodoxia pro mercado”. PARAMIO, Ludolfo: *La socialdemocracia*, Madrid, La Catarata, 2009, p. 61.

<sup>57</sup> SEVILLA, José, V.: *El declive...*, pp. 111-128.

keynesianismo había desacreditado. El sistema de impuestos, por su parte, también empezó a ser sometido a cambios. Las nuevas propuestas impositivas fueron abandonando la preferencia por el impuesto personal sobre la renta a favor de la tributación sobre el consumo, con el fin de favorecer el ahorro, aun a costa de reducir la progresividad<sup>58</sup>. Este giro funcional de las políticas económicas públicas tuvo efectos negativos para el sostenimiento de los Estados del bienestar, puesto que se redujeron los recursos disponibles para aplicar políticas redistributivas y porque ese tipo de políticas fueron cuestionadas en sí mismas por ser “ineficientes”.

Además de ver cómo se desacreditaba su modelo económico, los socialdemócratas europeos se vieron afectados, en este periodo, por la pérdida de su identidad histórica en cuanto que la clase obrera dejó de ser la base principal de sus apoyos. La desindustrialización y el proceso de tercerización de la economía redujeron los efectivos de la clase obrera propia del periodo fordista, lo que contribuyó a la desproletarización de los partidos socialdemócratas<sup>59</sup>. Para entender la importancia de este hecho hay que tener en cuenta que la razón de ser del socialismo siempre fue, desde sus orígenes, la de erigirse como la voz de los trabajadores. A partir de 1945 el poder de los partidos de la izquierda se sustentó en su estrecha alianza con los sindicatos, que eran la máxima expresión de la fuerza e influencia política que había adquirido, por aquel entonces, la clase obrera. En ese sentido, si para los partidos conservadores el consenso de posguerra se perfiló como la mejor fórmula para frenar las tentaciones revolucionarias del proletariado, para los socialdemócratas, en cambio, se trató de una clara oportunidad para hacer efectivas sus demandas históricas. Por ambas partes, aunque por motivos diferentes, se buscó satisfacer los intereses de los trabajadores. Sin embargo, llegados los años setenta, eran pocos los partidos socialistas que seguían considerándose partidos exclusivamente de clase obrera.

Ciertamente, los partidos de la izquierda se dieron cuenta, ya desde finales del siglo XIX, de que para obtener logros políticos tenían que contar con el apoyo de otras clases sociales. La consigna de Lenin y del partido bolchevique durante la Revolución de Octubre, “paz, pan y tierra”, es bastante ilustrativa de las alianzas interclasistas promovidas

---

<sup>58</sup> En Suecia, el impuesto sobre las rentas más altas pasó del 87% en 1979 al 51% a partir de 1983. En Inglaterra, este impuesto pasó del 83% en 1977 al 40% en 1999. En todos los países europeos, a partir de la década de 1990, la imposición a las rentas más altas bajó del 50%. ROSANVALLON, Pierre: *La société des égaux*, París, Editions du Seuil, 2011, p. 296.

<sup>59</sup> ROSE, Brad y ROSS, George: “Socialism’s past, New Social Democracy and Socialism’s Futures”, *Social Science History*, 3 (1994), pp. 439-469.

por la izquierda. Los laboristas ingleses, en su primer programa abiertamente socialista de 1918, abrieron las puertas del partido a los “trabajadores intelectuales” (*workers by brain*) y los comunistas italianos, a partir de 1945, defendieron a los pequeños emprendedores. El SPD, por su parte, en el Congreso de Band Godesberg de 1959, minimizó su relación con la clase trabajadora para convertirse en un partido del pueblo (Volkspartei), no porque sus miembros se anticiparan intencionadamente a los cambios estructurales y económicos que se estaban empezando a gestar en Europa, sino porque consideraron que podrían lograr mayores réditos electorales apelando al conjunto de la sociedad<sup>60</sup>.

A pesar de ello, los partidos socialistas de la posguerra fueron siempre conscientes de que el grueso de su electorado estaba conformado por trabajadores. Sobre esta cuestión, Jonas Pontusson ha señalado como, tradicionalmente, los obreros provenientes de grandes plantas de producción fueron más proclives a unirse a los sindicatos y por ende a votar preferiblemente a los partidos de izquierda. En las pequeñas industrias, por el contrario, donde la relación entre patronos y obreros era más cercana y personal, tendió a difuminarse el conflicto de clases y los sindicatos fueron más débiles o inexistentes. En las grandes industrias se dio una relativa homogeneidad de intereses de los trabajadores, de tal manera que los sindicatos lograron con mayor facilidad movilizar a los trabajadores en pro de unas políticas de aplicación nacional, mientras que en las pequeñas empresas éstos no contaron con la suficiente fuerza como para llegar a influir en las decisiones políticas. De ello se deduce que, en el momento en que las grandes industrias empezaron a entrar en declive, en los años setenta, los grandes sindicatos perdieron afiliados y fueron, por tanto, menos capaces de influir en unos votantes potencialmente de izquierdas, lo que explicaría, en definitiva, el propio declive del proyecto socialdemócrata de la segunda posguerra mundial<sup>61</sup>.

Los cambios en la estructura social y en la densidad de afiliados de los sindicatos no se tradujeron, sin embargo, en cambios automáticos en la preferencia de voto, puesto que, como señalamos previamente, la socialdemocracia europea estuvo lejos de sufrir una debacle electoral en el periodo estudiado. En efecto, supo compensar la pérdida del electorado puramente obrero con el de otros sectores de la sociedad, especialmente la clase

---

<sup>60</sup> SASSON, Donald: *One hundred years...*, p. 650.

<sup>61</sup> PONTUSSON, Jonas: “Explaining the decline of european social democracy. The role of structural economic changes”, *World politics*, 47 (1995), pp. 495-533.

media<sup>62</sup>. A partir de los años ochenta, de hecho, los partidos socialistas fueron un reflejo más fiel de la sociedad postindustrial. En 1989, el miembro prototipo del Partido Laborista británico —un partido que siempre defendió orgullosamente su condición de partido obrero— era de clase media y hombre, y solo uno de cada cuatro era trabajador manual<sup>63</sup>. Es significativo también que los empleados del sector público, que crecieron exponencialmente con la construcción de los Estados del bienestar, se convirtiesen en potenciales votantes de los partidos socialdemócratas. Esto se explica por las mayores tasas de afiliación sindical en el sector público que en el sector privado y porque sus trabajadores se vieron beneficiados de forma directa por las políticas socialdemócratas en términos de disponibilidad de empleo y oportunidades de ascenso<sup>64</sup>.

Si la “desaparición” de la clase obrera no afectó significativamente a los resultados electorales de la socialdemocracia, cabe preguntarse entonces por los efectos políticos de tal cambio social. Es importante tener en cuenta que la clase obrera no constituyó nunca una categoría homogénea de asalariados, ya que se encontró siempre en proceso de formación y cambio. Para que la clase obrera se convirtiese en una colectividad dotada de unos intereses y objetivos comunes, se requirió un importante esfuerzo político por parte de los sindicatos y partidos de izquierda. A partir de finales del siglo XIX, los socialistas comenzaron a cosechar los frutos de su labor en la medida en que lograron unir a los obreros alrededor de la causa política del trabajo y de la conciencia de clase. Una unidad que se consolidó bajo la lucha antifascista en la década de 1940. Dentro de los sólidos marcos institucionales del ordenamiento de posguerra, la fijación política de clase se mantuvo estable. En ese periodo, la clase obrera adquirió una gran importancia política en la medida en que, propició —como vimos en el primer capítulo— la formación del Estado socialdemócrata. En palabras de Geoff Eley, “la importancia del movimiento obrero [en el periodo de la segunda posguerra mundial] fue construida por la política. Fue construida en parte por el anticomunismo y la guerra fría [...]. Pero también fue construida por los logros humanizadores de la reforma: por la regulación keynesiana del capitalismo, la cultura política del Estado del bienestar, la práctica de la ciudadanía social y el hábito de un

---

<sup>62</sup> “La disminución del número de votantes socialdemócratas de clase obrera, debida sobre todo al retroceso relativo de ésta en el conjunto de la población [...], no redujo el electorado socialdemócrata. La pérdida de votos obreros se compensó con votos de clases medias. Un proceso que ya se había dado en la llamada “época dorada” de la socialdemocracia”. MERKEL, Wolfgang: “¿Final de la socialdemocracia?”..., pp. 84-99.

<sup>63</sup> SASSON, Donald: *One hundred years...*, p. 656.

<sup>64</sup> PONTUSSON, Jonas: *Explaining the...*, pp. 495-533.

ideal democrático en expansión. Entre las reformas de posguerra y los últimos años sesenta hubo un paréntesis político, definido por la guerra fría y por el trabajo arduo y los sacrificios de la reconstrucción. Pero cuando estos condicionantes empezaban a relajarse y la imaginación política comenzaba a moverse, el marco corporativista ya se había consolidado y los hábitos se habían transformado en normas de consulta entre el gobierno y los sindicatos”<sup>65</sup>.

Con la crisis económica de los años setenta, se quebró el marco institucional favorable al trabajo y, por ende, el ordenamiento de posguerra se deshizo. Hasta entonces, la tarea de los gobiernos había consistido en emplear los beneficios del crecimiento económico para incrementar el nivel de vida de los trabajadores, aumentando los salarios reales y aplicando políticas sociales; pero, a partir de los años setenta, sus políticas no estuvieron enfocadas tanto a garantizar el bienestar de los trabajadores como a favorecer el libre desarrollo de las “fuerzas” del mercado. En ese momento se produjo el abandono de las políticas keynesianas en favor de las monetaristas, por lo que el gasto público y la tributación elevada pasaron a ser objeto de hostilidad pública. Ahora bien, este giro político no se puede entender si no se tiene en cuenta los cambios producidos en el seno de la clase obrera y en la organización del trabajo a los que hemos aludido anteriormente. A partir de 1970, los sindicatos perdieron legitimidad: se produjo un fuerte descenso de su número de afiliados a causa de la recesión, se vieron enfrentados a restricciones legales y a fuertes tensiones con los partidos socialistas y, en definitiva, perdieron su relación especial con los gobiernos que habían logrado mantener hasta entonces. Citando de nuevo a Geoff Eley, “la economía de salarios altos y pleno empleo del fordismo y el keynesianismo, asegurada por la negociación colectiva para las industrias y los acuerdos nacionales, con vigorosas culturas de combatividad en los lugares de trabajo, terminó. Los sistemas nacionales de relaciones laborales que acompañaban al corporativismo y los movimientos obreros unificados se disolvieron”<sup>66</sup>. Tal circunstancia fue determinante para permitir el cambio de orientación en las políticas gubernamentales en los años setenta. En ese sentido, se puede afirmar que la transición posfordista debilitó los cimientos de la tradicional alianza que los sindicatos habían mantenido con los partidos socialistas, en la medida en que los primeros siguieron aferrándose a la defensa de las políticas keynesianas, mientras que los segundos, por el contrario, renunciaron a ellas en vistas a evitar la

---

<sup>65</sup> GEOFF, Eley: *Un mundo que ganar...*, p. 392.

<sup>66</sup> *Ib.*, pp. 298-299.

pérdida de apoyos electorales. En definitiva, a la vez que se debilitó el sentimiento de filiación de clase por parte de los trabajadores y los sindicatos perdieron parte de su poder e influencia, los partidos socialdemócratas dejaron de identificarse de forma exclusiva con la clase obrera y con sus intereses, lo que propició el proceso de revisión ideológica de los años 1970-1990.

#### 2.4 La contrarrevolución conservadora y la vuelta al liberalismo

A finales de la década de 1970, la derecha británica regresó al poder de la mano de Margaret Thatcher. Se inició así en Gran Bretaña una larga etapa de dominio conservador, en la que se llevaron a cabo unas políticas que transformaron buena parte del marco legal que regía el país desde 1945 y, con él, el conjunto de la sociedad. Un cambio que fue también ideológico, puesto que dotó de nueva identidad al conservadurismo británico, y, por su influencia, al resto de partidos de la derecha europea. El *thatcherismo* se caracterizó por una política agresiva contra los sindicatos británicos y los fundamentos del Estado del bienestar, y su éxito contribuyó de forma definitiva a desarmar ideológicamente al Partido Laborista. Éste, como consecuencia de su mala gestión de la crisis económica y de no haber podido evitar una oleada de duras huelgas entre 1978 y 1979, se vio fuertemente descreditado ante la opinión pública británica, perdiendo, de tal manera, importantes apoyos electorales. El éxito del neoconservadurismo en Gran Bretaña, pero también en Estados Unidos, inauguró en los años ochenta una nueva época marcada por el regreso del liberalismo como referente político e ideológico hegemónico en Europa. Un fenómeno que se vio reforzado notablemente tras la caída de la URSS (1991). Tales circunstancias explican, junto con los factores socioeconómicos a los que aludimos en el capítulo previo, el declive del proyecto socialdemócrata de posguerra.

Para entender el auge de los conservadores británicos en los años ochenta es preciso atender a la situación política del país en los años previos. La inesperada derrota de Winston Churchill en las elecciones de 1945 —debida en parte a que en repetidas ocasiones había expresado su escepticismo acerca del control público de la economía—, junto con la evidencia del éxito de las políticas del primer gobierno laborista tras concluir la Segunda Guerra Mundial, terminaron por convencer a los miembros más escépticos del partido conservador acerca de las bondades de la economía mixta, y sus beneficios electorales. Desde entonces, y a lo largo de las posteriores décadas, no se plantearon romper con el modelo de Estado socialdemócrata, que, gracias al crecimiento económico sostenido, permitió incrementar notablemente los estándares de vida de la población. Sin embargo,

a finales de los años sesenta empezó a percibirse la otra cara de la moneda del consenso de posguerra: la inflación, el creciente coste de financiación del Estado del bienestar y los altos impuestos a las empresas provocaron una ralentización del crecimiento, lo que generó las primeras reticencias sobre el modelo económico vigente. El programa de 1970 del partido conservador, liderado por Edward Heath, planteó, en ese sentido, una vuelta a los principios del libremercado así como la aplicación de políticas monetaristas. Pero el gobierno de Heath, enfrentado al poderoso *lobby* de los sindicatos, no pudo llevar a cabo tal programa, sino que, por el contrario, aplicó medidas expansivas, restauró el control sobre los precios y salarios, amplió los subsidios a las industrias e incluso nacionalizó la compañía Rolls-Royce. En palabras de Christian Caryl, “la búsqueda de una alternativa al consenso de posguerra estaba resultando ser todo un reto”<sup>67</sup>.

Esta renuncia de Heath a sus principios desilusionó profundamente a algunos de los miembros de su gabinete, entre los cuales se encontraba Margaret Thatcher. La derrota electoral de los conservadores en 1974 acabó inevitablemente con la dimisión del líder del partido, lo que abrió la oportunidad a Thatcher de tomar el relevo. Cinco años más tarde lograría alojarse en el número 10 de Downing Street<sup>68</sup>. Los sucesivos desastres por los que atravesó el gobierno laborista de Callaghan, todos ellos bajo el telón de fondo de la crisis económica de los años setenta, fueron decisivos para facilitar la llegada al poder de Thatcher, a pesar de sus planteamientos rupturistas. El conocido como “invierno del descontento” fue, en ese sentido, la gota que colmó el vaso de la paciencia de la sociedad británica, y particularmente el de las clases medias. Cuando la administración de Callaghan apenas se estaba recuperando del trauma de 1976, año en el que tuvo que pedir ayuda al FMI, un nuevo sobresalto llegó de la mano de los sindicatos. Las negociaciones sobre las subidas salariales entre el gobierno y los representantes de los trabajadores re-

---

<sup>67</sup> CARYL, Christian: *Strange rebels: 1979 and the birth of the 21st century*, Nueva York, Basic Books, 2014, p. 58.

<sup>68</sup> Cabe destacar que tal sucesión no estaba predeterminada. En los años previos, Thatcher se alió con los radicales del ala derecha del partido tory, pero sin ejercer un papel de líder. La figura más destacada de este grupo era Sir Keith Joseph, quien articuló una crítica coherente del consenso político del momento que sería la base de las futuras políticas que conocemos con el nombre de “thatcherismo”. Una crítica basada en las teorías de los anti-keynesianos de la escuela de Chicago. Joseph era probablemente el intelectual mejor preparado de los radicales y su influencia estaba siendo cada vez mayor en el seno del partido conservador. Sufrió, no obstante, un revés político irreversible al hacer unas declaraciones polémicas en un discurso público, lo que dejó a Thatcher como la mejor candidata para liderar el partido. Véase al respecto, EVANS, ERIC J.: *Thatcher and Thatcherism*, Londres, Routledge, 2005, pp. 7-8.

sultaron infructuosas, lo que dio lugar a una serie de huelgas muy prolongadas y conflictivas que desbordaron al Gobierno<sup>69</sup>. Tales acontecimientos evidenciaban la fuerte influencia que tenían los sindicatos sobre el Partido Laborista y explican las dificultades de Callaghan para controlar la situación. Mientras tanto, en la oposición, Thatcher declaró que “los sindicatos tienen un único poder, y un único poder requiere una única responsabilidad. Esa responsabilidad no parece estar llegando. Esa es la razón por la cual el país se encuentra en esta posición hoy en día”<sup>70</sup>. Unas palabras que constituían un desafío directo, precisamente, al poder de los sindicatos. Los laboristas no se vieron, sin embargo, especialmente preocupados por una rival que no parecía estar a la altura del primer ministro en términos de popularidad, y que predicaba una ideología que hacía tiempo que había sido sepultada, la del libremercado, al tiempo que elogiaba las virtudes del capitalismo. Pero, al final de su mandato, Callaghan perdió gran parte de su popularidad e importantes apoyos políticos por no haber podido contener a los sindicatos y por las tensiones originadas por el auge del nacionalismo en Irlanda del Norte, Gales y Escocia. Una situación que llevó a que Thatcher realizase una moción de censura que acabó finalmente con el gobierno<sup>71</sup>.

En las elecciones de mayo de 1979 los conservadores obtuvieron la victoria con el 43,9% de los votos frente al 36,9% conseguido por el partido laborista. Comenzaba así una larga etapa de dominio conservador, en la cual Thatcher fue primera ministra durante once años, demostrando una firme voluntad por introducir profundas reformas que rompieran con el sistema anterior. Las privatizaciones, la reducción de los impuestos directos y la liberalización de los mercados fueron las grandes líneas que marcaron su trayectoria de gobierno. Además, afrontó el reto de acabar con el problema sindical, pero no de la forma en la que lo habrían hecho sus predecesores, es decir, negociando para buscar un entendimiento, sino tratando a los sindicatos como a un enemigo al que vencer. Cuando

---

<sup>69</sup> La primera huelga se dio en septiembre de 1978, por parte de 57.000 trabajadores de una sucursal de la compañía de motores Ford. Los huelguistas obligaron a los directivos a conceder subidas salariales por encima del límite impuesto por el gobierno. Animados ante tal logro, el resto de sindicatos decidió sumarse a las reivindicaciones. Las enfermeras, seguidas del resto de personal hospitalario, se declararon en huelga, lo que obligó al gobierno a recurrir a las fuerzas armadas para garantizar los servicios básicos. También se puso en huelga el gremio de los basureros, provocando enormes acumulaciones de basura en las calles de las ciudades británicas. Los panaderos, a su vez, dejaron de trabajar, obligando a racionalizar el pan. En enero de 1979 22 sindicatos anunciaron un día de huelga general a nivel nacional al que se sumaron 1,5 millones de trabajadores paralizando el país. Tales movilizaciones no se producían con tanta densidad desde 1926, por lo que es comprensible la alarma social y la crisis política que causaron. CARYL, Christian: *Strange rebels...*, pp. 51-52.

<sup>70</sup> *Ib.* p. 53

<sup>71</sup> *Ib.* pp. 155-156.

en 1984 se tuvo que enfrentar a una huelga de la minería del carbón, la *Dama de Hierro* se refirió a los mineros en huelga como el “enemigo interior” en contraposición al enemigo exterior recién vencido en las Malvinas, señalando que el primero era “mucho más difícil de controlar y más peligroso para la libertad”<sup>72</sup>. Acabó con el régimen jurídico especial del que gozaban los sindicatos restringiendo el derecho a huelga, ilegalizando la sindicalización obligatoria que existía en algunas industrias y democratizando el funcionamiento de los sindicatos, lo que, entre otras cosas, supuso que estos fueran responsables económicos de los daños que, con su actividad, hubieran podido producir. Thatcher estaba convencida de que una parte importante de los problemas económicos de Gran Bretaña se debían al excesivo poder de los sindicatos, y, por tanto, actuó en consecuencia para acabar con ello. Uno de los mayores logros de Thatcher fue que consiguió mejorar la situación de la economía británica. Gracias a una drástica reducción del número de empresas ineficientes, al aumento de la competencia y al silencio de los sindicatos, la productividad y los beneficios empresariales aumentaron de forma considerable. Además, la venta de propiedades estatales permitió la reducción del déficit público. A nivel macroeconómico, el resultado de la política económica de los conservadores fue la contención de la inflación y la vuelta al crecimiento, aunque logrados a costa de un fuerte aumento del paro<sup>73</sup>.

Aunque las políticas del gobierno de Thatcher marcaron una ruptura clara con el *statu quo* imperante desde 1945, cabe señalar que no obedecieron, en sus comienzos, a un proyecto político en el que la ideología fuera algo central. Aquello que se denomina thatcherismo no puede ser tomado, de hecho, como una ideología, sino más bien como una serie de actitudes políticas interconectadas cuyo nexo común fue la reivindicación de la libertad individual. Sus principios distaban de ser innovadores, ya que tanto el liberalismo como el conservadurismo eran ideas muy antiguas. La importancia del thatcherismo no residió tanto en el componente novedoso de sus ideas, como en el contexto histórico en el que lograron implantarse<sup>74</sup>. Tal como apunta Serge Bernstein, los años ochenta marcaron el surgimiento de una nueva cultura política. El éxito económico de las políticas de Reagan y Thatcher a partir de 1984-1985 no basta para explicar sus buenos resultados electorales. “La revolución reaganiana y el neoconservadurismo encarnado por Margaret Thatcher se apoyaron también sobre la redefinición de las bases de la cultura política

---

<sup>72</sup> SEVILLA, José, V.: El declive..., p. 161.

<sup>73</sup> Ib. pp. 162-163. Y, JUDT, Tony, Postguerra..., pp. 657-668.

<sup>74</sup> EVANS, ERIC J.: Thatcher..., pp. 4-5.

situando el liberalismo conservador en el centro de la vida política”. La corriente liberal “volvió a ser influyente e incluso dominante en los años 1980-1990, hasta el punto de que incluso los gobiernos de izquierda aceptaron su herencia”<sup>75</sup>. En esa misma línea, y tal como explica Ismael Sanmartín, con Thatcher tuvo lugar una renovación de la identidad conservadora en la cual lo importante no fueron tanto las consideraciones económicas como la defensa de un programa de regeneración moral de la sociedad basada en los valores de la tradición y la jerarquía. Así, aunque la privatización de las industrias de propiedad estatal se llevó a cabo para mantener la eficacia económica, también se hizo con el propósito de instaurar una suerte de capitalismo popular mediante el reparto de las acciones de las empresas privatizadas entre la población. Además, lejos de reducir al mínimo la intervención del Estado en la vida económica y social, los conservadores británicos apostaron por Estado fuerte en aras de mantener la ley, el orden, el fomento de los ideales nacionales y la capacidad de defensa<sup>76</sup>.

Según este mismo autor, el ideario de la *New Right* forjado durante los gobiernos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan puede sintetizarse en cinco aspectos básicos. Los nuevos conservadores consideraron, en primer lugar, que el actor principal de la sociedad era el individuo y que la maximización del bienestar individual era la fuerza conductora de la economía. Así, la demanda de los consumidores venía determinada por la oferta de bienes que era proporcionada por la iniciativa de los empresarios. En segundo lugar, que el mercado libre constituía el sistema más fiable y flexible para regular la oferta y la demanda a través del mecanismo de los precios. En tercer lugar, que el cambio (también llamado progreso) se podía producir por medio de la dinámica del esfuerzo individual, la competencia y la actividad empresarial. En cuarto lugar, que el individuo era también un hombre moral con una conciencia, voluntad y razón, por lo que frenar los esfuerzos económicos de los individuos sería minar seriamente sus otras libertades y privarles de su derecho a desarrollar sus propias vidas según su mejor juicio individual. Y finalmente, en quinto lugar, que el Estado debía permanecer fuera del mercado<sup>77</sup>.

Si la década de los años setenta se caracterizó por la crisis del proyecto político socialdemócrata, la de los ochenta, como vemos, presencié el resurgir del liberalismo en combinación con posiciones sociales conservadoras. La vuelta a la práctica económica

---

<sup>75</sup> BERSTEIN, Serge (dir.): *La démocratie...* p. 880.

<sup>76</sup> SANMARTÍN BARROS, Israel: “La “new right” en los años 80 y 90”, *Historia Actual Online*, 1 (2003), pp. 39-53.

<sup>77</sup> *Ib.*, pp. 39-53.

liberal no hubiese sido posible sin una ruptura con los elementos centrales de la socialdemocracia, de ahí que Thatcher orientara sus esfuerzos a tal fin, reduciendo el poder de los sindicatos, liberalizando el mercado de trabajo y limitando la interferencia del Estado en la vida económica. Mientras que los viejos conservadores se habían caracterizado por su moderación y su capacidad de negociación y acuerdo con la socialdemocracia, los nuevos conservadores, por el contrario, hicieron de la ruptura radical con el orden anterior su identidad de seña. En consecuencia, tanto Thatcher como Reagan además de lograr la transformación de la sociedad de sus respectivos países, lograron desarmar ideológicamente a sus rivales de izquierdas, cuya visión del mundo y valores se volvieron caducos. Esto obligó a los partidos de la socialdemocracia —haciendo un amplio ejercicio de pragmatismo político— a revisar sus programas y objetivos, adaptándolos a la nueva realidad socioeconómica. En esa línea, la *Tercera Vía*, adoptada por el Nuevo Laborismo británico a mediados de los años noventa —la cual estudiaremos en el tercer capítulo del trabajo— constituye un ejemplo paradigmático de dicha adaptación de la socialdemocracia.

## 2.5 El impacto de la caída de la URSS y de la globalización en la socialdemocracia

Desde finales de la Segunda Guerra Mundial, el comunismo como idea gozó de un gran prestigio en Europa occidental y sedujo a muchas personas entre las cuales se encontraban numerosos intelectuales. También a nivel político el comunismo se expandió considerablemente al imponerse en los países de Europa del Este y posteriormente en China y a varios de los nuevos estados en Asia o África, así como en Cuba. Por otro lado, en algunas democracias europeas, los partidos comunistas contaban con cientos de miles de afiliados y atraían a una parte importante del electorado. Bajo su poderío, la URSS, el principal país que abanderaba la defensa (y expansión) del comunismo, condicionaba el comportamiento internacional y las mismas relaciones sociales en el seno de los países capitalistas. En ese sentido, no son pocos los autores que sostienen que los principales beneficiarios del comunismo no fueron los trabajadores soviéticos, sino los de los países capitalistas. La fuerza y el prestigio de la URSS fortalecieron a los sindicatos y partidos de izquierda en todo el mundo y esto favoreció la construcción de los Estados del bienestar<sup>78</sup>. Al mismo tiempo, la propia socialdemocracia se benefició de esta situación, al lograr presentarse como alternativa “amable” al burocratizado y opresor modelo soviético.

---

<sup>78</sup> BARCIELA, Carlos: La edad de oro del capitalismo (1945-1973)..., p. 369.

La socialdemocracia siempre estuvo estrechamente ligada al comunismo. Ambas eran ideologías hermanadas por las ideas de Marx y Engels y de los posteriores teóricos de la Segunda Internacional; ambas decían representar los intereses de los oprimidos y ambas compartían la voluntad de superar el capitalismo. A pesar de estos nexos compartidos, las dos corrientes políticas tuvieron trayectorias históricas muy distintas. Socialistas y comunistas han protagonizado a lo largo de su historia una relación, por así decirlo, de amor y odio. Mientras que en ocasiones, en el marco de la política interna de los Estados-nación, compartieron objetivos e intereses, como por ejemplo la lucha antifascista o la defensa de la planificación económica, en el marco internacional, en cambio, la socialdemocracia se posicionó en contra de la Unión Soviética y de la idea que representaba. La Internacional Socialista (IS), fundada en 1951 ante la iniciativa de los laboristas británicos, se posicionó a favor del bloque atlantista en el conflicto de la Guerra Fría. Sin embargo, la propia IS moderó su postura anticomunista a partir de los años setenta e incluso demostró voluntad de diálogo con los partidos comunistas de Europa del Este, manteniendo, por ejemplo, fluidas relaciones con Tito en Yugoslavia o Ceaucescu en Rumanía. Además, las visitas y los contactos de dirigentes de la IS a Moscú fueron constantes en ese periodo, ya que compartieron con los soviéticos el interés por frenar la carrera armamentística relanzada por Reagan<sup>79</sup>.

En definitiva, teniendo en cuenta la suma de factores apuntados hasta aquí —la influencia del comunismo en Europa occidental a lo largo de todo el siglo XX; el parentesco ideológico compartido entre socialismo y comunismo; y el reforzamiento en la socialdemocracia de una identidad propia en el ámbito de las relaciones internacionales con los

---

<sup>79</sup> Este cambio de actitud de los miembros de la Internacional Socialista respecto de sus adyacentes comunistas obedeció, según Fernando Pedrosa, a una reorientación general de la estrategia internacional de los partidos socialdemócratas puesta en marcha durante los años setenta. Los socialdemócratas priorizaron en su agenda internacional la defensa de los Derechos Humanos, condenando gobiernos dictatoriales como los de Pinochet, Stroessner y Somoza, luchando contra el apartheid sudafricano, sosteniendo posiciones pacifistas y neutralistas, protegiendo exiliados y demandando la eliminación de la pobreza en el Tercer Mundo. Aunque, de forma paralela, los socialdemócratas en los gobiernos europeos continuaron con sus políticas tradicionales: venta de armas a dictadores, manipulación de precios de las materias primas que compraban o vendían, alineación con las políticas de defensa norteamericana, aceptando la instalación de tropas y misiles en territorio europeo, etc. Tal contradicción viene a mostrar que parte del interés de la nueva estrategia de los socialdemócratas de la IS era ofrecer una imagen de progresismo para legitimarse ante la opinión pública y sus bases nacionales, en un momento en el que la socialdemocracia se enfrentaba a la pérdida de su identidad histórica como consecuencia de la crisis económica y del surgimiento de los valores posmateriales. Pero la actitud de la IS también muestra una voluntad por parte de los socialdemócratas de adaptarse a los nuevos tiempos y de mantener su influencia en el mundo a través de la elaboración de nuevos discursos y estrategias de acción a nivel nacional y global, y la atracción de nuevos aliados. PEDROSA, Fernando: "La redefinición de la agenda socialdemócrata entre la crisis del petróleo y el fin del socialismo real (1973-1992)", *Colección*, 22 (2012), pp. 15-44.

Estados comunistas, ya fuese por su manifiesta hostilidad hacia ellos durante los primeros años de la Guerra Fría, o por su táctico acercamiento a partir de los años setenta— es comprensible que la caída de la URSS afectase a la socialdemocracia europea. Durante su existencia, el modelo soviético actuó como contrapeso al capitalismo y como fuente de inspiración de políticas alternativas. La URSS fue, de hecho, el máximo exponente de la planificación y del intervencionismo estatal en la economía. Un modelo económico que, hasta los años setenta, fue exitoso y que, aparentemente, pudo competir en términos de igualdad con el capitalismo. Sin embargo, en las décadas siguientes, cuando la China de Den Xiao Ping (1978-1989) adoptó la economía de mercado, y cuando la URSS fue incapaz de seguir el pulso de la carrera armamentística con Estados Unidos, se hizo evidente que el capitalismo era económicamente más eficiente. Tal circunstancia favoreció el cambio político e ideológico que se produjo en los años ochenta de la mano de Thatcher y Reagan, puesto que fortaleció los argumentos contra la planificación y la regulación estatal<sup>80</sup>. La desaparición de la amenaza comunista, por otro lado, hizo que las élites de los países capitalistas se sintieran menos obligadas a sacrificar parte de sus beneficios a favor del compromiso social, por lo que fueron tolerando cada vez menos el pago de impuestos. Esto, en último término, hizo que los gobiernos fueran menos capaces de controlar al capital y tuvieran a su disponibilidad menos recursos para aplicar políticas de redistribución de la riqueza<sup>81</sup>.

Como es sabido, el colapso de la URSS dio paso a un nuevo periodo histórico caracterizado por la expansión del capitalismo a prácticamente todos los lugares del mundo. El resultado de ello fue la profundización del proceso de globalización, en el cual las economías nacionales se abrieron cada vez más a los mercados exteriores<sup>82</sup>. El libre comercio de bienes (con menos barreras arancelarias) y la libre circulación de capitales fueron los

---

<sup>80</sup> Tal como explica Eric Hobsbawm, “el derrumbamiento de la Unión Soviética llamó la atención en un primer momento sobre el fracaso del comunismo soviético; esto es, del intento de basar una economía entera en la propiedad estatal de todos los medios de producción, con una planificación centralizada que lo abarcara todo y sin recurrir en absoluto a los mecanismos del mercado o de los precios. Como todas las demás formas históricas del ideal socialista que daban por supuesta una economía basada en la propiedad social (aunque no necesariamente estatal) de los medios de producción, distribución e intercambio [...], este fracaso minó también las aspiraciones del socialismo no comunista, marxista o no, aunque ninguno de esos regímenes o gobiernos proclamase haber establecido una economía socialista”. HOSBAWN, Eric: *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 556.

<sup>81</sup> ALLIÈS, Paul: “La crise de la social-démocratie européenne et ses paradoxes sudistes”, *Pôle Sud*, 27 (2007), pp. 9-19.

<sup>82</sup> Son innumerables los textos que se han escrito sobre la globalización, lo que muchas veces contribuye a confundir más que aclarar el significado de tal concepto. Una buena definición del proceso de globalización se da en FAZIO VENGOA, Hugo: “La globalización ¿un concepto elusivo?”, *Historia crítica*, 23 (2003).

rasgos más notables de este proceso. De tal modo, la liberalización de los mercados de capitales, en especial los financieros, que había comenzado en los años cincuenta, alcanzó su máxima expresión a partir de los noventa. Es importante resaltar que el proceso de globalización supuso también la expansión internacional del liberalismo desregulado que experimentaron en los años ochenta, Gran Bretaña y los Estados Unidos de la mano de Thatcher y Reagan. El caso de Rusia y de los países de Europa del Este es, en ese sentido, bastante significativo<sup>83</sup>. Pero también Europa occidental se vio afectada, en la medida en que en los años noventa continuó el declive del Estado socialdemócrata iniciado en la década anterior. A la liberalización y las desregulaciones se añadieron así un conjunto de reformas que limitaron en parte la capacidad redistributiva del Estado. Se redujo a progresividad en la imposición personal sobre la renta, se contuvieron los gastos sociales y se restringieron sus elementos redistributivos<sup>84</sup>.

La socialdemocracia tuvo cada vez mayores dificultades para desenvolverse en el nuevo contexto económico y político global. A nivel ideológico, tras la caída de la URSS, los partidos de izquierdas, entre ellos los socialdemócratas, tuvieron que rendirse a la evidencia de que la sociedad y los intelectuales ya no eran tan receptivos como antes a sus propuestas. Pero también a nivel práctico, a la hora de gobernar, vieron como su margen de actuación, en el marco de los Estados, se había estrechado mucho. Tal como explica el sociólogo Ludolfo Paramio, uno de los efectos más notables de la liberalización de los movimientos de capital fue la vigilancia global que pasaron a ejercer los mercados sobre la política económica de los gobiernos. A partir de entonces los objetivos de inflación y déficit considerados como incoherentes podían ser penalizados y la cotización de la moneda podía ser objeto de una especulación masiva, como sucedió a principios de los noventa con algunas divisas como la libra, la peseta o la lira. En consecuencia, seguir la ortodoxia macroeconómica no solo se convirtió en norma política, sino también en una condición para encontrar financiación para la deuda pública y mantener la estabilidad monetaria. En tal contexto de economías abiertas y de competencia global, la típica política socialdemócrata de recurrir al gasto para activar la economía y crear empleo dejó de

---

<sup>83</sup> El llamado "consenso de Washington" consistió en una serie de políticas económicas impulsadas por el tesoro norteamericano a través de los principales organismos económicos internacionales, especialmente el FMI y el BM, y destinadas a países en crisis o con dificultades económicas, entre los cuales se encontraban los antiguos Estados comunistas. Unas políticas orientadas a crear economías desreguladas, liberalizadas y, en definitiva, globalizadas. Para más detalles véase SEVILLA, José, V.: *El declive...*, pp. 242-244.

<sup>84</sup> *Ib.* pp. 233-235.

funcionar. También se vio limitada la capacidad del gasto público por las nuevas restricciones fiscales que afectaron a los Estados. La elevación de impuestos podía desincentivar la inversión, disminuir el gasto privado, e incluso provocar deslocalizaciones empresariales hacia países con menores impuestos y salarios más bajos. Además, incrementar el gasto público suponía incrementar el déficit, con la consecuente respuesta negativa de los mercados. Estas restricciones a las políticas socialdemócratas llevaron a la crisis del Estado del bienestar tal como se había concebido a partir de la segunda posguerra mundial<sup>85</sup>.

### **3. La socialdemocracia a partir de 1980: la búsqueda de alternativas al neoliberalismo**

Si en el primer capítulo de este trabajo vimos que los principales pilares de la edad de oro de la socialdemocracia fueron el keynesianismo, el corporativismo y el Estado del bienestar, a lo largo del capítulo anterior hemos visto como estos tres pilares se vieron seriamente deslegitimados en las tres últimas décadas del siglo XX. El conjunto de factores estudiados —la crisis económica de los años setenta, el agotamiento del modelo productivo fordista, el regreso del liberalismo, la caída del “socialismo real” y la globalización— explican en buena medida el fin del modelo de Estado socialdemócrata. Como fruto de ello, los partidos socialdemócratas entraron en un proceso de crisis que no se reflejó tanto en sus resultados electorales, como en el agotamiento de las ideas y prácticas políticas que habían venido desarrollando desde 1945. El cambio en los paradigmas económicos —de los keynesianos a los monetaristas— que acompañó a la contrarrevolución conservadora acontecida en la década de 1980, desarmó ideológicamente a los socialdemócratas, quienes, a partir de entonces, se limitaron a apelar a la defensa de una serie de valores como la igualdad, la justicia social y la solidaridad, sin saber realmente muy bien qué hacer para que dichos valores se materializaran.

En un intento de revertir tal situación, en los años ochenta y noventa, los diversos partidos socialdemócratas europeos trataron de formular su propia respuesta al desafío planteado por el neoliberalismo, cuestión de la que nos ocupamos en este tercer capítulo. La reacción de los socialdemócratas fue variable en función de cada país. Los casos que tratamos a continuación nos indican, sin embargo, que hubo una pauta común en la evolución de todos ellos. Entre los años setenta y principios de los ochenta, se aprecia que la

---

<sup>85</sup> PARAMIO, Ludolfo: La socialdemocracia..., pp. 64-65. Sobre la crisis del Estado del bienestar véase, GRA-CIELA, CABEZA, Marta: “Estados de bienestar y globalización”, *Historia Actual Online*, 9 (2006), pp. 47-52.

socialdemocracia experimentó, en general, un giro hacia la izquierda. Se reafirmó en la defensa de sus ideas tradicionales al tiempo que recibió la influencia de los nuevos movimientos sociales nacidos de las movilizaciones de Mayo del 68. La socialdemocracia mostró su rechazo a la solución liberal a la crisis económica y planteó su propia alternativa, expresada en forma de programas políticos muy escorados hacia la izquierda, llegando a recuperar, en algunos casos, la retórica anticapitalista. A partir de mediados de los años ochenta, sin embargo, tales programas fracasaron, puesto que no permitieron revertir el ciclo económico recesivo, lo que amenazó con ser contraproducente a nivel electoral para la socialdemocracia. En consecuencia, a partir de los años noventa, ésta llevó a cabo un proceso de revisión ideológica mediante el cual moderó considerablemente sus planteamientos anteriores. A pesar de asumir muchos puntos de los programas de los partidos conservadores, entre ellos la gestión monetarista de la economía, la izquierda europea siguió tratando de ofrecer una alternativa al neoliberalismo a través de la *Tercera Vía*, que consistió, a grandes rasgos, en una vía intermedia entre los planteamientos clásicos de la socialdemocracia y los de los partidos de la Nueva Derecha.

### 3.1 El auge del socialismo en Francia, España y Grecia

En contraste con los malos resultados electorales obtenidos por la socialdemocracia en los años ochenta en países como Gran Bretaña o Alemania, los partidos socialistas de los países del sur de Europa conocieron, en ese mismo periodo, grandes avances en las elecciones. En Francia, el Partido Socialista (PS), dirigido por François Mitterrand, se alió con los comunistas y obtuvo una espectacular victoria en las elecciones presidenciales de 1981. Mientras tanto, en España, Grecia y Portugal los partidos socialistas emergieron como poderosas fuerzas en las democracias recién instauradas. El Partido Socialista Obrero Español (PSOE) ganó las elecciones de 1982 y permaneció ininterrumpidamente en el poder durante 14 años. En Grecia, el Movimiento Socialista Panhelénico (PASOK), encabezado por Andreas Papandreou, logró gobernar, por su parte, desde 1981 hasta 1989. En el caso de Portugal, los socialistas tuvieron que lidiar con la fragmentación del voto de izquierdas entre su partido y el de los comunistas, a pesar de lo cual pudieron gobernar de 1976 a 1979 y nuevamente de 1983 a 1985. En Italia, el Partido Socialista de Italiano (PSI) siguió manteniéndose, en este periodo, a la sombra del Partido Comunista Italiano (PCI), aunque incrementando moderadamente sus apoyos electorales. El líder del

partido, Bettino Craxi, ocupó el cargo de Primer Ministro entre 1983 y 1987, encabezando una coalición de cinco partidos conocida como el pentapartito<sup>86</sup>.

El éxito electoral del “socialismo meridional” a finales de los años setenta y durante los ochenta ha dado pie abundantes trabajos históricos y sociológicos que estudian conjuntamente y comparativamente la trayectoria de los diferentes partidos socialistas de los países del sur o latinos<sup>87</sup>. Ciertamente, se pueden trazar ciertos paralelismos en la situación política de tales países, como la fortaleza de sus respectivos partidos comunistas, la ausencia anterior de gobiernos de izquierda o la radicalidad de sus partidos socialistas; por no hablar de otros rasgos comunes derivados de una experiencia histórica compartida, sobre todo en lo que se refiere a España, Grecia y Portugal, los tres marcados por su pasado autoritario. En lo que a nosotros respecta, queremos incidir en que, a pesar de la especificidad del socialismo en tales países, acabó confluyendo con el cauce general de la socialdemocracia de Europa occidental, adoptando las doctrinas revisionistas de los años noventa. Resulta así interesante preguntarse porqué unos partidos muy escorados a la izquierda y con una mayor voluntad transformadora que la socialdemocracia del Norte, acabaron renunciando rápidamente a sus planteamientos iniciales.

Para dar respuesta a tal interrogante, el caso de los socialistas franceses es quizás el más significativo. En Francia, el gaullismo llevaba dominando la política nacional desde 1958. El Partido Comunista (PCF), principal partido de la izquierda francesa, se vio constantemente marginado por el resto de fuerzas políticas, mientras que, del lado de los socialistas, la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO) se escindió en varios partidos durante los años sesenta, quedando el movimiento socialista francés muy debilitado. El punto de inflexión se produjo en el Congreso de Épinay de 1971, cuando los socialistas se reunificaron en el Partido Socialista (PS) y eligieron como líder a François Mitterrand. La importancia de tal Congreso reside en que, primero, fue el inicio de una trayectoria electoral ascendente que acabó llevando al poder al PS una década más tarde y a convertirse, desde entonces, en la fuerza hegemónica de la izquierda francesa. Y se-

---

<sup>86</sup> NOHLEN, Dieter y STÖVER, Philip (eds.): *Elections...*, pp. 881-717, pp. 838-871, pp. 1054-1098, pp. 1541-1573, pp. 1821-1838.

<sup>87</sup> El término de socialismo meridional es empleado por algunos autores para referirse a los partidos socialistas de los países del sur o latinos, en contraposición con sus homólogos del centro y norte de Europa. Véase al respecto AZCÁRATE, Manuel: *La izquierda europea*, Madrid, Ediciones el País, 1986. La revista *Pôle Sud*, alberga a su vez numerosos artículos dedicados al estudio de los partidos socialistas meridionales.

gundo, en que en él se produjo un viraje de los socialistas hacia el radicalismo abandonando su reformismo pragmático del periodo anterior para adoptar como base programática la consigna revolucionaria de “romper con el capitalismo”<sup>88</sup>. Los socialistas dieron también un vuelco a su estrategia electoral, y buscaron desde entonces la unidad de las fuerzas de izquierda. El *Programa Común*, adoptado en 1972, supuso la alianza electoral y programática del PS y del PCF, y dio lugar a notables éxitos electorales, sobre todo para los socialistas<sup>89</sup>. Precisamente, Mitterrand, quien había sido uno de los más fervientes partidarios del acercamiento con los comunistas, no lo fue tanto por convicciones ideológicas, sino porque lo consideraba como la mejor forma de que el PS superase electoralmente al PCF y la única manera de llevar al partido al poder.

Teniendo en cuenta lo apuntado, podría pensarse que en el PS se produjo un giro programático a la izquierda solo aparente o táctico, y no real. Pero esta es una idea equivocada si se atiende a los debates ideológicos que se produjeron en el seno del partido durante los años setenta. La postura de las corrientes izquierdistas representadas por el CERES (*Centre d'études, de recherches et d'éducation socialiste*) y por el excomunista Jean Poperen, aquellas que buscaban el acercamiento con los comunistas, se impusieron, de hecho, como las tesis oficiales del partido. El *Programa Común*, en realidad, poco se diferenciaba de los programas socialdemócratas típicos del periodo de la posguerra: incluía nacionalizaciones masivas del sector financiero e industrial, controles de precios, aumentos de salarios y toda una serie de medidas sociales destinadas a incrementar el alcance del Estado del bienestar francés<sup>90</sup>.

Lo destacable de tales medidas es que fueron presentadas como la “vía socialista para salir de la crisis económica” en un momento en que, como hemos visto, la postura monetarista se imponía como la opción preferente en los países vecinos (Gran Bretaña y

---

<sup>88</sup> Para más detalles sobre las discusiones ideológicas y los acuerdos tomados en el Congreso véase, MOREAU, Jacques: “Le congrès d'Épinay-sur-seine du parti socialiste”, *Vingtième Siècle, Revue d'histoire*, 65 (2000), pp. 81-96.

<sup>89</sup> En las elecciones presidenciales de 1974, Mitterrand fue derrotado por el candidato de la derecha, Valéry Giscard D'Estaing, por un estrecho margen (49,2% de votos frente al 50,8%). Aun obteniendo el líder socialista un porcentaje de votos similar al candidato comunista en la primera vuelta, se posicionó, a ojos de la opinión pública, como el principal dirigente de la oposición. En las elecciones legislativas de 1978, aunque los partidos de izquierdas obtuvieron menos diputados que los de derechas, es significativo que los socialistas superasen, por primera vez a los comunistas (24,9% de votos frente al 20,6%). Datos tomados de BERSTEIN, Serge y MILZA, Pierre: *Histoire de la France au XXe siècle*, París, Editions Complexe, 1995, pp. 1126-1127 y 1146-1147.

<sup>90</sup> El contenido del *Programa Común* se puede ver en: Fondation Jean Jaurès [sitio web]. Disponible en: <http://www.jean-jaures.org/Publications/Dossiers/27-Juin-1972-la-signature-du-Programme-commun-de-gouvernement> Última consulta: Agosto 2015.

Alemania principalmente). El PS tampoco fue impermeable a los cambios sociales y culturales que se produjeron en Francia a partir de Mayo del 68. La incorporación al partido de una militancia más joven y más imbuida de las ideas de la Nueva Izquierda llevó a los socialistas a incorporar a sus reivindicaciones la defensa de los derechos de las mujeres y de la tierra. Se multiplicaron en el seno del partido los debates, las jornadas de formación, las publicaciones en torno a temas relacionados con el feminismo —como el aborto o la representación de las mujeres en la política— y también con la ecología, como la cuestión nuclear. También se abrió el partido a problemáticas como la autogestión y la participación ciudadana, lo que se tradujo en la defensa de la descentralización de las instituciones políticas del Estado y de la democratización de las empresas, y en una vaga proclama de instaurar un “socialismo autogestionario” con el cual “redistribuir el poder del Estado en beneficio de centros de decisión más cercanos a los ciudadanos y trabajadores”. Pero, a pesar de esta conexión de los socialistas franceses con los nuevos movimientos sociales, el partido, lejos de transformarse radicalmente, no dejó de funcionar jerárquicamente ni de renunciar al objetivo clásico de tomar el poder<sup>91</sup>.

Con este bagaje de ideas, en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 1981 Mitterrand se impuso al candidato de la derecha, Giscard d’Estaing, con un 52,2% de los votos frente al 47,8%. En las legislativas de ese mismo año, la izquierda obtuvo una aplastante victoria, obteniendo 334 diputados sobre un total de 491 (el 68%), de los cuales 285 correspondieron al PS y 44 al PCF. Por primera vez en la historia de Francia, la izquierda se encontraba con las condiciones idóneas —con una mayoría absoluta en el parlamento y la Presidencia asegurada durante cinco años— para gobernar y acometer las reformas estructurales que transformasen la sociedad de acuerdo con sus ideales. De hecho, la voluntad de los nuevos gobernantes para cambiar la sociedad se visibilizó desde sus primeros días de mandato. En palabras de Serge Berstein, “Francia se convirtió en unos pocos meses en una obra donde todos los aspectos de la vida nacional fueron reexaminados y sujetos a reformas inspirados en las concepciones ideológicas del Partido Socialista”. En vistas a solucionar la crisis económica, el nuevo Gobierno nacionalizó cinco grandes grupos industriales, dos compañías financieras y 36 bancos de negocios que contenían en conjunto el 95% de los depósitos nacionales. Además, trazó unos planes econó-

---

<sup>91</sup> HATZFELD, Hélène: “Une révolution culturelle du parti socialiste dans les années 1970?”, *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, 96 (2007), pp. 77-90.

micos basados en la planificación, al tiempo que implementó una serie de medidas destinadas a aumentar el poder adquisitivo de la población (aumento del salario mínimo, de los subsidios y de las pensiones, bajada de los tipos de interés y abaratamiento del crédito); a aumentar los ingresos (por medio de la subida de impuestos a las rentas altas); y a reducir el nivel de desempleo (aumento de las vacaciones pagadas en una semana hasta cinco, bajada de la edad de jubilación a los 60 años, reducción de la jornada de trabajo de 40 a 39 horas)<sup>92</sup>.

El problema de tales medidas es que no obedecieron tanto a un análisis realista de los problemas económicos a los que se enfrentaba el país, como a satisfacer las grandes expectativas que había generado la izquierda a través de las promesas contenidas en el *Programa Común*. En consecuencia, resultaron un fracaso en cuanto que no solucionaron la crisis económica sino que, por el contrario, la agravaron. La inflación se desató y alcanzó el 14,1% en 1981; el desempleo aumentó hasta alcanzar los dos millones de parados; y el franco tuvo que ser devaluado un 8,5%. El descontento de la sociedad empezó a sentirse a finales de 1981 y las presiones aumentaron tanto desde la derecha, que se esmeró en poner todo tipo de trabas a las reformas del Gobierno, como desde la izquierda, con una parte de la militancia socialista que presionó a favor de una mayor radicalización de la política gubernamental. Una vez más, tal como se había evidenciado en otros países europeos, se hizo palpable que las recetas keynesianas eran inadecuadas para enfrentarse a la crisis de los años setenta y ochenta. Los socialistas se vieron entonces enfrentados a un dilema: o aceptar que, como consecuencia de la apertura de la economía francesa al mundo exterior, era imposible poner en marcha una política nacional que fuese a contracorriente de las tendencias internacionales y, por tanto, debían adaptarse a la coyuntura aplicando políticas de tipo monetarista; o por el contrario, romper con la economía de mercado, dejar el sistema monetario internacional, implementar barreras proteccionistas y apostar por una economía administrada por el Estado. Aunque entre los socialistas hubo quien apostó por la segunda opción, finalmente se impuso la de aceptar la ley del mercado. El PS renunció, desde entonces, a sus objetivos tradicionales y paso a convertirse en un

---

<sup>92</sup> Serge y MILZA, Pierre: *Histoire de la France...*, pp. 1164-1168. Es interesante precisar que la política de nacionalizaciones, al contrario de lo sostuvieron los socialdemócratas en el pasado, no fue contemplada por el PS como una vía de tránsito al socialismo, sino como una forma de modernizar el capitalismo francés. Las nacionalizaciones se presentaron como unas medidas de interés nacional que debían ser apoyadas por toda la nación. El socialismo francés recogió, en cierto modo, la tradición chauvinista, mostrándose muy receloso de ceder la soberanía de su país ante la internacionalización de su economía. De acuerdo con lo apuntado, no es casualidad que Mitterrand haya sido apodado como el "De Gaulle de izquierdas". Así se explica en, SASSOON, Donald: *One hundred years...*, pp. 552-554.

mero gestor de una política económica que era muy próxima a la aplicada por la derecha liberal<sup>93</sup>.

Laurent Fabius, quien sustituyó a Pierre Mauroy en el cargo de Primer Ministro en 1984, se encargó de gestionar la mala situación del país de acuerdo con el nuevo enfoque monetarista. Su prioridad consistió en combatir la inflación recortando el gasto público y congelando los salarios. También devaluó el franco, al tiempo que liberalizó precios y eliminó regulaciones de la economía, lo que produjo la reestructuración del sector industrial con el consecuente despido de trabajadores. Los efectos económicos de tales políticas fueron similares a los que se dieron en Gran Bretaña bajo el Gobierno de Thatcher: a corto plazo aumentó el número de desempleados y bajó la inflación, y a medio plazo se logró modernizar la estructura productiva del país y volver al crecimiento económico. En cuanto a las consecuencias políticas de las medidas de austeridad aplicadas por el nuevo Primer Ministro pueden destacarse varias. La más significativa es quizás la ruptura de la alianza entre comunistas y socialistas. El PCF inició desde entonces un estrepitoso declive hasta conocer el mismo destino que el resto de los partidos eurocomunistas, esto es, convertirse en un partido minoritario y sin influencia<sup>94</sup>. Los sindicatos, por su parte, debilitados y divididos, fueron incapaces de dar una respuesta efectiva al giro a la derecha del Gobierno. El PS, en cambio, a pesar del descenso de popularidad que experimentó en sus primeros años de mandato, logró mejorar su imagen tras apartar de la primera línea política a sus miembros más escorados a la izquierda. A pesar de ello, sus resultados en las elecciones legislativas de 1986 se resintieron y el parlamento pasó a estar bajo control de los partidos conservadores. Esto dio lugar a un periodo de “cohabitación” entre la derecha y la izquierda, en el que Mitterrand siguió ocupando la Presidencia mientras que Jacques Chirac pasó a ser Primer ministro. Alentado por los éxitos de Thatcher en el Reino Unido, el nuevo Gobierno llevó a cabo un programa liberal mucho más agresivo, privatizando buena parte de las empresas anteriormente nacionalizadas, bajando los impuestos y reduciendo el Estado del bienestar<sup>95</sup>.

---

<sup>93</sup> Serge y MILZA, Pierre: *Histoire de la France...*, pp. 1172-1174.

<sup>94</sup> El eurocomunismo fue una tendencia del comunismo adoptada por algunos partidos comunistas de Europa occidental, especialmente los de Italia y Francia y España a partir de los años setenta. Se caracterizó por su distanciamiento del modelo soviético y por la revisión de algunos aspectos de su doctrina, así como la aceptación del parlamentarismo pluripartidista. Los partidos eurocomunistas, en general, conocieron un progresivo declive electoral hasta prácticamente desaparecer a partir de los años noventa. GEOFF, Eley: *Un mundo que ganar...*, pp. 404-412.

<sup>95</sup> Serge y MILZA, Pierre: *Histoire de la France...*, pp. 1185-1991.

En 1988, Mitterrand logró ser reelegido y los socialistas regresaron al poder. Tal victoria se explica en parte por las dificultades experimentadas por la derecha francesa, dividida internamente e incapaz de contener el ascenso del Frente Nacional, el partido ultraderechista dirigido por Jean-Marie Le Pen<sup>96</sup>. Pero también se explica por la nueva imagen proyectada por el dirigente socialista, que se desmarcó de la gestión cotidiana de gobierno y de las pugnas entre partidos, presentándose como defensor de la unidad nacional y garante de los intereses del conjunto de los franceses. El giro centrista de Mitterrand sin duda le permitió atraerse apoyos de los electores de derechas que compensaron la pérdida de apoyos de los de izquierdas<sup>97</sup>. Este segundo mandato, en contraste con el primero, se caracterizó por el enfriamiento de las cuestiones ideológicas en favor de la búsqueda del consenso y del pragmatismo político. El Presidente francés abanderó entonces la defensa del proyecto europeo, promoviendo la firma del tratado de Maastricht y la creación de la Unión Europea. Pero, a pesar de este cambio, la incapacidad para solucionar la crisis económica de principios de los años noventa, junto con el desgaste causado por estar tantos años en el poder, hicieron que el PS perdiese las elecciones legislativas de 1993, obteniendo apenas el 19,2% de los votos.

Es evidente que en apenas una década el Partido Socialista francés sufrió una notable mutación. Mientras que en 1981 una parte importante de sus dirigentes y afiliados aún aspiraban a romper con el capitalismo, en 1989 las referencias al socialismo habían desaparecido de los documentos del partido. De cara a justificar ante los suyos este cambio doctrinal tan brusco, los dirigentes socialistas emplearon el término de “paréntesis” para explicar que la política llevada a cabo desde 1983 solo era fruto de las circunstancias adversas. En realidad, Mitterrand eludió el debate ideológico en el seno del partido, limitándose a asegurarse los apoyos necesarios para poder seguir al frente del mismo, llegando incluso a instrumentalizarlo en beneficio propio, algo que lógicamente no dejó de

---

<sup>96</sup> Sobre las vicisitudes de la derecha europea de finales de siglo, entre ella la francesa, véase GALLEGO, Ferrán: “La derecha europea entre dos siglos. De la crisis de legitimidad al regreso de la política”, *Historia y Política*, 18 (2007), pp. 165-195. Según este autor, en Francia, la derecha, al igual que la izquierda, conoció una crisis orgánica, provocada por una crisis de identidad del gaullismo y por el ajuste entre el liberalismo y la cultura republicana. Esto explicaría la división interna a la que se vio enfrentada en la década de 1990. Por otro lado, tal como apuntan Serge Berstein y Pierre Milza, el avance de la derecha radical llevó a los gaullistas a endurecer su política migratoria y a proponer un nuevo código de nacionalidad más restrictivo en cuanto a los requerimientos para adquirir la nacionalidad francesa. Esto provocó una fuerte movilización de la izquierda antirracista, con el consecuente desgaste de la derecha. BERSTEIN, Serge y MILZA, Pierre: *Histoire de la France...* p. 1171.

<sup>97</sup> El aumento de la abstención que se dio en 1986 (-8,15%) se interpreta como un desencanto del electorado de izquierdas fuertemente movilizado en la década anterior.

causar malestar entre la militancia. En sus discursos desaparecieron las referencias anti-capitalistas, sustituidas por conceptos como “modernización” o “justicia social”. El giro doctrinal de los socialistas no estuvo exento de consecuencias. A la ya señalada ruptura con los comunistas, producida en 1983, habría que añadir el surgimiento de un nuevo competidor electoral, el Partido Verde (ecologista), que, junto con el Frente Nacional, era bastante proclive a atraer al electorado de los socialistas. También se produjo un notable distanciamiento de los sindicatos. Tales circunstancias acabaron provocando una crisis interna en el partido que estalló en 1990, en el Congreso de Rennes, con disputas entre los integrantes de las distintas corrientes del partido y la escisión incluso de un sector, que llevaron a unos resultados electorales nefastos en 1993<sup>98</sup>. Al término del mandato de Mitterrand, el PS se encontró, por tanto, falto de ideas, de apoyos y de proyecto de futuro.

La historia de los partidos socialistas de España y Grecia a partir de los años ochenta recuerda en parte a la del PS francés en cuanto que contaron con fuertes mayorías parlamentarias en esa década y experimentaron renuncias ideológicas similares. El PSOE, que hasta los años finales de la dictadura de Franco había sido un partido insignificante en la lucha antifranquista, logró resurgir de sus cenizas para convertirse en la fuerza más votada en las elecciones de 1982. En la década de 1970 el partido había radicalizado su discurso al entrar en contacto con los movimientos sociales y opositores al régimen. En el XXVII Congreso celebrado en Madrid en 1976, el PSOE, al igual que los PS francés, adoptó como principio el anticapitalismo y apostó por un socialismo autogestionario distanciado del estatismo soviético. La forma de llegar a ese socialismo era democratizando las instituciones del país, entendida la democracia como una forma de participación cotidiana en la gestión de todos los asuntos públicos. También se declaró como partido internacionalista, antiimperialista y opuesto a la dinámica de bloques. Sin embargo, para Juan Antonio Andrade, “estas declaraciones doctrinarias del Partido Socialista apenas tuvieron implicación en su línea operativa. Si hubo un rasgo definitorio del PSOE en la primera etapa de la transición fue el divorcio entre sus ideas oficialmente proclamadas y sus actuaciones políticas concretas, entre su verbo radical y sus praxis moderada”<sup>99</sup>. El radicalismo discursivo de los socialistas españoles respondió, entre otros factores, a la fuerte presencia

---

<sup>98</sup> BERGOUNIOUX, Alain: “Socialisme français et social-démocratie européenne”, *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 65 (2000), pp. 97-108.

<sup>99</sup> ANDRADE BLANCO, Juan Antonio: “Del socialismo autogestionario a la OTAN: notas sobre el cambio ideológico en el PSOE durante la transición a la democracia”, *Historia actual online*, 14 (2007), pp. 97-106.

del Partido Comunista (PCE) en el movimiento de contestación a la dictadura. Adoptaron una retórica marxista con el fin de limitar el protagonismo de los comunistas; también como forma de atraer mayores apoyos para el partido y de disponer de una identidad propia que les permitiese reconocerse a sí mismos y diferenciarse de las demás fuerzas de izquierdas.

La estrategia del PSOE resultó acertada si se tiene en cuenta los resultados de las primeras citas electorales de la restaurada democracia. El partido consiguió ser la segunda opción más respaldada en las legislativas de 1977, superando a los comunistas, lo que le permitió adquirir un papel relevante en el periodo de la transición a la democracia. Sin embargo, los socialistas pronto se dieron cuenta de que las señas de identidad izquierdistas que tan útiles habían sido para resituarse en la oposición a la dictadura no lo eran tanto a la hora de enfrentarse políticamente a la derecha en el contexto de la democracia. La ambigüedad discursiva del PSOE se convirtió entonces en un obstáculo para alcanzar una mayoría electoral. En consecuencia, en el XXVIII Congreso del partido, el Secretario General, Felipe González apostó por la renuncia al marxismo, lo que no dejó de causar tensiones internas originadas por aquellos que se oponían a tamaño cambio. Finalmente, en el Congreso Extraordinario de septiembre de 1979, la postura del sector crítico fue desechada y González impuso su iniciativa. Fruto de ello, cuando el PSOE llegó al poder en 1982 lo hizo con un programa mucho más moderado que el de los socialistas franceses en 1981. Si hasta entonces el PSOE había albergado los típicos rasgos de los partidos socialistas meridionales, para principios de los años ochenta, por el contrario, estaba mucho más cerca a los planteamientos de los partidos socialdemócratas moderados de Europa central y del norte<sup>100</sup>.

Una vez en el poder, los socialistas españoles se enfrentaron al reto de querer instaurar un Estado de bienestar comparable al de los países vecinos, lo cual implicaba aplicar políticas típicamente socialdemócratas; pero a la vez quisieron gestionar una situación de fuerte crisis económica, lo que requería aplicar medidas liberales. Además, intentaron modernizar la estructura económica del país, que, por la herencia de la dictadura, mostraba fuertes desequilibrios. El programa electoral del PSOE era, de acuerdo con lo anterior, un programa socialdemócrata moderado, que tenía como prioridad la creación de

---

En ese aspecto el PSOE fue muy diferente al PS francés, ya que, como dijimos, entre los socialistas franceses sí hubo una voluntad real de poner en práctica sus ideas, aunque luego renunciaron a ellas ante la evidencia de que eran irrealizables.

<sup>100</sup> Ib. pp. 97-106.

empleo. Los socialistas abogaron por: una política económica moderadamente expansionista, la expansión del sector público, la extensión del Estado del bienestar, la realización de una reforma fiscal, la reducción de la edad de jubilación, la promoción de pactos a tres bandas con los sindicatos y las organizaciones patronales para reducir la conflictividad laboral y la descentralización administrativa. Pero, el fuerte aumento del paro y de la inflación llevó a que los socialistas abandonasen sus planes socialdemócratas para hacer de la lucha contra la inflación y la reducción del déficit público su prioridad. La recesión económica, la experiencia poco prometedora de los primeros años del Gobierno de Mitterrand y la opinión dominante de los economistas españoles de que el problema de la economía del país era estructural y no podía ser solucionado con simples políticas expansionistas, influyeron para que el Gobierno de González cambiase de perspectiva. La austeridad macroeconómica, la privatización de numerosas industrias y empresas públicas, la apertura de los mercados interiores a la competencia, la desregulación del sector bancario, la flexibilización del mercado de trabajo, la creación de infraestructuras gracias a la inversión pública y la revalorización de la fuerza del trabajo (por medio de la educación), fueron las líneas básicas de la política económica de los socialistas. Por otro lado, en materia fiscal, bajo los Gobiernos socialistas, se produjo un desplazamiento continuado de la imposición sobre la renta hacia las rentas del trabajo, lo que llevó a una reducción de la progresividad del impuesto y a una limitación de la capacidad redistribuidora. En cuanto a la lucha contra el desempleo, el balance del periodo socialista fue bastante negativo. Las políticas activas para crear empleo fueron casi inexistentes, el mercado de trabajo se desreguló—incrementándose notablemente la precariedad— y la concertación con los sindicatos se quebró, lo que desencadenó tres huelgas generales, en 1988, 1992 y 1994.

En otras palabras, la política del PSOE a lo largo de sus sucesivas legislaturas estuvo muy lejos de sus planteamientos radicalizados de los años setenta, pero incluso muy alejados de las promesas electorales moderadas de 1982. No fue una política económica socialdemócrata, sino liberal. Aunque es cierto que, junto a las soluciones económicas liberales, durante los años ochenta los socialistas se esforzaron por desarrollar el Estado del bienestar y por mejorar las infraestructuras del país, en su última legislatura las políticas del PSOE estuvieron inspiradas principalmente en el liberalismo. Tal como afirman Gerassimos Moschonas y George Papanagnou, “el PSOE se encontró en la vanguardia —

en el seno de la familia socialdemócrata europea— del liberalismo económico, [adoptando] una Tercera Vía antes de tiempo”<sup>101</sup>.

En el caso de los socialistas griegos también se pueden trazar paralelismos con los de Francia y España. Ciertamente, la historia y la realidad socioeconómica del país heleno difería mucho de la de sus vecinos europeos, aunque, a partir de los años setenta, el país transitó hacia la democracia y la modernización de su sistema político, que fue, desde entonces, similar al del resto de democracias occidentales<sup>102</sup>. El régimen militar de la Dictadura los Coroneles cayó en 1974 como consecuencia de la crisis económica, la presión social y la fallida invasión militar de Chipre, dando paso a la democracia. El partido conservador Nueva Democracia (ND) ganó las elecciones de ese mismo año y logró mantener el poder hasta 1981. Desde entonces, y a lo largo de las dos décadas siguientes, la izquierda griega dominó la vida política del país.

Los partidos de la izquierda griega eran fundamentalmente dos: el Movimiento Socialista Panhelénico (PASOK) y el Partido Comunista Griego (KKE). Ambos presentaban diferencias respecto de sus homólogos europeos. El KKE rechazó adoptar el eurocomunismo que sí habían abrazado el PCI, el PCF y el PCE, y se negó a formar alianza con los socialistas. El PASOK, por su parte, se definió a sí mismo como “movimiento” y no como partido. Quiso presentarse como un producto nuevo, más que como una mera reconstrucción de un viejo partido socialista. Bebiendo ideológicamente de una mezcla entre nacionalismo y socialismo, el PASOK consideró que Grecia era parte del Tercer Mundo y que debía luchar por una liberación nacional del imperialismo. Se posicionó en contra de la pertenencia de Grecia a la OTAN y a la CEE y abogó por acabar con la situación de subordinación del país ante las multinacionales estadounidenses. El fundador y líder indiscutible de los socialistas griegos era Andreas Papandreou<sup>103</sup>. En su libro *Capitalismo paternalista* mostró estar muy influenciado —mucho más comparativamente que otros líderes socialistas europeos— por las ideas y conceptos de la Nueva Izquierda de los años sesenta, lo que influyó, a su vez, en los planteamientos radicales del partido. Además, la

---

<sup>101</sup> MOSCHONAS, Gerassimos y PAPANAGNOU, George: “Posséder une longueur d’avance sur la droite: expliquer la durée gouvernementale du PSOE (1982-96) et du PASOK (1981-2004)”, *Pôle Sud*, 2 (2007), pp. 43-104. Sobre la etapa de Gobierno del PSOE véase además MARÍN ARCE, José-María: “Los socialistas en el poder (1982-1996)”, *Historia y Política*, 20 (2008), pp. 43-71, y también: YSÀS, Pere: “Cambio y continuidades: tres lustros de gobiernos socialistas”, *Ayer*, 84 (2011), pp. 23-39.

<sup>102</sup> Así se indica en DIAMANTOPOULOS, Thanassis: “La Grèce post-dictatoriale: forces politiques et opinion publique”, *Pôle Sud*, 18 (2003), pp. 31-50.

<sup>103</sup> La trayectoria del PASOK, desde su fundación hasta nuestros días, no se puede desligar, de hecho, de la familia Papandreou.

retórica antiimperialista, similar a la de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo, adoptada por el líder de los socialistas griegos hizo que el PASOK se pareciera, en cierto modo, a los partidos populistas latinoamericanos y en especial al movimiento peronista argentino. A pesar de estos rasgos atípicos, el PASOK se asemejó a los demás partidos socialistas meridionales en la medida en que muchos de sus planteamientos no fueron más allá de la retórica. Al igual que en Francia y en España, los socialistas griegos tuvieron que competir con un partido comunista fuerte y que poseía sólidas bases en la sociedad civil, de ahí la necesidad de radicalizar su discurso. El PASOK tuvo que lidiar además con la tradición radical que se había mantenido desde los tiempos de la Resistencia griega y la guerra civil (1941-1950). Parte del radicalismo del partido era reflejo también de las expectativas de muchos de sus cuadros medios, provenientes en gran parte de grupúsculos izquierdistas y de las organizaciones estudiantiles<sup>104</sup>.

Al igual que el PS francés y el PSOE, el PASOK tuvo una trayectoria electoral ascendente entre finales de los años setenta y principios de los ochenta. Pasó de obtener el 13,6% de los votos en 1974, al 25,3% en 1977 y 48,1% en 1981, año en que ganó las elecciones. Una vez en el poder, los socialistas griegos siguieron una agenda política de inspiración claramente keynesiana. Buscaron relanzar la demanda para dinamizar una economía en crisis (en 1980, el PIB cayó un 1% y la inflación era del 24,5%) y aplicar medidas redistributivas en favor de las clases populares. En 1982 los salarios y las pensiones más bajos fueron aumentados de un 40% y la pensión agrícola, que era especialmente baja, un 100%. Los sindicatos entraron en la administración de las empresas públicas y el Gobierno nacionalizó empresas en dificultades económicas para evitar el crecimiento del paro. Aumentó además considerablemente el número de funcionarios (un 32% entre 1982 y 1985), y se pusieron las bases del Estado del bienestar con la implementación de un sistema nacional de salud en 1983. Pero este programa económico keynesiano, al igual que el de los socialistas franceses, no tuvo los efectos esperados. El aumento de la demanda generó déficits en la balanza comercial, el PIB permaneció estancado hasta 1983, la inflación siguió siendo elevada (un 23% en 1986) y el paro aumentó del 4,3 en 1981 al 7,4% en 1989. Por otro lado, el aumento del coste del trabajo en un periodo de estancamiento de la producción y de apertura de las fronteras económicas redujo los beneficios de las empresas y, por ende, las inversiones en el país. El aumento

---

<sup>104</sup> SASSOON, Donald: *One hundred years...*, pp. 633-637.

del gasto público, por su parte, elevó el déficit público y el tamaño de la deuda, que se dobló en cinco años, pasando del 28,6% en 1980 al 54,7% en 1985<sup>105</sup>.

De igual modo, los socialistas griegos, como ocurrió con los franceses, se vieron obligados por las circunstancias a dar un giro a su política económica, estableciendo un plan de estabilización en 1985. El dracma se devaluó un 15% y los salarios fueron congelados en el sector público y desligados de la inflación en el sector privado. Sin embargo, por razones electoralistas, este programa económico fue abandonado por el PASOK en 1988, optando de nuevo por una política expansionista, lo que volvió a generar aumentos del déficit público. La política fiscal de los socialistas griegos fue, en general, nefasta a lo largo de este periodo y contraria a los principios redistributivos que decían defender. El peso de los impuestos directos cayó sobre los asalariados y jubilados y los impuestos indirectos fueron elevados, mientras que la tasa impositiva a las empresas fue de las más bajas del conjunto de los países de la OCDE. Esto explica en parte los problemas presupuestarios crónicos que arrastró Grecia en este periodo. A diferencia del PS francés y del PSOE, el PASOK tardó más tiempo en dar el paso hacia el “realismo económico” y la convergencia con Europa. Ciertamente, los planteamientos radicalizados del PASOK fueron dejados completamente de lado una vez se encontró en el poder. Pero, en cambio, no dejó de aspirar a construir el Estado de bienestar, algo que, más que por convicciones ideológicas, respondió a la estrategia de instalar redes clientelares que asegurasen su permanencia en el Gobierno. La gestión irresponsable de las finanzas públicas por parte de los socialistas en los años ochenta acabó mermando el crecimiento del país y su modernización. Esto obligó al partido a dar un giro doctrinal y programático, que fue acorde con el que habían dado anteriormente el resto de partidos socialdemócratas de Europa. Bajo el nuevo liderazgo de Andreas Papandreou, hijo del anterior líder, el PASOK fue adoptando, en los años noventa, los principios del liberalismo económico<sup>106</sup>.

### 3.2 La profundización de la vía socialdemócrata: el modelo sueco

El Partido Socialdemócrata Sueco (SAP) consiguió estar en el poder casi de forma ininterrumpida en un largo periodo de más de 50 años, desde que ganó las elecciones en 1932 hasta 1986. La experiencia socialdemócrata sueca, además de ser una de las más

---

<sup>105</sup> MOSCHONAS, Gerassimos y PAPANAGNOU, George: *Posséder une longueur...*, pp. 43-104.

<sup>106</sup> *Ib.*, pp. 43-104.

longevas, constituyó también un modelo diferente al resto de las socialdemocracias europeas. Una peculiaridad que responde, primero, al propio contexto nacional sueco y, segundo, a que la socialdemocracia en dicho país se adelantó a su tiempo y logró gobernar desde antes de la Segunda Guerra Mundial. Así, el Estado del bienestar sueco, junto con el del resto de los países escandinavos, tuvo unas características diferentes al de los Estados del bienestar implantados en el resto de democracias europeas en el periodo de la segunda posguerra, aun cuando ambos modelos estuvieran inspirados por similares principios y valores<sup>107</sup>.

Ideológicamente, la socialdemocracia sueca también presentó rasgos distintivos. Manuel Sánchez de Dios destaca cinco principios centrales sobre los que ha descansó históricamente la socialdemocracia sueca. El primero de ellos fue el de la democracia integral, según el cual la democracia no solo tenía que ser política sino que había de afectar también a la organización social y económica. A raíz de tal concepción de la democracia, fue fundamental, para los socialdemócratas suecos, la búsqueda del máximo consenso a través de los pactos con otros partidos y la cooperación interclasista. El segundo principio fue el del *folkhemmet*, es decir, la concepción del Estado y la sociedad como el “hogar del pueblo”. Una concepción que encerraba la idea de igualdad y solidaridad, del consenso y de la persuasión democrática como método de gobierno, y que implicaba la voluntad de ruptura con la estratificación de clase. El tercer principio fue de la compatibilidad, e incluso complementariedad, entre la igualdad socioeconómica y la eficacia económica. Según éste, la política social no solo promocionaba la igualdad, sino que también determinaba la eficiencia de la actividad económica. El cuarto principio fue el del control social de la economía de mercado. Para los socialdemócratas suecos, a diferencia de otros partidos socialdemócratas, las nacionalizaciones se contemplaron como un instrumento posible y no como un fin del socialismo. El mercado fue considerado por ellos como un mecanismo necesario para la asignación adecuada y eficaz de los recursos económicos,

---

<sup>107</sup> Según G. Esping Andersen, existirían tres modelos de estados del bienestar. El “modelo liberal”, basado en el sistema Beveridge y característico de los países anglosajones, que tuvo por objetivo garantizar los recursos mínimos de subsistencia a todos los ciudadanos (a través del mecanismo de la seguridad social). El “modelo corporativista” característico de la Europa central (Alemania, Austria, Francia), pero también de los países del sur, y basado en un sistema de rentas que compensasen al beneficiario de un salario perdido de forma que pudiese mantener el mismo nivel de vida. Y finalmente, el “modelo socialdemócrata”, característico de los países del norte de Europa (Dinamarca, Suecia, Noruega), que incorporaba en su diseño una pretensión redistributiva más allá de la cobertura de determinadas contingencias, como por ejemplo servicios públicos de calidad, y que tenía como finalidad conseguir una mayor igualdad social y niveles de vida aceptables para el conjunto de los ciudadanos. Así se explica en, SANCHEZ DE DIOS, Manuel: “El modelo sueco de Estado de bienestar”, *Revista de Estudios Políticos*, 79 (1993), pp. 283-303.

aunque tenía que estar sometido al control social, lo que implicaba adoptar la planificación económica y la intervención estatal. El quinto principio fue el de que la expansión del sector público ampliaba la libertad de elegir. Según esa idea, la política social mejoraba la seguridad y la libertad de la gente común y, por ello, la expansión del sector público solo era justificable en la medida en que se basase en los intereses y deseos sociales generales<sup>108</sup>.

En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, las políticas expansionistas que había venido desarrollando el SAP en las dos décadas anteriores originaron problemas inflacionarios y dificultades en la balanza de pagos. Por esa razón, el sindicato mayoritario del país, la Confederación de Sindicatos Suecos (LO), trató de buscar una salida a tal situación. Al respecto, hay que tener en cuenta que otra de las particularidades de la socialdemocracia sueca fue la sólida alianza que estableció entre sindicato, partido e intelectuales, a diferencia de lo que sucedió en otros países europeos, donde las tensiones entre estos tres colectivos fueron frecuentes, sobre todo en los momentos en los que el partido se encontraba gobernando. En Suecia, en cierto modo los sindicatos eran “la nación”, en cuanto que funcionaban de forma centralizada y contaban con tasas altísimas de afiliación (67,7% del total de los trabajadores en 1970 y 79,7% en 1980). Su influencia era, por tanto, alta, y en muchas ocasiones determinante en las políticas adoptadas por los gobernantes<sup>109</sup>. En los años cincuenta, dos economistas de la LO —Gösta Rehn y Rudolf Meidner— fueron quienes aportaron la solución a los problemas inflacionarios del país. En su informe de 1951 *Sindicatos y pleno empleo*, Rehn y Meidner elaboraron un plan económico que fue adoptado como estrategia nacional. El plan concernía al Gobierno, a los trabajadores y a las empresas, y establecía responsabilidades para cada uno de ellos. Su originalidad residía en que combinaba objetivos aparentemente contradictorios como el pleno empleo y el control de la inflación. El pilar central del Modelo Rehn-Meidner residía en la política salarial solidaria, que consistió en el aumento de la remuneración de

---

<sup>108</sup> *Ib.*, pp. 283-303.

<sup>109</sup> Esto fue especialmente cierto a partir de 1938, año del que datan los Acuerdos de Saltsjöbaden, en los cuales capital y trabajo se comprometieron a resolver sus diferencias en relación al mercado laboral y los salarios a través del diálogo institucionalizado e independiente del Estado. El acuerdo puso fin a una década convulsa en la cual la conflictividad laboral fue de las mayores en todos los Estados occidentales avanzados. El “compromiso histórico” entre trabajo y capital inauguró un marco de cooperación corporativa en el seno de la economía capitalista sueca. Véase al respecto: DEL ROSAL CRESPO, Mario: “Los límites del socialismo reformista: el caso de Suecia. Una aproximación crítica al modelo Rehn-Meidner desde una perspectiva histórica (1932-1983)”, *XI Jornadas de Economía*, 2008. [http://pendientedemigracion.ucm.es/info/ec/ecocri/eus/delrosal\\_crespo.pdf](http://pendientedemigracion.ucm.es/info/ec/ecocri/eus/delrosal_crespo.pdf) Última consulta en internet: agosto 2015

los trabajadores que tenían peores salarios gracias a la contención de los sueldos de los empleados mejor pagados. Este principio aportaba ventajas al trabajador (al ser menores las desigualdades en los salarios entre trabajadores de distintos sectores se fortalecía la cohesión de clase) y al empresario (se lograba una mayor competitividad ya que desaparecía la posibilidad de que los trabajadores aumentasen sus salarios a través de la negociación colectiva o individual en el marco de una empresa, y se contenía la inflación al contenerse las subidas de los salarios)<sup>110</sup>.

Gracias a la implantación del plan Rehn-Meidner, Suecia pudo mantener los niveles de pleno empleo en la década de 1970, un momento en el que el paro empezó a aumentar rápidamente en la mayoría de las economías de Europa occidental. El éxito del denominado “modelo sueco” se evidenció en las altas tasas de igualdad logradas, en su rango de diferencias salariales más bajo del mundo y en un Estado del bienestar generoso. El telón de Aquiles de este modelo estuvo en que requirió siempre de un elevado gasto público y, por tanto, de un mantenimiento sostenido de los ingresos estatales. Aunque inicialmente la crisis económica de los setenta pareció no afectar al país escandinavo, sus efectos empezaron a hacerse notar a mediados de la década. Las industrias suecas, centradas en el sector naval, el hierro y las materias primas, entraron en declive al igual que las del resto de los países europeos, incapaces de competir con las industrias de los países en vías de desarrollo. La crisis económica e industrial coincidió con la primera derrota del SAP desde los años treinta. En las elecciones de 1976 logró vencer una coalición de partidos no socialistas, el Partido de Centro (agraristas y ecologistas), el Partido Moderado (conservadores) y el Partido del Pueblo (liberales). Pero esta victoria de la llamada “coalición burguesa” estuvo lejos de suponer una ruptura del *statu quo*. En efecto, sus miembros fueron conscientes de que su victoria no respondió a una insatisfacción del electorado hacia el modelo socialdemócrata, y de hecho se esforzaron durante la campaña electoral en dejar claro que no querían dismantelar el Estado del bienestar ni renunciar a la política de pleno empleo. Sin embargo, el nuevo Gobierno, precisamente por no renunciar a los objetivos socialdemócratas, y debido a la situación de crisis económica, abandonó el equilibrio presupuestario y provocó un aumento del déficit público. Se produjeron tres devaluaciones de la Corona en 1976, 1977 y 1981 con el fin de hacer más competitivas las industrias suecas, lo que a cambio produjo un aumento de la inflación. El coste económico de mantener los niveles de empleo fue alto, lo que, como es lógico, produjo insatisfacción

---

<sup>110</sup> Ib.

en el electorado, que se volcó de nuevo hacia la izquierda. La coalición burguesa perdió así las tres sucesivas elecciones de 1982, 1985 y 1988<sup>111</sup>.

Los socialdemócratas suecos, mientras estuvieron en la oposición, experimentaron un marcado giro ideológico hacia la izquierda. Durante mucho tiempo la doctrina del SAP estableció que la vía para llegar al socialismo comprendía tres fases. La primera era el establecimiento de una política democrática (el sufragio universal); la segunda consistía en la socialdemocracia (el Estado del bienestar); y la tercera era la de la democracia económica. A principios de los años setenta muchos sintieron que el momento había llegado de avanzar hacia la tercera fase. Las aspiraciones anticapitalistas de los socialdemócratas suecos alcanzaron su punto álgido en el periodo en el que estuvieron en la oposición. Experimentaron un giro programático que se materializó en el denominado *Plan Meidner*, el cual respondió más bien a una radicalización de los miembros del sindicato LO que de los integrantes del SAP. La agitación del movimiento estudiantil en los años sesenta, la influencia de la Nueva Izquierda y el impacto de la oleada de huelgas de 1969 protagonizadas por los estibadores y los mineros fueron elementos decisivos en la radicalización del movimiento socialdemócrata sueco. El nuevo líder del partido, Olof Palme, elegido en 1969, destacó por el papel activo que desempeñó en el seno de la IS y por sus posiciones pacifistas y críticas con los Estados Unidos. El fin del crecimiento sostenido contribuyó a que los sindicatos fueran menos optimistas con las posibilidades de alcanzar el pleno empleo en el marco capitalista y notaron además que la política de salarial solidaria había contribuido a aumentar los beneficios empresariales en detrimento de los salarios. El *Plan Meider*, diseñado por Rudolf Meidner (coautor junto con Göstha Rehn del plan de 1951), Anna Hedborg y Gunnar Fond, tenía como objetivo principal avanzar hacia la democratización económica y planteó básicamente la transferencia de una parte de los beneficios de las empresas (el 20%) a los empleados. De tal manera se pretendía poder complementar la política salarial solidaria; evitar la concentración de la riqueza en unas pocas manos; e incrementar la influencia de los trabajadores en la economía. El plan fue controvertido en la medida en ponía en cuestión la propiedad privada y el control por parte de los capitalistas de sus ganancias, y esto en un país en el que la mayor parte de las industrias eran de propiedad privada. El plan, sin embargo, no fue nunca puramente anticapitalista, ya que estuvo pensado más bien para contener las tentaciones de los trabajadores por reclamar subidas irresponsables de sus salarios, que para combatir los excesivos

---

<sup>111</sup> SASSOON, Donald: *One hundred years...*, pp. 479-487.

beneficios de los accionistas. Su originalidad residió, en cambio, en que, mientras la estrategia clásica del socialismo en Europa para lograr la propiedad colectiva había sido la nacionalización, la nueva estrategia de los socialdemócratas suecos era la “socialización” de los beneficios empresariales<sup>112</sup>.

El Plan Meidner contó con la aceptación del partido en 1976, pero su derrota en las elecciones de aquel mismo año impidió que se pusiera en práctica. En los años en los que el SAP se encontró en la oposición, muchos de los debates internos del partido giraron en torno a dicho plan. Parte de sus miembros, así como numerosos trabajadores del país, eran escépticos hacia los efectos que podía generar su implantación y muchos temieron que llevara a un agravamiento de la crisis económica. Una nueva versión del plan, que reducía en parte el excesivo poder que podían haber obtenido los sindicatos con el anterior, fue aprobada por el partido en 1981, e incluida en el programa electoral con el cual se presentó y ganó las elecciones de 1982. A pesar de la fuerte oposición al Plan Meidner con la que se encontraron los socialdemócratas tanto en el parlamento como en las calles, lograron aprobarlo con la ayuda de los comunistas en 1983. Sin embargo, hicieron pocos esfuerzos para ponerlo en marcha, conscientes de su falta de apoyos, y el propio líder del partido, Palme, dejó claras, al poco tiempo, sus intenciones de no seguir con el plan. Las ambiciones y esperanzas despertadas en el partido a principios de los setenta fueron entonces rápidamente olvidadas. A partir de ese momento, las posiciones del SAP y de la LO respecto a la democracia económica se enfriaron considerablemente. A finales de los años ochenta, enfrentados al problema de la inflación, y con la economía del país cada vez más abierta a los mercados internacionales, los socialdemócratas suecos tuvieron que renunciar a sus objetivos tradicionales de pleno empleo y adoptar políticas liberales, desregulando su sistema financiero y eliminando los controles en los tipos de cambio. El modelo sueco, que tantas expectativas había generado tanto entre la izquierda del país como en la del resto de Europa, y que para algunos llegó a representar el proyecto más avanzado de control colectivo del capitalismo, fracasó ante la nueva lógica del capitalismo globalizado<sup>113</sup>. La evolución experimentada por los socialdemócratas suecos recuerda en cierto modo a la de los socialistas franceses, aun teniendo en cuenta las grandes diferencias doctrinales y organizativas de sus respectivos partidos, y las diferentes reali-

---

<sup>112</sup> Ib., pp. 706-708. Sobre las características del Plan Meidner véase también TELÒ, Mario: “El “modelo sueco” de socialismo”, *Nueva Sociedad*, 72 (1984), pp. 51-60.

<sup>113</sup> Ib., pp. 708-713.

dades nacionales en las que se insertaron sus experiencias. En cualquier caso, la alternativa radical sueca al neoliberalismo fracasó del mismo modo que lo hizo la alternativa radical francesa.

### 3.3 El Nuevo Laborismo británico: la Tercera Vía

Al igual que sucedió con los socialistas franceses y suecos, los laboristas británicos experimentaron, en los años ochenta, importantes cambios en sus ideas. Pero, a diferencia de los anteriores, el Partido Laborista no tuvo oportunidad de gobernar en tal periodo. No fue hasta 1997 cuando logró, por fin, tras permanecer 18 años en la oposición, ganar las elecciones. De igual modo, mientras que en Francia y en menor medida en Suecia, los socialistas buscaron ahondar en sus raíces más izquierdistas —en un intento de buscar alternativas a la solución liberal a la crisis económica y al declive del modelo de crecimiento socialdemócrata— los laboristas británicos, por el contrario, se distinguieron por optar por un nuevo revisionismo, moderando sus propuestas políticas. Este cambio respondió a la necesidad de sacar al partido del abismo electoral, para lo cual se intentó atraer a una parte del electorado conservador. En los años noventa, el llamado Nuevo Laborismo siguió insistiendo en la revisión de sus ideas, acercándose así a la derecha en sus propuestas políticas. La Tercera Vía adoptada por Tony Blair supuso la renuncia del partido a su tradicional identidad socialdemócrata, al tiempo que, al igual que lo hicieron el resto de los partidos socialdemócratas europeos, supuso la adopción del liberalismo económico.

La derrota electoral de 1979 dio paso a un periodo de incertidumbre en el seno del Partido Laborista británico. ¿Cómo debían responder al desafío lanzado por Thatcher y los conservadores, visiblemente decididos a romper con el *statu quo* imperante hasta ese momento? Muchos consideraron que si Thatcher iba a llevar a cabo una política radical, los laboristas debían contrarrestar, por su parte, con su propia forma de radicalismo. En ese momento, la influencia del ala izquierda del partido (la denominada *Labour Left*) alcanzó su punto álgido. Siguiendo el argumentario del influyente periódico eurocomunista, *Marxism Today* sus miembros propugnaron que Thatcher era una peligrosa adversaria por las ideas que representaba y porque amenazaban con sustituir el consenso socialdemócrata de posguerra por un nuevo consenso Tory con un Partido Laborista derechizado. Los izquierdistas también criticaron duramente la etapa de Callaghan, que se había caracterizado por el recorte del gasto público y por permitir que el paro alcanzara niveles sin precedentes, y que había conducido al partido a la oposición. El ascenso de la *Labour Left*

al frente de la dirección del partido no se entiende sin el determinante papel que desempeñaron los sindicatos. Mientras que en los años cincuenta y sesenta éstos apostaron por apoyar a los líderes moderados del partido, en los ochenta, muchos de sus miembros, resentidos con Callaghan, decidieron volcarse hacia la izquierda. Aun en aquel momento, debilitados por la crisis económica y las políticas de Thatcher, los sindicatos conservaban gran poder e influencia dentro del Partido Laborista<sup>114</sup>.

En el manifiesto para las elecciones de 1983, “La nueva esperanza para Gran Bretaña” (*The New Hope for Britain*) el partido, liderado por Michael Foot desde 1980, propuso un programa de acción de emergencia para poner fin a la inestabilidad económica. Se trataba de medidas de carácter expansivo y típicamente socialdemócratas de las cuales destacaban: la inversión pública de once mil millones de libras; un plan económico quinquenal de alcance nacional con el establecimiento de un Banco Nacional de Inversiones y un nuevo Ministerio de Planificación Económica e Industrial; el retorno a la propiedad del Estado de aquellas industrias estatales que fueron privatizadas por el gobierno conservador; la revocación de la legislación conservadora sobre relaciones industriales, así como la introducción de la “democracia industrial”<sup>115</sup>. Además, en ese momento los laboristas se caracterizaron por su firme oposición al belicismo del Gobierno y declararon su intención de adoptar un desarme nuclear unilateral. También plantearon la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea. Las propuestas de 1983 conectaban con la tradición de los distintos compromisos que el partido había adoptado desde 1945, pero estuvieron lejos de seducir al electorado. La radicalización de los laboristas provocó la escisión de una parte de sus miembros más moderados, que fundaron el Partido Socialdemócrata (SDP), al tiempo que empeoró la imagen del partido que, por aquel entonces, gozaba de escasa popularidad. Tales circunstancias explican la dura derrota electoral que sufrió ese año. Perdió tres millones de votos con respecto a 1979, y apenas llegó a retener el puesto de segundo partido más votado, venciendo a la alianza entre el SPD y los liberales por 2,2 puntos porcentuales. Su proporción de voto (27,6%) fue la peor desde 1918. Además, fue notable la pérdida de votos entre el electorado de clase obrera, que pasaron de representar un 64% en 1974 al 49% en 1983, lo cual indica la creciente brecha que se estaba creando entre el partido y sus bases tradicionales<sup>116</sup>.

---

<sup>114</sup> SASSON, Donald: One hundred years..., pp. 692-697.

<sup>115</sup> RICHARDS, Andrew: El fracaso... p. 310.

<sup>116</sup> Ib. p 311.

La catástrofe electoral del laborismo británico en 1983 es un hecho clave para entender los cambios ideológicos que se produjeron en el partido en las dos siguientes décadas. En los años posteriores a la derrota, Neil Kinnock, nuevo líder de los laboristas desde octubre de 1983, lideró una exitosa campaña contra los sectores izquierdistas del partido. En la Conferencia Anual de Bournemouth, en 1985, declaró tener dos objetivos principales: restaurar la autoridad del líder del partido, que había sucumbido ante la presión de los cuadros intermedios y recuperar al electorado desafecto, dando de nuevo una imagen de partido respetable y pragmático. Entre 1983 y 1987 los miembros izquierdistas del partido fueron desbancados de los puestos de poder y con ellos desaparecieron de la agenda del partido sus propuestas políticas más polémicas, como el unilateralismo, el antieuropeísmo y la política de nacionalizaciones. En cualquier caso, la derrota de la *Labour Left* era inevitable. Tal como afirma Donald Sasson, no fue su excesivo radicalismo lo que la condenó, sino, paradójicamente, su profundo conservadurismo. Bajo el dominio del ala izquierda, el laborismo se volvió conservador por su profunda identificación con la nación británica. Los laboristas compartieron con el conservadurismo tradicional la confianza en la importancia mundial de su país, la superioridad de sus instituciones políticas, el disgusto con la integración europea y el miedo a perder aspectos cruciales de su soberanía económica. Sin embargo, la estrategia de los izquierdistas de defender este concepto de la soberanía nacional no era acertada en un contexto de creciente internacionalización de la economía y en el que las fronteras nacionales se estaban difuminando ante el avance de organismos como la Comunidad Europea. Igualmente quimérico era pensar que la obtención de una mayoría parlamentaria bastaba para implementar un programa económico nacional de izquierdas (la experiencia francesa lo demostró). En cuanto al desarme nuclear unilateral, más allá del “ejemplo moral” que podía haber dado a las dos grandes superpotencias que se disputaban el mundo, hubiese carecido de efectividad para detener la carrera armamentística<sup>117</sup>.

Desembarazado de sus miembros más izquierdistas, el partido experimentó un acercamiento paulatino hacia el centro político. Se pueden distinguir dos etapas diferenciadas en el proceso de revisión ideológica del laborismo británico: la primera tuvo lugar entre 1983 y 1992, en la que se llevó a cabo una desproletarización de la imagen del partido y

---

<sup>117</sup> SASSON, Donald: *One hundred years...*, pp. 702-703.

por el abandono de sus planteamientos más izquierdistas, tanto discursivos como programáticos; la segunda aconteció entre 1992 y 1997, cuando se produjo una derechización del partido de la mano del Nuevo Laborismo y la *Tercera Vía*.

En la primera etapa, los laboristas, liderados por Kinnock, además de renunciar a los objetivos de la *Labour Left*, adoptaron algunas propuestas de sus rivales conservadores que eran contrarias a los planteamientos tradicionales de la socialdemocracia. Dejaron de oponerse a la privatización de viviendas públicas y modificaron drásticamente sus promesas de creación de empleo y propiedad pública. También prometieron mantener dos elementos de la legislación sindical conservadora como el voto obligatorio para las elecciones ejecutivas sindicales y la convocatoria de huelgas. Por otro lado, de cara a modernizar su imagen, el partido creó en 1985 la *Shadow Communications Agency*, una agencia de comunicación y prensa destinada a librar al partido de su anticuada imagen de “gorra obrera” y a calibrar los efectos del cambio de líneas políticas en la opinión pública general. En palabras de Andrew Richards, este cambio en la estrategia comunicativa “supuso un alejamiento decisivo del concepto de partido como conformador y líder de la opinión, y la adopción en su lugar de otro concepto de partido como vendedor de productos que pueden ser modificados de manera más o menos indefinida según los resultados de análisis de mercado”. En otras palabras, el programa “ofertado” por el Partido Laborista respondería, a partir de entonces a la “demanda” de los electores, atendiendo más a los cambios en la opinión pública que a principios ideológicos predeterminados<sup>118</sup>.

A pesar de todo, el partido siguió conservando, en líneas generales y de cara a las elecciones de 1987, sus compromisos keynesianos y redistributivos. No obstante, la tercera derrota electoral impulsó al partido a profundizar la revisión de sus políticas. Desde entonces fue adquiriendo entre los laboristas más peso la idea de que el mercado era el mejor mecanismo para asignar la mayor parte de los bienes y servicios. La baja inflación pasó a ser el objetivo económico principal del partido frente al objetivo tradicional del pleno empleo. Al mismo tiempo, el partido reevaluó su relación tanto con las empresas como con los sindicatos. Fue desechada la idea de que los intereses de los empresarios eran contrarios a los intereses del conjunto de la sociedad, mientras que los sindicatos fueron contemplados cada vez más como grupos de presión que perseguían intereses parciales. En el programa electoral presentado en las elecciones de 1992, los laboristas se

---

<sup>118</sup> Ib. p. 312.

presentaban como valedores de la empresa y el libre comercio y por primera vez en su historia no aludieron en absoluto a una posible modificación de las relaciones de propiedad existentes.

Para Andrew Richards, aunque es indudable que en 1992 el Partido Laborista había moderado gran parte de sus propuestas así como su discurso —y esto motivado por el reconocimiento de que muchos elementos del *thatcherismo* tenían gran atractivo electoral—, no por ello se debe pensar que renunció a sus objetivos tradicionales. Los laboristas siguieron defendiendo la necesidad de redistribuir la riqueza (por medio del mercado) como medio para dar a la gente oportunidades más igualitarias. Además, su apoyo a planes de accionariado de los trabajadores y cooperativas, así como la propiedad pública de empresas individuales (aunque no de toda la industria), muestran que no habían renunciado tampoco al principio de propiedad pública. Aun rechazando los instrumentos económicos keynesianos, los laboristas no aceptaron de forma total la agenda política de Thatcher, sino que conservaron una estrategia de partido mucho más autónoma. Su revisionismo conectó más bien con el de Crosland de los años cincuenta —al cual nos referimos en el primer capítulo— que con el de Blair a finales de los noventa. Al igual que lo había hecho Crosland, los laboristas de 1992, no renunciaron a su meta tradicional de lograr una mayor igualdad social, aunque incidieron en que el mejor medio para obtenerla era el crecimiento económico en lugar de depender únicamente, o principalmente, de la redistribución. Pero la inesperada cuarta derrota del partido en las elecciones de 1992 pareció indicar que el partido debía acercarse mucho más a los planteamientos del Partido Conservador<sup>119</sup>.

El ascenso de Tony Blair al frente del partido en 1994 dio paso a una etapa para el laborismo marcada por la adopción de la *Tercera Vía* y por la victoria electoral de 1997. Blair se diferenció de los líderes laboristas precedentes en la medida en que rechazaba la política basada en intereses de clase estaba libre del “espíritu” tradicional laborista<sup>120</sup>. Estuvo así dispuesto a cambiar radicalmente el partido, modernizándolo de forma definitiva para que resultara atractivo de cara al electorado. Blair abogó por una economía de mercado libre de la intervención estatal y de altos niveles de impuestos y gasto público.

---

<sup>119</sup> RICHARDS, Andrew: El fracaso... pp. 315-317.

<sup>120</sup> Se entiende este espíritu como una mezcla de valores y prácticas que se habían desarrollado a lo largo de unos 150 años de esfuerzo político colectivo y que habían dado forma hasta los años noventa a la política del partido.

Se esforzó en mostrar su compromiso con la rectitud fiscal, hasta el punto de llegar incluso a atacar al gobierno conservador por no haber reducido el gasto público tanto como lo había prometido. El partido instó también al fomento de la flexibilidad del mercado de trabajo a nivel europeo. En su programa electoral para las elecciones de 1997, los laboristas aceptaron los planes de gasto que los conservadores habían previsto para el bienio siguiente, y esto a pesar de los problemas de escasa financiación que estaban sufriendo sectores como la sanidad o la educación. Abogaron además por una reducción del porcentaje del PIB dedicado a las políticas del bienestar.

Es significativo además cómo cambiaron las relaciones del Partido Laborista con los líderes empresariales a partir de la elección de Blair al frente del partido. La eliminación de la cláusula cuarta de la constitución del partido (aquella que preveía la nacionalización de empresas)<sup>121</sup>, llevó a los empresarios a ser más receptivos con los laboristas, sobre todo cuando pareció claro que iban a ganar las siguientes elecciones. Desde entonces, el partido recibió numerosas donaciones procedentes de empresas y dirigentes empresariales, lo que provocó un vuelco importante en su financiación, sobre todo si se tiene en cuenta que, de forma paralela, las contribuciones de los sindicatos al partido descendieron de un 77% de los ingresos totales en 1986 al 54% en 1995. En ese sentido, no es sorprendente que los sindicatos quedaran cada vez más excluidos de los intereses del partido. Blair declaró que los sindicatos no tendrían ningún lugar especial o privilegiado en el seno del Partido Laborista y que los tiempos en los que este era el brazo político del movimiento sindical habían pasado. En 1997 prometió que Gran Bretaña seguiría teniendo las leyes sindicales más restrictivas del mundo occidental y durante su mandato, se retiraron progresivamente todos los compromisos legislativos sobre los derechos de los trabajadores a afiliarse a un sindicato, los derechos de los trabajadores a tiempo parcial o el despido improcedente. Con Blair, se consumó, por tanto, el divorcio entre el Partido Laborista y los sindicatos que ya había comenzado a finales de los años ochenta<sup>122</sup>.

---

<sup>121</sup> La clausura cuarta fue sustituida por una declaración de principios en la cual el partido se comprometía a “construir una comunidad en la que el poder, la riqueza y las oportunidades [estén] en manos de la mayoría y no de unos pocos. Para lograr ese fin lo que se [necesita es] una economía dinámica, con un sector privado floreciente y servicios públicos de calidad, una sociedad justa, una democracia abierta y un entorno sano.” Citado en, SILVA TRISTE, Fernando: Breve Historia..., p. 102.

<sup>122</sup> *Ib.*, p. 103.

A nivel doctrinal, el Nuevo Laborismo asimiló los planteamientos de la *Tercera Vía*, que habían sido teorizados por el sociólogo Anthony Giddens en su obra más representativa: *La Tercera Vía. La renovación de la socialdemocracia* (1998). La *Tercera Vía* pretendió ser una alternativa tanto a la socialdemocracia del viejo laborismo como a la Nueva Derecha thatcheriana. También pretendió ser una forma de tender puentes entre la familia de los socialdemócratas europeos y la izquierda estadounidense, en un momento en el Partido Demócrata, dirigido por Bill Clinton, estaba conociendo a su vez un revisionismo importante de sus ideas. Giddens consideró que, tras la caída del socialismo como teoría de gestión económica, ya nadie podía ofrecer alternativas al capitalismo y que por tanto las líneas divisorias tradicionales entre la izquierda y la derecha habían desaparecido. Consiguientemente, el teórico de la *Tercera Vía* abogó por un cambio en los valores tradicionales de la izquierda. La idea de igualdad se vio diluida y sustituida por las de “reparto equitativo de riqueza”, “igualdad de oportunidades”, “solidaridad” y, sobre todo, “responsabilidad”, incidiendo en el hecho de que el ciudadano no solo tenía derechos respecto al Estado, sino también deberes. Una sociedad igualitaria era aquella en que todos los miembros de una sociedad tuviesen los mismos derechos y deberes civiles y políticos, y las mismas oportunidades de integración en el espacio público, el trabajo y la educación. La idea de igualdad venía a asimilarse así a la de meritocracia. Por otro lado, Giddens, aunque abogó por la idea de justicia social, rechazó expresarla en términos de clase. Los antagonismos público/privado, patronos/obreros, clase media/clase obrera, ya no tenían razón de ser. Por último, cabe destacar otro aspecto original del pensamiento de Giddens como fue la aceptación del proceso de globalización y su rechazo a considerarlo como una mera prolongación del libremercado, tal como lo hacía una buena parte de los teóricos de la izquierda<sup>123</sup>.

En 1998, Blair y Gerhard Schröder, líder del Partido Socialdemócrata alemán, firmaron un documento conjunto denominado *Europa: La Tercera Vía*, en el que recogían su visión de lo que debía ser la socialdemocracia modernizada, y que contenía muchos de los aspectos teorizados por Giddens. En él señalaban que los valores de equidad y justicia social, libertad e igualdad de oportunidades, solidaridad y responsabilidad hacia los demás, eran valores a los cuales la socialdemocracia no renunciaría nunca, pero que, para poder defenderlos, los socialdemócratas debían adaptarse a las condiciones cambiantes

---

<sup>123</sup> SANMARTÍN, Israel: “Las “Terceras Vías” de la socialdemocracia durante los años 90”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, Tomo LI, 117 (2004), pp. 375-403.

del mundo, es decir, modernizarse. Fundamentalmente, debían adaptar sus políticas al nuevo marco económico global, esto es, hacer todo lo posible para apoyar a las empresas y el buen funcionamiento de los mercados, sin entorpecerlo mediante la acción gubernamental. En el documento, Blair y Schröder insistían en el hecho de romper con el pasado de sus respectivos partidos, de cambiar con sus “viejas aproximaciones” e “instrumentos políticos tradicionales”. En el pasado, los socialdemócratas confundían la promoción de la justicia social con la imposición de la igualdad de salarios, lo que llevó a la sociedad a no valorar el esfuerzo y la responsabilidad, sino que, por el contrario, a que se promoviera la “conformidad y mediocridad”. Por otro lado, la intervención estatal había conducido a una “expansión desproporcionada del alcance de los gobiernos [...] y de la burocracia”, rompiendo el equilibrio entre individuo y colectivo. Lamentaban así que valores como el espíritu emprendedor o la responsabilidad individual se subordinasen a las necesidades del bienestar social general. Consideraban además que los viejos socialdemócratas exageraron su confianza en la “capacidad de los gobiernos nacionales de mantener en buen estado la economía y de asegurar el crecimiento y el empleo” y subestimaron la importancia de “los individuos y de la empresa privada en la creación de riqueza”<sup>124</sup>.

Con el fin de evitar caer en dichos errores del pasado, los promotores de la *Tercera Vía* establecían en el documento las líneas políticas básicas a seguir por los nuevos socialdemócratas. Su tarea principal debía ser responder adecuadamente a los nuevos retos de una sociedad que había cambiado como consecuencia de un proceso de globalización marcado por los avances científicos y tecnológicos, los cambios drásticos en la naturaleza del trabajo y la internacionalización de la organización de la producción. Debían crear las condiciones para que los negocios pudieran prosperar y adaptarse a los nuevos tiempos e invertir en “capital humano” para abrir nuevas oportunidades a los trabajadores ya que “tener un trabajo para toda la vida [se había convertido] en cosa del pasado”. La reducción del gasto público de acuerdo con criterios de eficacia, competitividad y alto rendimiento; la reducción de los impuestos tanto a las empresas como los trabajadores; la reforma de los sistemas educativos para adaptarlos a los nuevos mercados de trabajo; la flexibilización del mercado laboral; y la modificación de los sistemas de seguridad social para adaptarlos a los cambios en las expectativas de vida, son algunos de los otros aspectos que cabe destacar del documento de Blair y Schröder. A modo de síntesis, se puede afirmar

---

<sup>124</sup> El documento puede consultarse en la página web: <http://www.elmundo.es/internacional/uetercera-via/espanol/tercera.html> Último acceso: agosto 2015.

que el objetivo teórico de los promotores de la Tercera Vía consistía en favorecer el crecimiento económico a través de políticas liberales como forma de poder cumplir con los objetivos socialdemócratas de justicia social e igualdad<sup>125</sup>.

Igualmente, cabe destacar cómo en el citado documento se abogaba de forma explícita por un cambio de valores que recuerdan a los promovidos por el thatcherismo en los años ochenta. Llama la atención cómo en repetidas ocasiones se insistía en atender a cuestiones como la delincuencia y la marginalidad. La delincuencia se convertía “en un asunto político vital para los socialdemócratas modernos”, para quienes la seguridad callejera debía convertirse en un derecho civil. El aumento de esa preocupación probablemente no se podía desvincular del crecimiento de las tasas de desigualdad que se venían dando desde 1979. También eran recurrentes en el documento las alusiones al “espíritu emprendedor” y la “iniciativa económica”. Se señalaba como objetivo fundamental de la *Tercera Vía* el establecimiento de “un clima positivo para la independencia emprendedora y para la iniciativa” y el deseo de que la sociedad celebre “el éxito de los emprendedores” tal como la hace con los artistas y los futbolistas. Se trataba, en definitiva, de popularizar valores como el enriquecimiento personal, el éxito en los negocios o el esfuerzo individual en el trabajo; y de estigmatizar a aquellos que no los asumieran como delincuentes o vagos. Atrás quedaban así valores como el bien común, la solidaridad y la redistribución colectiva de la riqueza<sup>126</sup>.

El éxito electoral que tuvo el Nuevo Laborismo es innegable. En 1997 el partido alcanzó su proporción de voto más alta desde 1966 (44,5%), logrando atraer dos millones de votantes conservadores, lo que parecía confirmar el acierto de la estrategia revisionista de Blair. Es evidente que el ascenso al poder del Nuevo Laborismo no iba a suponer una ruptura con el *statu quo* impuesto por los conservadores, lo que parecía poner en duda la capacidad del laborismo para cumplir con sus objetivos sociales declarados. De hecho, durante el Gobierno de Blair se produjo un intenso debate en torno a la *Tercera Vía* y no fueron pocos los que la criticaron duramente por su evidente distanciamiento de los objetivos de la socialdemocracia<sup>127</sup>. Conscientes de la crítica que se les hacía de no ofrecer

---

<sup>125</sup> Ib.

<sup>126</sup> Ib.

<sup>127</sup> Alan Touraine definió la Tercera Vía como una sustitución de una política de protección por una política de iniciativas que supone la flexibilidad en la organización social y el fomento de la capacidad de los individuos para tomar iniciativas. Para este sociólogo francés, la *Tercera Vía* equivalía al fin del Estado del bienestar y el fomento de la precariedad laboral. El sociólogo Viçent Navarro, por su parte, consideró que pese a que la *Tercera Vía* tenía componentes de la socialdemocracia tradicional (enfaticaba en políticas

más que una economía más competitiva que la de los conservadores, los artífices del Nuevo Laborismo se esforzaron por intentar demostrar, a través de la publicación de diversos documentos, que los objetivos socialistas clásicos no se habían dejado de lado, sino que eran perfectamente compatibles con los objetivos de eficacia, competitividad, rentabilidad y libertad. Sin embargo, incluso dentro de las propias filas del Nuevo Laborismo, hubo quien dudó sobre la viabilidad de la *Tercera Vía* como alternativa creíble al liberalismo conservador y la coherencia de su programa<sup>128</sup>. En el periodo en el que los laboristas se mantuvieron en el poder, desde 1997 hasta 2010, Gran Bretaña no se convirtió en una sociedad más equitativa, puesto que las tasas de desigualdad siguieron aumentando a lo largo de la primera década del siglo XXI, lo que parece haber confirmado la postura de los críticos de la *Tercera Vía*<sup>129</sup>.

## Conclusión

A finales de los años noventa la situación de la socialdemocracia europea había mejorado considerablemente respecto a los años de la década anterior. Tras las victorias del Partido Laborista en Gran Bretaña en 1997 y del Partido Socialdemócrata en Alemania en 1998, la socialdemocracia gobernaba en casi todas partes. Solo la derrota del PSOE en 1996 en España rompió la pauta general. Tales resultados electorales vinieron a desmentir las predicciones de aquellos que auguraron, en los años ochenta, el final de la socialdemocracia. Sin embargo, parece evidente que los ideales distintivos de la socialdemocracia de 1945 habían sido considerablemente rebajados. La izquierda europea volvía a estar en el poder, pero en una situación de retirada general en lo que se refiere a sus posibilidades de cumplir con sus objetivos tradicionales. De acuerdo con lo que hemos visto a lo largo del trabajo, la socialdemocracia se enfrentó, en las últimas décadas del siglo XX, a un profundo proceso de revisión doctrinal que tuvo como resultado la asimilación de parte

---

activas), se distanciaba de ella acercándose más a las tradiciones cristianodemócratas (defensa de la familia) y liberales (desregulación del mercado de trabajo). Wolfgang Merkel, cuestionó la capacidad del Nuevo Laborismo para resolver problemas como la pobreza de los trabajadores. Sami Naïr también criticó la *Tercera Vía* por ofrecer un apoyo mayoritario a las fuerzas del mercado a costa de los trabajadores, por su defensa de la “ideología individualista” y por su cuestionamiento de la protección social, que se ve reducida a una mera “red de seguridad”. Para Naïr, la Tercera Vía acabó con la idea de igualdad ya que abogó por la desigualdad como una condición del desarrollo económico liberal. Los autores son citados por SANMARTÍN, Israel: Las “Terceras Vías”... pp. 375-403.

<sup>128</sup> RICHARDS, Andrew: El fracaso..., pp. 325-227.

<sup>129</sup> Ib., pp. 328-330.

del programa político de los partidos conservadores, sobre todo en lo que se refiere a las cuestiones vinculadas a la gestión de la economía.

Hemos explicado que el proyecto político de la socialdemocracia durante la segunda posguerra mundial tuvo las siguientes características: se basó en la defensa de un Estado interventor, involucrado en la vida económica y social, y dominante sobre la sociedad civil. Sus objetivos, inspirados en valores como el igualitarismo y el colectivismo, fueron la promoción del pleno empleo y del bienestar garantizado a todos los ciudadanos, y a lo largo de toda su trayectoria vital. Los medios empleados para conseguirlos fueron las políticas económicas de tipo keynesiano de promoción de la demanda, la redistribución de la riqueza mediante sistemas fiscales progresivos y la mediación estatal en el tradicional conflicto entre trabajo y capital. El crecimiento económico sostenido experimentado en Europa entre 1945 y 1973 propició las condiciones ideales para que la puesta en marcha de este proyecto político. Incluso los partidos rivales de la socialdemocracia, como los democristianos o los conservadores, temerosos de que las masas se echaran a los brazos del comunismo, aceptaron y promovieron buena parte de las políticas defendidas por la socialdemocracia.

Hemos visto, además, que en los años setenta el proyecto de posguerra de la socialdemocracia entró en crisis. El incremento de la inflación y el aumento del paro fueron una constante en las economías europeas durante los años setenta, así como los principales males que amenazaron con derrumbar el Estado del bienestar construido a lo largo de las tres anteriores décadas. Unas amenazas ante las cuales la socialdemocracia careció de los instrumentos económicos válidos para neutralizarlas. La solución a la crisis vino de los economistas monetaristas, que fueron apadrinados por Reagan y Thatcher. Consecuentemente, en los años ochenta se produjo una revolución neoconservadora que supuso la quiebra del consenso de posguerra y el abandono de las políticas socialdemócratas por parte de los partidos de la derecha europea. De forma paralela, las grandes industrias basadas en el sistema de producción y de trabajo fordista, que hasta entonces habían sido el motor del crecimiento de las economías europeas, tuvieron cada vez más dificultades para ser competitivas en un mercado cada vez más internacionalizado. El proceso de desindustrialización que acompañó a la crisis económica de los años setenta mermó los efectivos de la clase trabajadora de cuello azul, que habían constituido el principal apoyo electoral de los partidos socialdemócratas.

En los años ochenta, tal como hemos explicado, la socialdemocracia se encontraba, por tanto, sin los medios adecuados para solucionar la crisis económica al tiempo que estaba perdiendo una parte considerable de sus apoyos electorales. Ante esta situación, algunos partidos confiaron en la implantación de programas políticos radicales e inspirados en las propuestas de los nuevos movimientos sociales y de la Nueva Izquierda. Otros, por el contrario, optaron por una moderación de sus propuestas como forma de atraer a una parte del electorado de los partidos conservadores. En cualquier caso, el conjunto de la socialdemocracia europea acabó confluyendo en los años noventa en la adopción de los principios de la *Tercera Vía*, experimentando un viraje importante hacia la derecha. Efectivamente, mientras que todavía en los años ochenta algunos partidos socialdemócratas se atrevieron a desafiar “el curso de la historia” insistiendo en la nacionalización (*Programa Común* de la izquierda francesa) o sociabilización (*Plan Meider* de los socialdemócratas suecos) de los medios de producción, en la planificación estatal y las políticas expansivas; en los años noventa todos ellos sin excepciones se resignaron a aceptar que sus opciones políticas se veían restringidas a aceptar la agenda liberal o a desaparecer del panorama político. La internacionalización y desregulación de los mercados hicieron que las políticas tradicionales de la izquierda reformista fueran consideradas inviables y fueran abandonadas por los propios partidos socialdemócratas.

Gracias a este giro ideológico, la socialdemocracia europea logró evitar su declive electoral entre finales de los años noventa y principios del siglo XXI. En contraste, tal como apuntamos en la introducción del trabajo, en la actualidad se aprecia un retroceso significativo de los partidos socialdemócratas a nivel electoral, hasta el punto de que, en muchos países de Europa, han pasado a ocupar la tercera posición en cuanto a cantidad de votos, siendo adelantados por partidos conservadores y partidos de la derecha radical. La crisis económica iniciada en 2008, junto con las dificultades por las que atraviesa actualmente el proyecto europeo, son factores que ayudan a comprender en parte el desencanto de las clases medias y trabajadoras hacia los partidos socialdemócratas. Efectivamente, éstos son incapaces de ofrecer una solución — a los problemas apuntados— alternativa y creíble a la de los partidos de la derecha. Tal situación está suponiendo que la socialdemocracia esté perdiendo cada vez más influencia en el panorama político actual, lo que ha llevado a muchos a considerar que estamos asistiendo a una crisis definitiva de la socialdemocracia. Sería aventurado, por nuestra parte, intentar predecir su futuro. En

cualquier caso, sí que consideramos que muchas de las dificultades de la socialdemocracia de hoy en día tienen su origen en el giro ideológico que experimentó en las décadas anteriores. La aceptación —e incluso justificación— del liberalismo, de la desregulación de los mercados, de la no interferencia del Estado en la economía, de la reducción de los impuestos a las rentas más altas y a las empresas, etc., ha supuesto la aceptación a su vez del aumento de las desigualdades que se viene produciendo desde la década de los ochenta en Europa y que ha sido evidenciado por algunos economistas como Joseph Stiglitz en *El precio de la desigualdad* (2012), o Thomas Piketty en *El Capital en el siglo XXI* (2014). El grueso de la población europea está notando cómo su poder adquisitivo se va reduciendo cada vez más, al tiempo que asiste al progresivo deterioro de los Estados del bienestar. Pero también está notando la incapacidad de los partidos socialdemócratas para defender el mantenimiento de los logros que obtuvo en el pasado, de ahí que les esté retirando su voto.

## Bibliografía

ALLIÈS, Paul: “La crise de la social-démocratie européenne et ses paradoxes sudistes”, *Pôle Sud*, 27 (2007), pp. 9-19.

ANDRADE BLANCO, Juan Antonio: “Del socialismo autogestionario a la OTAN: notas sobre el cambio ideológico en el PSOE durante la transición a la democracia”, *Historia actual online*, 14 (2007), pp. 97-106.

AZCÁRATE, Manuel: *La izquierda europea*, Madrid, Ediciones el País, 1986.

BERGOUNIOUX, Alain: “Socialisme français et social-démocratie européenne”, *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 65 (2000), pp. 97-108.

BERSTEIN, Eduard: *Socialismo democrático*, Madrid, Tecnos, 1990.

BERSTEIN, Serge y MILZA, Pierre: *Histoire de la France au XXe siècle*, París, Editions Complexe, 1995.

BERSTEIN, Serge (dir.): *La démocratie libérale*, París, Presses Universitaires de France, 1998.

BARCIELA, Carlos: “La edad de oro del capitalismo (1945-1973)” en COMÍN, Francisco, MAURO, Hernández y LLOPIS, Enrique (eds.): *Historia económica mundial. Siglos X-XX*, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 340-389.

BERZOSA, Carlos: “Treinta años de desempleo y treinta años sin Keynes”, *Sistema*, 155-156 (2000), pp. 63-70.

CAPARRÓS, Rafael: “La crisis del modelo de crecimiento de la postguerra y su repercusión en la viabilidad del modelo social europeo”, *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, 105 (1999), pp. 97-146.

CARYL, Christian: *Strange rebels: 1979 and the birth of the 21st century*, Nueva York, Basic Books, 2014

COLE, G.D.H.: *Historia del pensamiento socialista, t. III, La Segunda Internacional 1889-1914*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1975.

-*Historia del pensamiento socialista, t. IV, Comunismo y socialdemocracia, 1914-1931*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1975.

DAHRENDORF, Ralf: *After social democracy*, Virginia, Liberal Publication Department, 1980.

DEL ROSAL CRESPO, Mario: “Los límites del socialismo reformista: el caso de Suecia. Una aproximación crítica al modelo Rehn-Meidner desde una perspectiva histórica (1932-1983)”, *XI Jornadas de economía*, 2008. Última consulta en internet: agosto 2015. [http://pendientedemigracion.ucm.es/info/ec/ecocri/eus/delrosal\\_crespo.pdf](http://pendientedemigracion.ucm.es/info/ec/ecocri/eus/delrosal_crespo.pdf)

DIAMANTOPOULOS, Thanassis: “La Grèce post-dictatoriale: forces politiques et opinion publique”, *Pôle Sud*, 18 (2003), pp. 31-50.

DROZ, Jaques, *Historia del socialismo. El socialismo democrático*, Barcelona, Edima, 1966.

EVANS, ERIC J.: *Thatcher and Thatcherism*, Londres, Routledge, 2005.

FAZIO VENGOA, Hugo: “La globalización ¿un concepto elusivo?”, *Historia crítica*, 23 (2003).

FERTIKH, Karin: “Trois petits tours et puis s’en va... Marxime et programme de Bad Godesberg du Parti social-démocrate allemand”, *Sociétés contemporaines*, 81 (2011), pp. 61-79.

GALLARDO OLMEDO, Fernando: *Crisis financieras y energéticas de ámbito internacional. Un análisis de las crisis del petróleo*, Madrid, Thomson, 2005.

GALLEGO, Ferrán: “La derecha europea entre dos siglos. De la crisis de legitimidad al regreso de la política”, *Historia y Política*, 18 (2007), pp. 165-195.

GEOFF, Eley: *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona, Crítica, 2003.

GRACIELA, CABEZA, Marta: “Estados de bienestar y globalización”, *Historia Actual Online*, 9 (2006), pp. 47-52.

HATZFELD, Hélène: “Une révolution culturelle du parti socialiste dans les années 1970?”, *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 96 (2007), pp. 77-90.

HERREROS VÁZQUEZ, Francisco: “Confianza y cooperación: la socialdemocracia y la Primera Guerra Mundial”, *Historia y Política*, 11 (2004), pp. 181-198.

HOBBSBAWN, Eric. J. (et al.) (dir.): *Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIª Internacional (2)*, Barcelona, Bruguera, 1980.

-*Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2007.

JUDT, Tony: *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2011.

-*Algo va mal*, Madrid, Taurus, 2010.

KOLAKOWSKI, Leszek: *Las principales corrientes del marxismo. II. La Edad de oro*, Madrid, Alianza, 1985.

LUEBBERT, Gregory M.: *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997.

MARÍN ARCE, José-María: “Los socialistas en el poder (1982-1996)”, *Historia y Política*, 20 (2008), pp. 43-71.

MERKEL, Wolfgang: ““Después de la “edad de oro” ¿Está la socialdemocracia condenada al declive?” en, Institut de Ciències Polítiques i Socials (ed.), *Los partidos socialistas en Europa*, Barcelona, Institut d'Edicions de la Diputació de Barcelona, pp. 251-290.

-“¿Final de la socialdemocracia?”, *Debats*, 52-53 (1995), pp. 84-99.

MERKEL, Wolfgang y PETRING, Alexander: “La socialdemocracia en Europa. Un análisis de su capacidad de reforma”, *Nueva Sociedad*, 217 (2008), pp. 99-117.

MOREAU, Jacques: “Le congrès d'Épinay-sur-seine du parti socialiste”, *Vingtième Siècle, Revue d'histoire*, 65 (2000), pp. 81-96.

MOSCHONAS, Gerassimos: “The electoral crisis of social democracy. The great retreat of the european social democratic parties (1950-2009)”, 2010. Última consulta en internet, septiembre 2015: [http://transform-network.net/uploads/tx\\_news/MoschonasElectoralSD\\_01.pdf](http://transform-network.net/uploads/tx_news/MoschonasElectoralSD_01.pdf)

MOSCHONAS, Gerassimos y PAPANAGNOU, George: “Posséder une longueur d'avance sur la droite: expliquer la durée gouvernementale du PSOE (1982-96) et du PASOK (1981-2004)”, *Pôle Sud*, 2 (2007), pp. 43-104.

NAVARRO LÓPEZ, Vicenç: *Neoliberalismo y Estado del bienestar*, Barcelona, Ariel, 1997.

NEFFA, Julio Cesar: “Crisis y emergencia de Nuevos Modelos Productivos”, en, DE LA GARZA TOLEDO, Enrique: *Los retos teóricos de los estudios del trabajo hacia el siglo XXI*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 1999, pp. 40-70.

NOHLEN, Dieter y STÖVER, Philip (eds.): *Elections in Europe. A data Handbook*, Baden-Baden, Nomos, 2010.

PARAMIO, Ludolfo: *La socialdemocracia*, Madrid, La Catarata, 2009.

PEDROSA, Fernando: “La redefinición de la agenda socialdemócrata entre la crisis del petróleo y el fin del socialismo real (1973-1992)”, *Colección*, 22 (2012), pp. 15-44.

PIÑERO, Fernando Julio: “El modo de desarrollo industrial Fordista-Keynesiano: características, crisis y reestructuración del capitalismo”, *Contribuciones a la Economía*, Junio 2004. Última consulta en internet: agosto 2015. <http://www.eumed.net/ce/2004-a.htm>

PONTUSSON, Jonas: “Explaining the decline of european social democracy. The role of structural economic changes”, *World politics*, 47 (1995), pp. 495-533.

PRZEWORSKI, Adam: *Capitalismo y Socialdemocracia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

RICHARDS, Andrew: “El fracaso del nuevo laborismo” en, PRZEWORSKI, Adam. y SÁNCHEZ-CUENCA, Ignacio: *Democracia y socialdemocracia. Homenaje a José María Maravall*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2012, pp. 305-340.

ROSANVALLON, Pierre: *La société des égaux*, París, Editions du Seuil, 2011.

ROSE, Brad y ROSS, George: “Socialism’s past, New Social Democracy and Socialism’s Futures”, *Social Science History*, 3 (1994), pp. 439-469.

RUIZ MIGUEL, Alfonso: “La socialdemocracia”, en VALLESPÍN, Fernando (ed.): *Historia de la teoría política (4)*, Madrid, Alianza Editorial, 1992, pp. 214-215.

SANCHEZ DE DIOS, Manuel: “El modelo sueco de Estado de bienestar”, *Revista de Estudios Políticos*, 79 (1993), pp. 283-303.

SANMARTÍN BARROS, Israel: “La “new right” en los años 80 y 90”, *Historia Actual Online*, 1 (2003), pp. 39-53.

- “Las “Terceras Vías” de la socialdemocracia durante los años 90”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, Tomo LI, 117 (2004), pp. 375-403.

SASSON, Donald: *One hundred years of socialism. The west european left in the twentieth century*, Londres, Fontana Press, 1997.

SEVILLA, José, V.: *El declive de la socialdemocracia*, Barcelona, RBA, 2011.

SILVA TRISTE, Fernando: *Breve Historia de la socialdemocracia*, México D.F., Integración para la Democracia Social, Agrupación Política Nacional, 2005.

SOLÉ, Carlota: “El debate corporativismo-neocorporativismo”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 26 (1984), pp. 9-23.

TELÒ, Mario: “El “modelo sueco” de socialismo”, *Nueva Sociedad*, 72 (1984), pp. 51-60.

TORTELLA, Gabriel: *Los orígenes del siglo XXI. Un ensayo de historia social y económica contemporánea*, Madrid, Gadir, 2005.

URQUIZU, Ignacio: *La crisis de la socialdemocracia: ¿qué crisis?*, Barcelona, Catarata, 2012.

VELARDE FUERTES, Juan: “Estado del bienestar y sociedad opulenta” en, MERCEDES CABRERA (et. al.) (comps.): *Europa, 1945-1990*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1992, pp. 133-135.

VELASCO CRIADO, Demetrio: *Pensamiento político contemporáneo*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1997.

YSÀS, Pere: “Cambio y continuidades: tres lustros de gobiernos socialistas”, *Ayer*, 84 (2011), pp. 23-39.